

«Entretenida y basada en una investigación magnífica».

The Times

CÓMO MANEJAR A TUS ESCLAVOS

MARCO SIDONIO FALCO

EN COLABORACIÓN CON

JERRY TONER

PRÓLOGO DE

MARY BEARD

Como manejar a tus esclavos

Jerry Toner

PRÓLOGO



Nunca me he tropezado con Marco Sidonio Falco, pero conozco a los de su clase. En el mundo romano vivía mucha gente como él, propietarios de enormes cantidades de esclavos que, en la mayoría de los casos, ni siquiera se cuestionaban la esclavitud. Era algo completamente normal, una costumbre que formaba parte del orden social establecido. Pero los romanos tenían sus propias ideas sobre los esclavos: cómo controlarlos y cómo exhibirlos delante de sus amistades. Y los más listos (y en este grupo se incluiría a Falco) podían sentirse incluso un poco aterrorizados por ellos. Les preocupaba lo que los esclavos pudieran hacer a sus espaldas, así como dónde estaban los puntos de posible conflicto en el seno de la antigua cultura romana. «Todos los esclavos son enemigos», decía un famoso lema romano que Falco conocía muy bien. Y en un famoso suceso acontecido durante el reinado del emperador Nerón, un plutócrata romano murió asesinado en manos de uno de los cuatrocientos esclavos de su propiedad. Falco, como pronto usted descubrirá, nunca se acostaba completamente tranquilo, por mucho que el castigo por un crimen de ese calibre fuera la pena de muerte para la totalidad del servicio de la casa.

Me sorprende un poco que Falco y Toner se llevaran tan bien. Falco es un aristócrata, mientras que la familia de Toner —o eso me ha asegurado él— tiene sus raíces en las clases oprimidas por la élite británica («procedo de un campo de patatas irlandés», me ha contado). Pero hay que reconocerles a ambos, supongo, que hayan conseguido hacer buenas migas a pesar de sus diferencias políticas. Existían, por supuesto, propietarios de esclavos muy distintos a Falco. Había miles de pequeños comerciantes y artesanos que tenían solo uno o dos esclavos. Y muchos de esos esclavos acabaron convirtiéndose en libertos e incluso casándose

luego con quienes habían sido previamente sus propietarios, tanto hombres como mujeres. También en el nivel de Falco, encontramos secretarios y asistentes personales esclavos que vivían mejor que los romanos libres pobres que intentaban ganarse el jornal trabajando en los muelles o vendiendo flores baratas en el foro. Resulta interesante que muchos pobres libres se lanzaran a las calles para manifestarse, sin éxito, contra el castigo (estrictamente legal) de aquellos cuatrocientos esclavos. Pero Falco nos habla sobre la mano de obra esclava masificada.

En la actualidad, se nos hace complicado comprender las múltiples dimensiones de las relaciones entre hombres libres, esclavos y antiguos esclavos (ya era complicado entonces). Pero podemos hacernos una pequeña idea de lo que los romanos ricos pensaban de sus trabajadores esclavos, y Falco es una de las guías más fiables de las que disponemos para comprender lo que los romanos consideraban con orgullo la tradición del «manejo de esclavos». Con su trabajo, Falco pretende compartir con nosotros los beneficios de su experiencia, lo que supone un buen punto de partida para conocer este fenómeno.

Por suerte, el mundo ha evolucionado. El texto de Falco, no obstante, ofrece una perspectiva auténtica —lo más auténtica posible— sobre un aspecto fundamental de la vida de Roma y su imperio. De haber sido publicado hace dos mil años, su trabajo habría alcanzado los primeros puestos de las listas de ventas. Es muy posible que al lector moderno le cueste dominar sus prejuicios, pero más allá de la retórica optimista, descubrirá que Falco no era del todo una mala persona, al menos según los parámetros de su época.

Y Falco, por otro lado, también apunta con su dedo hacia nosotros. Algunos de sus puntos de vista siguen resultándonos de utilidad para manejar a nuestro propio «personal». ¿Realmente existe tanta diferencia entre los «esclavos salariales» y los «esclavos»? ¿Tan distintos somos de los antiguos romanos?

MARY BEARD

Cambridge, abril de 2014

NOTA DEL AUTOR



Mi nombre es Marco Sidonio Falco y nací de noble cuna, mi tatarabuelo fue cónsul y mi madre desciende de un antiguo linaje senatorial. La familia recibió el nombre de Falco —«la Garra»— por su tenacidad por aferrarse a las cosas. Durante cinco años, serví con distinciones en la Legión VI «Ferrata» y mis campañas me llevaron a combatir contra las problemáticas tribus orientales antes de regresar a Roma para ocuparme de mis asuntos y de mis tierras en Campania y la provincia de África. Mi familia ha sido propietaria de innumerables esclavos durante innumerables generaciones. Y no hay nada que no sepamos sobre cómo manejarlos.

Con el objetivo de escribir para un público no romano, me he visto obligado a utilizar los servicios de un tal Jerry Toner, un maestro de una de nuestras desdichadas provincias del norte, que tiene algunos conocimientos sobre la forma de vida de los romanos, pero comparte escasas virtudes con nosotros. De hecho, nunca había encontrado un hombre tan blando fuera de la clase servil: jamás en su vida ha combatido en batalla, apenas es capaz de beber una ánfora pequeña de vino aguado y se rebaja a tal nivel que incluso limpia personalmente el trasero de su hijo antes que dejar una tarea tan desagradable como esta en manos de los esclavos y las mujeres. Tiene, sin embargo, la bendición de estar casado con una esposa de gran belleza e inteligencia (por mucho que tal vez sea más atrevida en sus opiniones de lo que una mujer debería ser), y le estoy tremendamente agradecido por haberme ayudado a conseguir que mi texto sea comprensible para los lectores bárbaros.

MARCO SIDONIO FALCO

Roma, *pridie Idus Martias*

NOTA DEL COMENTARISTA



La existencia de Marco Sidonio Falco puede ser tema de debate académico, pero la realidad de sus opiniones queda fuera de toda duda. Nos aportan el punto de vista de los romanos sobre la esclavitud. La esclavitud fue una institución clave en el mundo romano durante toda su existencia. Tan trascendental era que nunca nadie se planteó su existencia. Tener esclavos era tan normal como votar a los conservadores en Wiltshire o a los laboristas en Hampstead. Por desgracia, no sabemos qué pensaban los esclavos, puesto que su opinión carecía de importancia. Pero sí sabemos muy bien lo que sus amos romanos pensaban de ellos. La esencia de las palabras de Marco sobrevive en los textos romanos sobre la esclavitud, pero no es ni mucho menos un calco. Las fuentes a las que me refiero suelen ser oscuras y de difícil interpretación. Pero el texto de Marco es un claro y sencillo manual para manejar a los esclavos a la manera romana. Huelga decir que el hecho de que yo haya colaborado en su publicación no significa que apruebe su contenido.

Trabajar con Marco ha sido difícil. Sostiene puntos de vista fuertes y desabridos y se niega a aceptar que podrían estar equivocados o ser poco éticos. Pero según los parámetros romanos, Marco era un hombre decente. Su texto nos muestra que el mundo romano, a pesar de la familiaridad que aparentemente guarda con el nuestro, puede resultar sorprendente. Y nos muestra, además, la enorme complejidad de la institución de la esclavitud.

Marco se ha negado a revelar su edad: sus opiniones son, en general, una amalgama de puntos de vista que abarca varios siglos, aunque en su mayoría parecen extraídos del imperio durante los siglos I y II d. C. He añadido breves comentarios a sus palabras al final de cada capítulo con el fin de aportar cierto contexto a sus consejos y (en parte por el bien de mi propia reputación) contradecir sus opiniones más recalcitrantes. Dichas opiniones, junto con las lecturas complementarias que se citan al final del libro, guiarán a aquellos que estén interesados en indagar más a fondo en las fuentes primarias subyacentes y las discusiones modernas.

JERRY TONER

Cambridge, abril de 2014

INTRODUCCIÓN

SÉ EL AMO



Hace apenas unos meses, me sucedió algo extraordinario en los jardines de mi villa. Fue un hecho tan extraño y me incitó hasta tal punto a la reflexión que, como consecuencia de ello, acabé escribiendo este libro. Resulta que tenía alojado en mi casa a un miembro de una tribu germana, un alano, para ser más exactos. Te preguntarás* qué hacía un hombre de mi rango como anfitrión de un miserable bárbaro, pero aquel hombre no era un germano normal y corriente. Era un príncipe que había viajado a nuestra gran ciudad de Roma como integrante de una embajada que deseaba rendir homenaje al emperador. Cansado de tantas charlas triviales en torno a los beneficios del pantalón y otros temas tediosos que solo interesan a los de su clase, nuestro gran líder me había pedido que alojara en mi casa al visitante extranjero hasta que regresara a ese pantano apestoso que consideraba su hogar.

Estábamos dando un tranquilo paseo por el amplio parterre de la parte posterior de la villa mientras le explicaba a mi invitado —en latín sencillo, para no confundirlo—, los diversos héroes mitológicos que representaban las estatuas de mármol. Y entonces sucedió. Como estaba concentrado con la estatuaria, no vi que en medio del camino había una azada. Cuando pisé el extremo metálico, el mango de madera salió proyectado contra mi pantorrilla y grité, más del susto que del dolor. Un esclavo, que estaba por los alrededores y que era quien había dejado allí la herramienta, sonrió con suficiencia al verme saltar sobre una pierna. Naturalmente, monté en cólera al ver que aquel idiota inútil, un hombre que no es más que una herramienta con capacidad para hablar, se reía de aquel modo del percance de su amo. Mandé llamar al capataz.

—A este esclavo le parece muy gracioso que alguien se dé un golpe en la pierna. Rompámosle las piernas y a ver si se sigue riendo.

La sonrisa del esclavo se borró de inmediato. Haciendo caso omiso a las súplicas lastimeras a las que suelen recurrir los esclavos cuando se enfrentan al castigo que se merecen, el capataz y dos robustos ayudantes obligaron al hombre a tumbarse en el suelo mientras un cuarto se acercaba con una barra de hierro. Justo

en el momento en que levantaba el instrumento por encima de su cabeza, mi invitado bárbaro gritó:

—¡No!

Al volverme vi que se había quedado tan blanco como una toga recién azufrada.

—¿Qué sucede?

Vi que dudaba. Lo presioné:

—¿Acaso no tratarías también así a tus esclavos?

—Nosotros no tenemos esclavos —fue su extraordinaria respuesta.

¿Te lo imaginas? ¿Una sociedad sin esclavos? ¡Cuándo se ha visto una cosa así! ¿Cómo funcionaría todo? ¿Quién llevaría a cabo las tareas más básicas, las que quedan incluso por debajo del más bajo de los hombres libres? ¿Qué haríamos con todos los prisioneros capturados en campañas de conquista? ¿Cómo exhibiría uno su riqueza? Cuando empecé a reflexionar sobre temas tan imponderables como esos, empecé a apaciguarme.

—Por favor, amo, te lo suplico —gimoteó el esclavo.

—De acuerdo.

Ordené al capataz que lo soltara y dejé marchar al esclavo con solo una leve azotaina. Lo sé, lo sé, soy demasiado blando. Pero empieza a ser demasiado habitual que los amos castiguen con brutalidad a sus esclavos por ofensas muy leves. Siempre es mejor contar hasta diez antes de actuar.

De regreso a casa en compañía de mi preocupado invitado, se me ocurrió que era muy posible que aquel bárbaro germano no fuera el único que no estaba acostumbrado a tener esclavos. Con ese fanatismo actual por algo tan vulgar como la igualdad, es evidente que la gente ya no comprende cómo hay que tratar a esclavos y subordinados. Decidí, por lo tanto, dejar constancia escrita de los principios por los cuales toda persona libre podrá garantizar la gestión eficiente de sus sirvientes.

Se trata de una tarea de vital importancia. El hombre que se consagra al

desarrollo personal mediante la adquisición de poder y riqueza debe comprender y dominar todo aquello que pueda servirle para llevar a buen fin esta empresa. Jamás dejará de asombrarme la gran cantidad de individuos que ostenta puestos de autoridad y que no tiene ni idea de cómo tratar a aquellos que tienen la gran fortuna de estar a su servicio para ayudarles a hacer realidad sus ambiciones. Y que, al buscar con desesperación congraciarse con aquellos cuya lealtad debería quedar fuera de toda duda, adulen y mimen a la manifestación más inferior de la humanidad. He visto incluso a un destacado político sonreírle a una mujer que trabajaba en la calle en un patético intento de conseguir su inútil apoyo. Saber cómo tratar a lo más bajo de la sociedad, una habilidad que puede adquirirse mediante el detallado estudio del presente trabajo, aporta, por otro lado, los recursos necesarios para alcanzar la gloria. Es el secreto para alcanzar el objetivo de disfrutar de una casa que funcione de acuerdo con los deseos de su señor. Y esto es, a su vez, lo que proporciona una base de poder sólida para ascender en sociedad. Este libro te dará a conocer las habilidades sociales con las que dominar a aquellos que tendrán que rendirte cuentas a medida que tu reputación se incremente. Por consiguiente, aconsejo a cualquier cabeza de familia que tenga en mente alcanzar un papel de liderazgo, que se esmere en consultar mi trabajo, fruto de uno de los cabezas de familia con mayor experiencia que pueda haber existido.

Creo que saber llevar una casa es toda una ciencia, lo que viene a demostrar que gestionar una casa y controlar esclavos es equivalente a ser un líder en una sociedad más amplia. Resulta imposible responder con certidumbre a la cuestión de si los líderes y los señores nacen o se hacen. Algunos griegos defienden que los hombres difieren entre sí debido a su naturaleza interior. Los que realizan trabajos físicos y manuales son serviles por naturaleza y lo mejor para ellos es estar bajo el control de personas como yo, que poseemos naturalezas más elevadas. La naturaleza, dicen, siempre ha pretendido, además, que el cuerpo y el alma de los hombres libres sean distintos de los de los esclavos. Los esclavos tienen cuerpos fuertes y adecuados para el tipo de servicios físicos que tienen que llevar a cabo. Su alma posee una capacidad de raciocinio inferior. El cuerpo de los hombres libres, por otro lado, es más erguido y no resulta útil para ese tipo de trabajo manual. Su alma, sin embargo, es inteligente. Está concebida para participar en la vida de la comunidad, sea política o militar. La naturaleza, por supuesto, también comete errores y por ello nos encontramos casos en los que sucede lo contrario: esclavos con cuerpo de hombre libre y hombres libres con solo el alma, pero no el cuerpo, de un hombre libre. Pero en general, decían los griegos, la naturaleza no comete errores. Se asegura de que todos poseamos la naturaleza más adecuada para nuestro destino en la vida.

Pero la mayoría de los romanos no está de acuerdo con esto. Creen que controlar a otro ser humano va en contra de la naturaleza. Hay tantísimos romanos —un pueblo que sigue dominando un gran imperio— que descienden ahora de esclavos, que sería una ridiculez creer que los esclavos son intrínsecamente inútiles. Los pensadores romanos son de la opinión de que lo único que lleva a un hombre a ser propietario de otro como esclavo son los convencionalismos sociales. Defienden que no existe diferencia natural entre ambos. Que se trata simplemente de una injusticia basada en la utilización de la fuerza. Destacan también que muchos esclavos se han comportado de manera valiente y noble en épocas de grandes crisis, lo que demuestra que no son serviles por naturaleza. Y si el esclavismo no es natural, tampoco lo es ser amo. ¡Sino que es algo que se aprende!

Roma está llena de esclavos. He oído decir que uno de cada tres o cuatro habitantes de la península italiana vive en condiciones de servidumbre. Incluso si consideramos toda la vasta extensión del imperio, cuya población no puede ser inferior a sesenta o setenta millones de personas, es posible que una de cada ocho de ellas sea esclava. Y dichos esclavos no se encuentran solo en las zonas rurales. La ciudad de Roma rebosa de esclavos de todo tipo y su población servil es tan elevada como en cualquier otra parte. La capital debe de tener un millón de habitantes, de los cuales al menos un tercio son esclavos. Y por mucho que estas estimaciones sean poco más que conjeturas debidamente informadas de quienes poseen una imaginación hiperactiva, nos ayudan a comprender la importancia que la institución del esclavismo tiene en el mundo romano. Los romanos necesitamos nuestros esclavos.

Tal vez te preguntes el por qué esta situación. ¿Qué ventajas presenta utilizar esclavos en lugar de hombres libres? Permíteme que te lo explique. En el pasado, en tiempos de la república, siempre que los romanos conquistaban una región de Italia, se hacían con parte de las tierras y la poblaban con colonos romanos. La intención era que esas colonias se convirtieran en ciudades guarnición. Pero debido a las batallas, una porción considerable de las tierras quedó vacía y sin cultivar. Sus propietarios habían muerto o huido después de combatir en sus ejércitos contra nosotros, los romanos. El Senado proclamó que quien deseara cultivar esas tierras era libre de hacerlo siempre y cuando efectuara a cambio un pago por el valor del diez por ciento de la cosecha anual de cereales y del veinte por ciento de la cosecha anual de fruta. El objetivo era aumentar la población en Italia que, a fuerza de trabajo duro, produciría más alimento para las ciudades y daría más soldados para combatir por Roma en tiempos de guerra.

¡Intenciones maravillosas! Pero el resultado fue justo el contrario de lo que

se pretendía conseguir. Lo que sucedió fue que los ricos se hicieron con la mayoría de las tierras que no se distribuyeron mediante ese reparto y, en cuanto se acostumbraron a ser propietarios y comprendieron que ya nadie se las arrebataría, convencieron a los campesinos pobres que seguían siendo propietarios de las pequeñas parcelas colindantes para que se las vendieran. Y si los campesinos se negaban a ello, se las arrebataban con violencia. Nada podía hacer un granjero pobre, que a menudo estaba ausente o en servicio activo, contra un vecino poderoso. Poco a poco, las parcelas crecieron hasta transformarse en grandes fincas que sustituyeron a las pequeñas granjas. Los propietarios de las fincas no querían confiar el cuidado de las tierras a los campesinos desposeídos, ni tampoco querían emplear hombres libres para trabajarlas porque sabían que, en un momento u otro, serían reclamados por el ejército. De modo que compraron esclavos y les confiaron el trabajo de las tierras. Fue un ejercicio de lo más rentable, y muy en particular porque los esclavos engendraban y criaban muchos hijos. Lo bueno de la solución era que los esclavos no tenían que acudir al servicio militar puesto que, naturalmente, el ejército no puede dejar en manos de esclavos la defensa del estado. Los terratenientes se hicieron tremendamente ricos. El número de esclavos creció con rapidez. Pero, por otro lado, el número de italianos fue menguando y, a la vez, empobreciéndose como consecuencia de los impuestos que estaban obligados a pagar y a la carga que conllevaba el extenso servicio militar. Además, durante sus breves periodos de permiso, los nacidos libres no lograban encontrar trabajo porque la tierra era propiedad de los ricos que utilizaban esclavos y no mano de obra libre.

Naturalmente, el Senado y el pueblo romano empezaron a ponerse ansiosos al ver que el número de tropas italianas iba en descenso y que existía, además, la posibilidad de que aquella enorme masa de esclavos acabara sublevándose contra sus amos. Veían también que no sería ni fácil ni justo arrebatar las fincas a sus dueños, puesto que llevaban ya varias generaciones como propietarios de esas tierras. ¿Cómo arrebatarle a un hombre un árbol que su abuelo plantó en su día con sus propias manos? Los tribunos del pueblo implementaron leyes que intentaban limitar el tamaño de las fincas y obligar a los grandes terratenientes a dar empleo a una proporción determinada de hombres libres. Pero nadie las cumplió. Y por lo que a la amenaza de los esclavos se refiere, la preocupación no era tanto una posible revuelta, sino que acabaran erradicando al campesino libre, en quien la élite romana confiaba para servir en el ejército y mantenerla en el poder. Fue así como se decretó que ningún ciudadano de edad comprendida entre los veinte y los cuarenta años serviría en el ejército fuera de Italia durante más de tres años seguidos, con el fin de dar a esos hombres la oportunidad de seguir controlando sus pequeñas parcelas.

Por suerte, el propietario de esclavos de hoy en día no tiene estas preocupaciones. El ejército es ahora un cuerpo profesional y han transcurrido muchísimos años desde la gran revuelta de los esclavos. Ahora, el propietario de esclavos solo tiene que preocuparse de mantener el control de su casa. Y eso es algo que aprendí desde mi más tierna infancia. Supe desde muchacho desplegar mi autoridad y dar órdenes a todos mis sirvientes: «¡Tráeme la capa! ¡Lávame las manos! ¡Sírveme el desayuno, chico!». Son órdenes que siempre han estado presentes en mi vida diaria. Y desde que era un joven inmaduro, mi padre me enseñó a infundir respeto incluso a los esclavos más recalcitrantes.

La casa es la piedra angular de la sociedad y de la vida humana. La existencia civilizada sería imposible sin disponer de las necesidades básicas que proporciona la casa. Pero la casa que no tiene esclavos se reduce a cuatro paredes, nada más. Sí, evidentemente, toda familia precisa de esposa e hijos. Y, de hecho, su trabajo puede ser también provechoso. Pero los esclavos son los que se encargan del grueso de los servicios. Lo cual resulta especialmente beneficioso porque significa que el señor de la casa no tiene que recurrir a gente externa para que los lleve a cabo. Todos sabemos lo degradante que es tener que pedir ayuda a los demás y lo fatigoso que resulta depender del trabajo de proveedores externos. Nunca están cuando los necesitas, se toman libertades con sus honorarios y, como sienten escaso orgullo por el trabajo que realizan, llevan a cabo sus tareas de forma chapucera. Con esclavos, por otro lado, siempre estamos seguros de que el trabajo se realizará tal y como nosotros queremos. Los esclavos, por lo tanto, convierten la unidad familiar en una unidad mucho más relevante, es decir, en la casa en el concepto más elevado del término.

La casa es como una versión en miniatura del estado, con su propia estructura, jerarquía, liderazgo y también su propio sentido de comunidad. Esposo/esposa, padre/hijo, amo/esclavo son los bloques constructivos básicos de la organización social. El esclavo está a la completa disposición del señor de la casa, del mismo modo que el ciudadano debe obedecer las órdenes del estado. Pero la esclavitud es un estado de sometimiento absoluto. El esclavo no tiene parentela, no puede asumir ni los derechos ni las obligaciones del matrimonio, su identidad viene impuesta por su amo, que es quien le otorga su nombre. En este aspecto, la esclavitud equivale a la muerte social. Se espera del esclavo la sumisión más absoluta. Por desgracia, hay ocasiones en las que no queda otro remedio que forzar al esclavo para obtener su obediencia. En las que hay que quebrantar su espíritu. Es por esta razón que las tribus más orgullosas se niegan a rendirse cuando son derrotadas en batalla. Los cántabros de Hispania, por ejemplo, prefirieron quitarse la vida cuando su revuelta fracasó antes que verse sometidos a la esclavitud.

Todos los esclavos comparten la misma carencia de derechos legales. Pero no por ello hay que asumir que solo llevan a cabo tareas inferiores a las que realiza el hombre libre. De hecho, como veremos también, muchos esclavos han alcanzado puestos de influencia como consecuencia del poder que ostentan sus amos. De un modo similar, muchos hombres libres se ven obligados a realizar tareas odiosas para poder llevar el pan a su casa. Los esclavos se utilizan además para llevar a cabo un abigarrado conjunto de tareas. Desde el viejo sirviente que se encarga de atender la puerta, hasta el joven que sirve el agua en la mesa, pasando por la hermosa esclava que presta servicios en la alcoba, en un casa grande, los esclavos desarrollan una amplia variedad de trabajos para satisfacer todas las necesidades del amo.

Mi padre me enseñó también otra cosa para la que sirven los esclavos: ¡para alardear! Por mucho que los esclavos sean éticamente inútiles y simples objetos y posesiones, otorgan categoría a sus propietarios. Del mismo modo que un buen caballo es un reflejo de su jinete, un esclavo que posea buenos modales y sea respetuoso subraya los méritos de su propietario. ¡Y si en la casa hay cuatrocientos esclavos, la gloria que pueden llegar a exhibir es grandiosa! ¿Quién, sino aquellos que ocupan los peldaños más altos de la sociedad, puede permitirse mantener un séquito tan impresionante y prestigioso?

Los esclavos pueden ser lerdos, pero están al servicio de los más nobles. Si quieres aprender cómo tratar a los esclavos para que te aporten beneficios a medida que tu buena fortuna vaya aumentando, continúa leyendo. Porque por mucho que la práctica que se desarrolle en tus tiempos sea una variación de los principios del mundo antiguo, eso no debería desanimarte a aprender de ellos. En las obras de la antigüedad encontrarás muchas más cosas que merezcan tu aprobación que tu rechazo. Lee y aprende.

COMENTARIO

La historia de que la tribu de alanos no tenía esclavos demuestra lo excepcional que era este hecho para un autor romano. Amiano, el historiador del siglo IV d. C., lo consideró merecedor de ser destacado porque, en el mejor de los casos, debía de ser un dato curioso para el público romano. No existen ejemplos de romanos que defiendan la abolición de la esclavitud. Era un hecho de la vida social, de un modo similar a como pueda serlo hoy tener un coche o un gato. Los romanos ricos consideraban que los esclavos eran necesarios para poder vivir con dignidad, igual que hoy en día lo son los electrodomésticos. Los esclavos realizaban todas aquellas tareas que uno no quería hacer —la colada, los trabajos

domésticos e incluso limpiarte el trasero— además de ofrecer un amplio abanico de servicios adicionales. Pero no todos los esclavos eran iguales. Había una gran diferencia entre los esclavos domésticos que trabajaban en la ciudad y los esclavos que trabajaban en el campo. Los esclavos urbanos proporcionaban tanto categoría como eficiencia, lo mismo que en la actualidad nos aportan muchas de las posesiones que encontramos en la casa moderna (¿de verdad necesitamos un televisor de plasma de cien pulgadas?). Y los esclavos rurales tampoco se poseían siempre por razones económicas, por mucho que su papel fuera crucial, sobre todo en las grandes fincas de los ricos.

Los griegos sostenían unos puntos de vista más fuertes que los romanos con respecto al carácter de los esclavos. Aristóteles defendía que los esclavos eran serviles por naturaleza y consideraba correcto que los griegos superiores los poseyeran. La sociedad ateniense mantenía una división muy marcada entre ciudadano y esclavo, lo que dificultaba la integración de los esclavos en la sociedad incluso en aquellos casos en que eran liberados. En Roma, donde era habitual la incorporación de elementos externos en las filas de los ciudadanos, operaba un modelo completamente distinto. Una de las principales razones del gran éxito de Roma fue su capacidad para incorporar en la sociedad tanto todo tipo de extranjeros como sus dioses. Esto fue lo que le permitió expandir su territorio y su gran reserva de mano de obra. En una sociedad como la romana, no tenía sentido excluir permanentemente a los esclavos de la posibilidad de convertirse en romanos. Sino que era más sensato considerar la esclavitud como un estado temporal después del cual, siempre y cuando se hiciese gala de la actitud adecuada, un esclavo podía conseguir la ciudadanía romana. Sorprendentemente, la esclavitud romana tenía tanto de movilidad social como de rigidez estructural.

Según la ley romana, los esclavos tenían escasos derechos legales, por mucho que los principios de la ley, sobre todo en las casas urbanas, no se siguieran con rigurosidad. Era normal que los esclavos de las ciudades tuvieran permiso para tener dinero y posesiones, aunque este *peculium* siguiera siendo legalmente propiedad del amo. A pesar de que los esclavos no podían casarse, en la práctica tenían permiso para constituir parejas. A lo largo del periodo del imperio, los esclavos fueron adquiriendo más derechos legales: podían, por ejemplo, apelar ante la estatua del emperador para que este les concediese protección si el amo abusaba excesivamente de ellos. Pero este incremento del nivel de interés imperial no significaba que los emperadores aspiraran a mejorar las condiciones de vida de los esclavos. Como líderes supremos que eran, podían interferirse en todo tipo de temas. Y el pueblo acudía a ellos en busca de consejo y jurisprudencia sobre lo que era legalmente aceptable en todo tipo de asuntos domésticos.

Hay que tratar con cautela las cifras relacionadas con la cantidad de esclavos que había en el mundo romano. Son, en el mejor de los casos, estimaciones fundamentadas. Las evidencias que han llegado hasta nuestros días son escasas y de mala calidad. Walter Scheidel, en «Human Mobility in Roman Italy, II: The Slave Population», *Journal of Roman Studies*, 95, 2005, pp. 64-79, y «The Slave Population of Roman Italy: Speculation and Constraints», *Topoi*, 9, 1999, pp. 129-144, evidencia una gran discusión sobre la cifra de esclavos y el grado de movilidad social de los esclavos en la Italia romana.

Para el dato de que los alanos destacaban por no tener esclavos, véase Amiano Marcelino, 31.2.25. Séneca se queja de que los amos enojados castigan con excesiva celeridad a sus esclavos con latigazos y les rompen las piernas por ofensas tan menores como contestar o mirarlos con descaro; véase *Sobre la ira,* 3.24 y 32. La explicación sobre los objetivos de Marco con referencia a este libro está basada en el prefacio de la obra de Columela, *Sobre la agricultura*. La posición legal de los esclavos está documentada en el *Digesto*, 1.5. En *Política*, 1.2 de Aristóteles encontramos la discusión sobre la casa, los esclavos como herramientas y la naturaleza del esclavo. Para el análisis sobre por qué aumentó de tal modo el número de esclavos en Italia, véase Apiano, *Guerras civiles*, 1.1; resulta útil comparar este texto con el análisis moderno que realiza Keith Hopkins en el primer Capítulo de *Conquistadores y esclavos*.

CAPÍTULO I

LA COMPRA DEL ESCLAVO



Cuando un escultor quiere realizar una gran obra de arte, empieza buscando la piedra más adecuada a su objetivo. De un modo similar, el propietario de esclavos debe ser consciente de que solo podrá obtener esclavos que exhiban las características deseables de alegría, trabajo duro y obediencia si parte del material humano adecuado. Es vital que elijas con esmero los mejores esclavos del mercado y te asegures de que están libres de taras, tanto físicas como mentales y éticas. A continuación, te enseñaré la mejor manera de abordar la complicada tarea de adquirir un esclavo.

En primer lugar, el dónde. Muchos te dirán que vayas al foro romano, detrás del templo de Cástor, pero mejor que ignores su consejo. Allí solo se venden esclavos violentos y de mala calidad. Son mucho mejores los que encontrarás entre los comerciantes de esclavos que se instalan en el Saepta Julia, cerca del Panteón. Sobre todo si lo que pretendes adquirir es un chico agradable o algo procedente de las regiones más exóticas del imperio o de más lejos aún, de lugares como Etiopía. Allí encontrarás este tipo de ejemplares, aunque tendrás que preguntar directamente si tienen alguna cosa escondida en la trastienda. Suelen esconder el mejor producto de la vista del gran público y lo reservan para los clientes privilegiados. Tampoco te costará encontrar allí un chico castrado, si este es tu deseo, por mucho que la ley, en teoría, prohíba este tipo de comercio.

Desde un punto de vista legal, los esclavos son o prisioneros de guerra o descendientes de esclavas pero, en realidad, existen otras maneras de acceder al servilismo. Muchos indigentes se venden legalmente a la esclavitud para liquidar sus deudas o pueden también vender algún hijo para dar de comer al resto de la prole. Es práctica común que la gente abandone bebés no deseados entre la basura que se acumula en los lindes de la ciudad y los que los encuentran crían después a esos recién nacidos como esclavos, por mucho que, técnicamente, esos niños sigan siendo nacidos libres. Se sospecha también que los comerciantes de esclavos compran a menudo su mercancía a otros que han obtenido su producto a través del secuestro, mediante incursiones piratas en remotas regiones costeras en las que se apoderan por la fuerza de adultos y niños.

No hay duda alguna, sin embargo, en cuanto a la legitimidad de aquellos capturados en guerra por nuestros ejércitos. Son individuos que deben su existencia a la misericordia de nuestros soldados que tomaron la decisión, en el alborozo de la victoria, de no masacrarlos, sino de perdonar su miserable vida para que pudieran proporcionarnos servicios como pago por la resistencia militar que opusieron. Los prisioneros de las familias más adineradas pueden ser retornados a estas a cambio del pago de un rescate suficiente. El resto, paga con la esclavitud durante el resto de su vida.

En una ocasión tomé parte del saqueo de una pequeña ciudad situada en la región fronteriza con el Imperio persa. Después de que fracasaran varios intentos para convencer a sus habitantes de que se rindieran de modo pacífico a cambio de conservar la vida, atacamos con vigor y rápidamente derribamos las defensas de la ciudad con nuestros arietes. En cuanto nos hicimos con el control de los suburbios, empezamos a asesinar a todo aquel que se nos puso por delante, fuera hombre, mujer o niño. La mayoría de habitantes huyó hacia la parte más antigua de la ciudad, en el centro, desde donde enviaron embajadores para intentar salvar la vida. Qué estúpidos fueron por no aceptar la generosa oferta que les habíamos hecho. Al final se acordó que los que fueran capaces de pagar el equivalente a dos mil sestercios quedarían en libertad, y catorce mil de ellos lograron satisfacer la cantidad requerida. El resto, unos trece mil, fueron vendidos junto con el botín que logramos obtener.

Nuestro comandante tuvo la generosidad de distribuir entre sus hombres la mitad de los esclavos como recompensa por el servicio leal que habíamos prestado durante la campaña. El resto lo vendió y lo que obtuvo a cambio fue a parar a las arcas del estado, a la erección de una pequeña ofrenda votiva para agradecer a los dioses la victoria y a su beneficio personal. Evidentemente, las cifras de las que hablo no son nada si las comparamos con los grandes botines que hombres como Julio César obtuvieron con sus conquistas. Cuentan que solo en la Galia se hizo con un millón de esclavos. O pongamos, por ejemplo, la enorme masa de esclavos que produjo la captura de Jerusalén, cuando prácticamente toda la raza judía cayó en la esclavitud, o en Dacia, cuando el gran Trajano sometió a aquel beligerante pueblo. No, lo nuestro fueron migajas en comparación.

En cuanto un esclavo se convierte en esclavo, sea por la vía que sea, tarde o temprano acaba siendo puesto a la venta en uno de los establecimientos antes mencionados. Los exponen normalmente sobre una plataforma elevada para que los potenciales compradores puedan verlos bien. Los recién importados llevan los pies marcados con tiza blanca. El resto de información, como el lugar de

nacimiento y las características personales, se encuentra en la etiqueta que cuelga del cuello del esclavo.

La venta de esclavos está regulada por las correspondientes secciones del edicto de los Ediles Curules. Su objetivo no es otro que garantizar que el potencial comprador tenga a su disposición todos los hechos relacionados con el esclavo para descubrir, de este modo, cualquier enfermedad o defecto que pueda tener, si presenta probabilidades de escaparse o tendencia a holgazanear y si está libre de cualquier carga legal para poder reclamar daños y perjuicios. Los vendedores de esclavos deben indicar el lugar de nacimiento de todos los esclavos que tienen a la venta. Es un detalle al que hay que prestar especial atención, puesto que el origen del esclavo determina con frecuencia si acabará convirtiéndose o no en buen esclavo, ya que hay tribus con una reputación mucho mejor que otras. Nunca, por ejemplo, y teniendo en cuenta los modales groseros y toscos que los caracterizan, deberíamos plantearnos utilizar un pequeño y desagradable bretón como asistente personal. Por otro lado, los jóvenes egipcios son excelentes como favoritos.

Existen distintas opiniones en cuanto a cuáles son los mejores esclavos según su origen. En una cosa en la que todos estamos de acuerdo, no obstante, es en que utilizar como esclavos a ciudadanos romanos que han caído en esa condición como consecuencia de sus deudas, es una práctica aberrante. Esos pobres individuos deberían ser vendidos en el extranjero para no generar incomodidad en sus propietarios, que se verían obligados a ordenar la ejecución de tareas de escasa categoría a personas que en su día formaron parte de la raza más orgullosa del mundo. Es terrible que individuos nacidos romanos libres tengan que acabar en la esclavitud. Incluso los bárbaros germanos se niegan a utilizar a los suyos de esta manera. Te sorprendería saber que los integrantes de esa arisca raza son jugadores empedernidos, hasta el punto de que pueden llegar a arriesgarlo todo, incluida su liberad, con tal de ganar la última tirada de dados. Si pierden, se rebajan a ser encadenados. Dicen que lo hacen porque su honor está en juego, aunque a mí me parece más bien una cuestión de simple obstinación. Pero el caso es que el ganador siempre vende el nuevo esclavo al extranjero para de este modo no tener que avergonzarse a diario de haber provocado tal desgracia viendo al perdedor trabajando en casa del vecino.

Séneca, el gran filósofo, era de la opinión de que los mejores esclavos eran los nacidos en casa, puesto que no conocían otra vida y presentaban menos probabilidades de morderse las uñas por nerviosismo, por decirlo de algún modo. Ático, el amigo de Cicerón, era tan quisquilloso que solo tenía esclavos domésticos nacidos en su propia casa. Bajo su punto de vista, los esclavos nacidos en casa

presentan grandes probabilidades de permanecer siempre fieles a su amo, al que consideran casi un padre y al que no le guardan ningún rencor por tenerlos esclavizados. El problema es que, como veremos más adelante, criar esclavos es un proceso caro y que lleva mucho tiempo.

Y, en cualquier caso, muchos defienden que un esclavo nuevo es como la arcilla húmeda, susceptible de ser moldeado hasta adquirir la forma que el amo desee. Como un cachorrito, se le puede entrenar con rapidez para que realice sus tareas de una determinada manera en contraste con tener que criarlo durante largos años para alcanzar el mismo fin. Evidentemente, a los barbaros recién capturados hay que domarlos. Y cuando se adquiere uno de ellos, es importante recordar que necesitará un tiempo para acostumbrarse al nuevo puesto inferior que ahora ocupa en la vida. Durante los primeros días es conveniente mostrar con ellos cierta indulgencia, incluso un poco de compasión. ¿Cómo no sentir lástima por alguien que intenta aferrarse a los vestigios de su antigua condición y se muestra poco entusiasta a la hora de realizar las sórdidas tareas que le hemos asignado? No lo castigues con excesiva dureza si ha perdido forma física durante el periodo de traslado y encarcelamiento y es incapaz de seguir el paso de tu caballo a pie. O si no está acostumbrado a estar erguido el día entero a la espera de la orden de su amo y cae continuamente dormido. De un modo similar, tampoco hay que esperar que los esclavos de segunda mano se adapten sin problemas a su nuevo papel. Si proceden de una vida fácil en Roma, con las vacaciones y los trabajos domésticos ligeros que ello conlleva, la vida rural les resultará agotadora.

Un punto que hay que tener especialmente en cuenta es el de no adquirir demasiados esclavos del mismo origen o nacionalidad. Mientras que de entrada puede parecer atractivo tener esclavos capaces de trabajar conjuntamente y de cooperar con facilidad debido a que hablan el mismo idioma, es algo que puede acabar generando problemas a la larga. En el mejor de los casos, los esclavos conspirarán para trabajar con desidia, se sentarán a charlar y te robarán; en el peor, discutirán, pelearán y confabularán para huir o, incluso, para asesinarte. Es mucho mejor proveerse de esclavos de distintas nacionalidades. Así no podrán hablar entre ellos. Y esto no solo impedirá que se conjuren para trabajar menos, sino que además les obligará a adquirir conocimientos rudimentarios del latín. Con el tiempo, todo ello te permitirá darles órdenes con mayor libertad y escuchar el contenido de sus conversaciones y chismorreos.

Ve con cuidado cuando adquieras esclavos que han sido secuestrados por piratas. Una vez compré uno de ellos por error —el vendedor me engañó y no me explicó la realidad acerca de cómo se había hecho con él—, y en cuanto aprendió

un poco de latín, empezó a insistir en que era un hombre libre. Afirmaba ser originario de la ciudad de Metone, a orillas del mar Adriático, donde un día habían atracado varios barcos que decían ser comerciantes procedentes de Oriente. Accedieron a comprar el vino de la ciudad al precio que les pidieron sus habitantes e incluso les vendieron especias. Al día siguiente, se acercó a la ciudad más gente de los alrededores, atraída por la oportunidad comercial y por la idea de poder comprar productos orientales exóticos. El muelle se llenó a rebosar de hombres y mujeres que pretendían vender vino a los supuestos comerciantes o trocarlo por otras mercancías. Y mientras transportaban el vino en carromatos hasta el puerto, los piratas, que eso es lo que en realidad eran, capturaron a todos los hombres y mujeres que pudieron y los hicieron subir a la fuerza a los barcos, izando velas de inmediato y dejando la ciudad vacía de gente. Naturalmente, de entrada imaginé que aquel hombre estaba mintiéndome para conseguir su libertad, pero insistió tanto que incluso convenció a un magistrado para que escuchara su caso, que fue rechazado por falta de pruebas. Al final, y para no tener que aguantar más sus continuas quejas, me vi obligado a venderlo perdiendo un montón de dinero en la transacción.

Evidentemente, el precio a pagar por un esclavo variará según la calidad de la mercancía. Ten claro de entrada que los esclavos no son baratos. En promedio, el precio de un esclavo varón adulto, de entre quince y cuarenta años de edad, ronda los mil sestercios. Una mujer de las mismas características costará un poco menos, en torno a los ochocientos sestercios. Teniendo en cuenta que un hombre pobre puede dar de comer a una familia de cuatro personas por poco más de quinientos sestercios al año, queda patente que comprar esclavos representa un desembolso considerable. Los esclavos mayores y más jóvenes tienen un precio similar: los mayores de cuarenta años alrededor de los ochocientos y un joven de entre ocho y quince años, lo mismo. Los de edad extremadamente avanzada o joven, es decir, los de más de sesenta y los niños de menos de ocho, resultarán más baratos, unos cuatrocientos sestercios. Ten presente que los precios serán mucho más elevados si el esclavo domina una habilidad como la lectura, la contabilidad o la barbería.

Naturalmente, si tus ingresos te lo permiten, el nivel de dispendio no tiene techo. Hay numerosos ejemplos de personas adineradas que han pagado sumas colosales por especímenes excepcionales que acaban convirtiéndose en un reflejo de la categoría de su propietario. El mercader Toranio, pongamos por caso, vendió dos esclavos gemelos especialmente atractivos a Marco Antonio, y dicen que pagó por ellos doscientos mil sestercios. Luego resultó que había sido una estafa, puesto que uno había nacido en Asia y el otro al norte de los Alpes, un hecho que salió a la luz porque hablaban con acentos muy distintos. Cuando Marco Antonio, furioso,

se enfrentó con la verdad a Toranio, el ingenioso mercader le explicó cuál era el motivo real por el que había exigido un precio tan alto: porque el parecido entre dos hermanos gemelos no es nada del otro mundo, pero encontrar una similitud como aquella entre dos chicos de distinta raza era algo único y de valor incalculable. Marco Antonio se quedó tan sorprendido que, a pesar de que estaba rabioso, quedó convencido de que sus «gemelos» eran su posesión más preciada y el reflejo de su posición como triunviro de Roma junto con Octaviano.

Me gustaría añadir que el precio «normal» más alto que he averiguado que se ha pagado por un esclavo fueron los setecientos cincuenta mil sestercios que Marco Escauro ofreció por el lingüista Dafnis, que Atio de Pésaro había puesto en venta. Claro está que dicha cifra se ve excedida con creces por los famosos esclavos-actores que compran la libertad mediante sus colosales ingresos. Decían que el actor Roscio, aunque de eso hace ya mucho tiempo, ganaba quinientos mil sestercios anuales, por lo que se supone que debió de pagar bastante más a cambio de su libertad. Ha habido también casos especiales. Uno de los esclavos de Nerón, que dirigió su campaña militar contra Tirídates en Armenia, vendió su libertad a cambio de la devolución del botín expoliado a su pueblo, cuyo valor se estimó en trece millones de sestercios. Y otro caso es el de Lutorio Prisco, que compró a Sejano, confidente de Tiberio, un eunuco llamado Pezón por cincuenta millones de sestercios. Pagó ese precio tanto para gratificar su lujuria como para dar publicidad a su riqueza, no porque el esclavo lo valiera. Que el pueblo estuviese tan preocupado por otros asuntos que no pusiera ni siquiera freno a un trapicheo de naturaleza tan escandalosa como este, no es más que una muestra de lo terrible y ansioso que fue el periodo que se vivió bajo la malévola influencia de Sejano.

Merece la pena reflexionar sobre el carácter que aparenta tener el esclavo que pretendemos comprar. ¿Se le ve débil o temerario? Los más adecuados para el trabajo son los que no son ni extremadamente cobardes ni demasiado valientes, puesto que ambos extremos presentan problemas. Los que se dejan intimidar con facilidad no perseveran en su trabajo, mientras que los que tienen un exceso de coraje son difíciles de controlar. Por otro lado, en determinados puestos, sobre todo cuando se trata de sirvientes domésticos, resulta útil buscar caracteres respetuosos y retraídos. Los esclavos de la casa deberían ser como los ratones: silenciosos, tímidos, pero siempre corriendo de un lado a otro con sus quehaceres. Hay que ir con cuidado con aquellos que fingen estos atributos con la idea de disfrutar de una vida tranquila. Muchos esclavos se comportan con astucia para conseguir una ocupación doméstica agradable, como la de servir la mesa, lo que les da oportunidad para relajarse entre comidas y apurar los exquisitos restos de nuestros platos.

¡Cuando se trata de comprar esclavos, el comprador es quien asume el riesgo! Si por casualidad ves un esclavo en el que podrías estar interesado, asegúrate de examinarlo con todo detalle. Del mismo modo que retirarías los aparejos de un caballo para poder observar bien su físico y detectar cualquier falta, deberías pedirle al comerciante que hiciese desnudar al esclavo. Los comerciantes son gente de poco fiar e intentan ocultar defectos con el vestido. Utilizan túnicas largas para esconder piernas arqueadas. O ropajes de colores vivos para distraer la vista del cliente y no fijarse en brazos débiles y esmirriados. Verifica que los esclavos machos tengan los testículos intactos, puesto que se supone que querrás que te den descendencia. Es decir, toca y repasa para averiguar la verdad sobre el espécimen físico que tienes enfrente.

Los vendedores de esclavos son gente sin escrúpulos y hay que ser extremadamente precavido con ellos. Su único interés es obtener el máximo beneficio posible y para ello se sirven de todo tipo de artimañas. Los vendedores de eunucos son los peores, puesto que llegan incluso a mutilar a sus posesiones, contraviniendo con ello las intenciones de la naturaleza, con tal de aumentar su valor. El viaje hasta el mercado perjudica de diversas maneras a los esclavos, provocándoles desde pérdida de peso hasta lesiones por el roce de las cadenas. Los vendedores utilizan trucos para esconder estos defectos. A los esclavos esqueléticos les aplican resina del árbol de la trementina para relajarles la piel y engordarlos luego con más rapidez. A los adolescentes les depilan el vello masculino con una mixtura de sangre, hiel e hígado de atún para que parezcan menores. O les dan una mezcla elaborada con raíz de jacinto y vino dulce para ralentizar los signos de la pubertad y el inicio del desarrollo sexual. Entre otros fraudes destacan el uso de tinto para dar color a las mejillas pálidas del esclavo enfermo o vestirlos con elegancia para ocultar heridas sin cerrar y cicatrices.

Formula preguntas. No te creas al pie de la letra nada de lo que el vendedor te diga. Interrógalo acerca del carácter del esclavo. Si se trata de una esclava, indaga si es capaz de tener hijos. Averigua si ha parido hijos nonatos y si menstrúa con regularidad. Descubre si el esclavo ha cometido alguna ofensa grave, ha intentado huir o ha sido condenado a enfrentarse con las bestias en la arena. Todos estos detalles apuntan al tipo de carácter del que deberías prescindir en tu casa. Ándate con cuidado con el esclavo inteligente, a menos que tengas intención de formarlo como escribiente de cartas o como lector. El esclavo inteligente resulta problemático en cualquier otro puesto. Pregunta también acerca de defectos éticos: si el esclavo es aficionado al juego, si tiene tendencia a beber en exceso si se le presenta la oportunidad, si prefiere la compañía de otros esclavos varones.

Evita aquellos esclavos que te parezcan melancólicos. Ser esclavo no es precisamente el trabajo más envidiable del mundo y los que presentan tendencia depresiva acaban volviéndose malhumorados. De hecho, tener que confiar en individuos que a menudo rompen a llorar o incluso intentan suicidarse es una de las pesadillas que conlleva tener esclavos. La ley establece que los vendedores están obligados a revelar al cliente potencial si un esclavo ha intentado quitarse la vida, pero no siempre podemos estar seguros de que nos cuenten la verdad, razón por la cual te aconsejo fiarte de tu instinto. Es un problema mucho más común de lo que parece. Porque, como dice el proverbio, «Es más bello morir que verse degradado a ser esclavo», y «Si no te gusta ser esclavo, serás un desgraciado; pero no por ello dejarás de ser esclavo».

En cuanto hayas seleccionado con esmero tu esclavo y hayas acordado el precio, asegúrate de obtener un contrato. Según la actual ley de contratación, el vendedor debería aportar un garante para el reembolso en caso de que el comprador estuviera justificadamente insatisfecho. En el contrato constará tu nombre y cargo, el nombre del esclavo, o cualquier otro nombre que pueda tener, su raza, el precio, el nombre del vendedor, el nombre del garante, la fecha y el lugar de redacción del contrato. Ten siempre presente que en la compra de esclavos es costumbre que las posesiones del esclavo, incluyendo cualquier cantidad de dinero que haya conseguido ahorrar, acompañen al esclavo, a menos que se estipule lo contrario.

Asegúrate de tener una garantía por escrito en la que el vendedor declare el estado de salud del esclavo. Asegúrate asimismo de comprender contra qué protege la garantía: deben constar en ella cuestiones como enfermedades, tendencia a la fuga y hábitos de juego, y no es necesario que aparezcan defectos como la pereza o el mal aliento. Nunca queda muy claro lo que se considera estar sano. ¿Puede considerarse sano un esclavo con la lengua cortada? De hecho, hay tantas posibilidades de defectos menores en esclavos como esclavos pueda haber. Yo los he tenido de todo tipo: con incontinencia nocturna, con epilepsia, con dedos de menos, tartamudos, ladrones. Todos sabemos muy bien cómo es un esclavo malo: veleidoso, perezoso, lento, tardón, glotón, obstinado, feo, barrigudo y bizco, que anda encorvado y encoge los hombros cuando habla. Y, por otro lado, sabemos también cómo es un buen esclavo: leal, trabajador y siempre en estado de alerta. El problema es que a menudo, cuando el vendedor los ha acicalado debidamente, cuesta mucho diferenciarlos.

Una vez adquirido, tendrás que pensar qué trabajo vas a darle al esclavo. Existen multitud de tareas. En términos generales, los esclavos se dividen en dos

tipos: rurales y urbanos. Los que trabajan en el campo pueden aprender las labores del labrador, el podador, el aguador, el alfarero, el barrendero y muchas más. Las esclavas pueden trabajar como dobladoras de ropa, limpiadoras de muebles, pesadoras de lana o masajistas. Los que vayan a trabajar en una casa urbana también deben ser emparejados con determinadas tareas. La belleza, por ejemplo, es una cualidad deseada para quien se ocupe de servir la mesa. Si eres rico, se espera de ti que tengas un auténtico séquito de esclavos que se ocupen de las distintas tareas de la casa. Tiene que haber porteadores para las literas, un secretario para leer las cartas en voz alta y escribir las respuestas. Otros se encargarán del acompañamiento musical durante las comidas o estarán empleados como porteros, concubinas, guardianes del tiempo y mensajeros.

Las esclavas pueden reservarse para tareas domésticas y para la cría. La gente con mala reputación, naturalmente, las compra para que les trabajen como prostitutas en burdeles. Hoy en día, muchas madres romanas no quieren realizar la difícil tarea de amamantar a sus hijos y prefieren dejarla en manos de esclavas nodrizas. Por lo tanto, elegir la nodriza adecuada es de especial importancia, sobre todo si tenemos en cuenta el detalle de que será la mujer a la que tu hijo llamará por primera vez «mamá». En lo referente al cuidado de mis hijos, me gusta emplear a niños esclavos que yo pueda haber engendrado con mis esclavas. Los esclavos que más fidelidad te tendrán como amo serán aquellos que te cuidaron de pequeño. Mi tutor de la infancia, Felix, me llevaba cada mañana a la escuela, me mantenía a salvo de cualquier problema y me ayudaba en cualquier cosa, desde vestirme a jugar a los gladiadores. Por supuesto, si le adjudicaron aquel puesto fue porque no servía para nada más. Como dijo el gran estadista ateniense Pericles cuando vio que un esclavo se caía de un árbol y se rompía una pierna: «Este será mi tutor».

Muchos de estos tutores son hombres tremendamente cultivados. Deberías decidir si quieres para tus chicos un sirviente sin formación alguna, como Felix, o un esclavo debidamente cultivado que pueda ayudarles a desarrollarse y llegar a ser los grandes oradores que anhelas que sean. Lo peor es utilizar un esclavo con poca formación, pero convencido de su ingenio. En estos casos, el tutor interferirá constantemente en la educación de los niños e, incluso empleando la fuerza bruta, pretenderá imponer su estupidez a los pequeños. Todo esto es de especial importancia porque este tipo de tutores puede acabar infectando con sus vicios a sus tutelados. Dicen que incluso Alejandro Magno se vio influido de por vida por los vicios de su tutor Leónidas.

Vigila la ostentación. No hay nada más vulgar que un advenedizo social que

adquiere un sinfín de esclavos completamente innecesarios para llevar a cabo tareas inútiles con el único fin de dar a conocer a todo el mundo sus grandiosas riquezas. Un adinerado hombre libre que conocí en una ocasión tenía un nomenclátor, un recitador de nombres, cuya función era recordarle a su amo el nombre de la gente. Qué insulto para los invitados oír su nombre pronunciado en boca de un esclavo. Y peor si cabe es cuando la gente encomienda este tipo de tareas a un criado viejo que ya no puede desempeñar ningún trabajo productivo y tiene el cerebro afectado por la edad. Estos esclavos cometen errores constantes y provocan situaciones incómodas para todo el mundo. Tal vez el ridículo más grande en cuanto a utilizar esclavos para este fin fue el de un hombre muy rico llamado Calvisio Sabino, que heredó una finca gigantesca, pero era un inculto con tan mala memoria que ni siquiera era capaz de recordar los nombres de los protagonistas de las epopeyas de Homero. Deseoso de mostrarse ante el público como un hombre culto y, por lo tanto, merecedor de la gran fortuna que tenía, compró a precio elevadísimo varios esclavos muy inteligentes y les hizo memorizar las grandes obras de la literatura. A uno le encargó aprenderse de memoria toda la obra de Homero, a otro la de Hesíodo, y nueve más tuvieron que memorizar la obra de nueve poetas líricos. Necesitaron mucho entrenamiento para poder leer lo bastante bien y conseguir su objetivo. Y en cuanto tuvo montada su banda de esclavos literarios, empezó a agobiar a sus invitados pidiendo continuamente a sus esclavos que recitaran lo aprendido. Sabino decía que aquellos esclavos le habían costado una fortuna. Hacerse con una buena biblioteca le habría salido más barato.

Evidentemente, no todos los propietarios de esclavos son individuos tan tontos como ese. El estado posee también muchos esclavos públicos para realizar tareas contables y de mantenimiento de carreteras. Pueden ser una inversión sensata cuando se buscan esclavos de segunda mano, puesto que no han trabajado muy duro y suelen mostrarse encantados de tener la oportunidad de operar en el ambiente más dinámico de una casa privada, por mucho que ello implique cierto descenso de categoría. Pero incluso con los esclavos del estado hay que andarse con cuidado. Cuando el emperador Trajano envió a Plinio a Bitinia como gobernador para investigar una presunta corrupción, descubrió que muchos esclavos públicos eran criminales convictos que habían eludido de este modo su castigo. Recibían incluso un estipendio anual, como la mayoría de esclavos públicos, y llevaban en el puesto largos periodos de tiempo. De hecho, muchos eran de edad avanzada y tenían ahora una vida virtuosa. Como es natural, el emperador exigió que los criminales recibieran su debido castigo, excepto en los casos muy antiguos, en que los esclavos fueron destinados a trabajos que eran tan terribles como un castigo, como podría ser, por ejemplo, trabajar en los baños

públicos o limpiar las alcantarillas.

Por lo que se refiere al número de esclavos a adquirir, el gran Catón dice que deberíamos, hablando de esclavos rurales, basar los cálculos en el tamaño de la finca y el tipo de cultivo. Con respecto a olivares y viñedos, aporta dos fórmulas. La primera es aquella en la que nos muestra cómo equipar un olivar de sesenta hectáreas. Para una finca de este tamaño, aconseja trece esclavos y los reparte de la siguiente manera: un supervisor, una gobernanta, cinco peones, tres carreteros, un mulero, un porquero y un pastor. La segunda fórmula que aporta es para un viñedo de veinticinco hectáreas, para el que aconseja quince esclavos: un supervisor, una gobernanta, diez peones, un carretero, un mulero y un porquero. Otros afirman que un hombre por cada diez hectáreas es suficiente y que tendría que poder cavar esa área en cuarenta y cinco días, teniendo en cuenta inconvenientes habituales como enfermedad, mal tiempo y ociosidad. Pero personalmente las considero reglas demasiado vagas. Catón debería haber presentado su fórmula de tal manera que pudiéramos sumar o sustraer a partir de la cifra sugerida en proporción a si la granja es más grande o más pequeña. Además, debería haber considerado el supervisor y la gobernanta aparte del número de esclavos necesario. Porque si cultivas sesenta hectáreas de olivos no puedes funcionar con menos de un supervisor.

El número de pastores se determina de otra manera y existen diversos cálculos que gozan de cierta popularidad. Mi experiencia me indica que lo aconsejable es tener un pastor por cada ochenta a cien ovejas laneras. Cuando los rebaños de ovejas son muy grandes (y hay quien tiene hasta mil animales), se puede disminuir el número de pastores más fácilmente que cuando los rebaños son pequeños. Mi rebaño es de setecientas ovejas. Para una manada de cincuenta yeguas se necesitan dos hombres, y cada uno de ellos debería tener para su uso una yegua domada. Los terratenientes ricos suelen confiar todas las funciones de las fincas grandes a miembros de su casa. Si la granja queda muy alejada de ciudades o pueblos, procuran tener un herrero en la finca y otros artesanos esenciales, para que los esclavos de la granja no tengan que dejar de trabajar y quedarse holgazaneando durante días como si estuvieran de vacaciones, en vez de hacer la granja más rentable continuando con sus tareas.

¡Pero que distinto era todo en los tiempos gloriosos de nuestros antepasados! No había discusiones sobre cómo emplear a nuestras grandes cantidades de esclavos. Por entonces se vivía con más sencillez, tal vez con un único esclavo que comía junto a su amo. Ahora incluso tenemos que cerrar con llave las despensas para proteger el vino y la comida de la casa e impedir que los

roben las legiones de esclavos domésticos, esa multitud de elementos externos que hemos permitido que entre en nuestros hogares. ¡De hecho, son tantos que incluso necesitamos un esclavo que nos recuerde el nombre de nuestros esclavos!

¿Qué ha pasado con la autosuficiencia de antaño? ¿Por qué necesitamos lucir grandes séquitos de esclavos para demostrar lo ricos que somos? Mira los cielos y verás que los dioses están desnudos: lo dan todo y no se reservan nada para ellos. Luego mira la tierra y verás individuos rapaces que reúnen a su alrededor todo tipo de esclavos para fomentar su imagen pública. ¿Era Demetrio, el liberto de Pompeyo que no se avergonzaba de ser más rico que Pompeyo, también más feliz? Repasaba a diario la lista de esclavos que poseía como si fuera el comandante de un ejército. Con haber tenido solo dos esclavos por debajo de él y un lugar donde dormir más espacioso ya tendría que haberse considerado dichoso. Diógenes tenía solo un esclavo que además se fugó, y cuando le dijeron dónde estaba, consideró que no merecía la pena ir a recuperarlo. «Sería deshonroso —dijo— que mi esclavo Manes pudiera sobrevivir sin Diógenes, pero no que Diógenes no pudiera sobrevivir sin Manes». Aunque creo que lo que quería decir era lo siguiente: «¡Ahora que ese miserable esclavo se ha largado, he recuperado mi libertad!».

Los esclavos no suponen más que gastos. Siempre hay que estar pendiente de los caprichos de tan codiciosas criaturas. Tienes que comprarles ropa. Tienes que vigilar constantemente esas manos ladronas siempre dispuestas a robar cualquier cosa. Tienes que utilizar a gente que nos detesta. Es mucho más feliz aquel que solo está obligado con alguien a quien puede negar con toda facilidad: ¡él mismo!

¿Pero cómo combatir las riquezas que el destino nos ha enviado? Tal vez deberíamos limitarnos a aceptar que los romanos estamos destinados a gobernar el mundo porque así está escrito en las estrellas. Tener esclavos es inevitable. Como poco, podríamos exhibir nuestra ambivalencia en cuanto a la posesión de esclavos en los nombres que elegimos para ellos. Escoge un nombre alegre o que te diga algo, como el lugar donde lo adquiriste, o un nombre con cierta ironía que demuestre que no te tomas en serio los beneficios que la fortuna ha puesto en tu camino. Yo, por ejemplo, compré en una ocasión un esclavo, que no me costó precisamente barato, que en el trayecto hasta mi villa urbana cayó y se rompió un brazo. Le puse de nombre Afortunado.

COMENTARIO

Los detalles sobre el proceso de compra de esclavos proceden, en su

mayoría, del entorno urbano donde, en general, los amos compraban pequeñas cantidades de esclavos. El hecho de que los esclavos vivieran bajo el mismo techo que su amo y se utilizaran para ofrecer servicios personales a la familia, implica que la selección debía de ser muy cuidadosa. Es probable que en entornos rurales el proceso fuera distinto. Sobre todo en las fincas grandes, donde el examen minucioso no debía de ser la norma y la responsabilidad de la compra de esclavos debía de recaer sobre el capataz de la finca. Evidentemente, el tamaño de la casa y las fincas del propietario debieron de dictar el nivel de implicación personal en la adquisición de esclavos.

La disponibilidad de esclavos afectaría también en el cuidado que los compradores pondrían en la selección. En periodos posteriores a las grandes victorias militares romanas, cuando el suministro de esclavos nuevos era abundante, los precios caían y los compradores debían de relajar su vigilancia.

Un ciudadano romano nacido libre no podía renunciar legalmente a su categoría sin autorización previa. Pero, por desgracia, en la vida social romana era frecuente que muchos padres nacidos libres abandonaran a sus hijos porque no podían sacarlos adelante o, simplemente, no querían hacerlo. Los que no morían víctimas de la exposición a los elementos o devorados por los perros, eran recogidos por comerciantes de esclavos y padres suplentes que los criaban como expósitos. Los niños acababan convirtiéndose en sus esclavos. Por mucho que en las obras teatrales era común que los niños abandonados fueran reencontrados por sus verdaderos padres, podemos asumir sin gran riesgo a equivocarnos que en la vida real era una situación muy excepcional.

No está claro si los romanos procreaban de manera activa con sus esclavos. La reproducción entre los esclavos era algo natural, puesto que se les permitía formar relaciones. El amo tenía que dar su aprobación a tales relaciones, pero se desconoce hasta qué punto estaba involucrado en el proceso de emparejar unos esclavos con otros. Si realmente el amo era consultado al respecto, es razonable asumir que quisiera impedir la alianza entre dos esclavos problemáticos, lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que pretendiera gestionar su arsenal de esclavos seleccionando parejas de esclavos sanos y fuertes. Los amos solían mantener además relaciones sexuales con sus esclavos y, si lo hacían con esclavas, daba como resultado embarazos. Los descendientes eran esclavos desde un punto de vista legal, por mucho que el padre fuera el amo.

El precio de los esclavos es un asunto a tratar con cautela. Son estimaciones basadas en los pocos ejemplos que han llegado hasta nuestros días. Los precios

nominales subieron hacia finales del imperio debido a la inflación, pero no está claro si los precios reales lo hicieron también. Del mismo modo tampoco es posible apreciar una caída en la población esclava total a finales del imperio, ni como resultado de un posible declive económico ni por la mayor influencia del cristianismo. Las anotaciones referentes a los exagerados precios de algunos esclavos, como el caso de los «gemelos» de Marco Antonio, han sobrevivido hasta la actualidad debido a su carácter extremo. Pero extraer conclusiones de los precios medios a partir de estos datos es imposible. La conclusión más general que puede sacarse con referencia a este tema es que los precios eran tanto elevados como variados. Alimentar a una familia de cuatro personas con una dieta sencilla a base de cereales costaba alrededor de quinientos sestercios anuales. Evidentemente, si se tiene en cuenta una dieta más variada y otros costes, como la vivienda y el vestido, la cifra se incrementa mucho más. Si partimos de un coste razonable de mil sestercios, incluso teniendo en cuenta que esta cifra variaría de lugar en lugar y de año en año, los precios que proporciona Marco son elevadísimos. Quedan muy por encima de los medios de subsistencia de los pobres y, muy probablemente también, de los del romano «medio». Para un artesano, un esclavo debía de ser una inversión importante. Todo lo cual demuestra que los grandes ejércitos de esclavos que mantenían los ricos tenían muy poco que ver con las condiciones económicas y mucho con la ostentación y el consumo.

A pesar del enorme número de esclavos que había en Italia, muchos textos romanos insinúan problemas éticos con su uso. A veces es muy difícil cuadrar este conflicto. ¿Cómo es posible que los romanos utilizaran tantos esclavos cuando consideraban que no era una práctica éticamente correcta? Para comprenderlo, hay que tener presente el elemento retórico de muchas fuentes romanas, en especial de autores como Séneca, que aporta varios textos importantes en relación con la esclavitud. El declive de Roma con respecto a la pureza de tiempos antiguos era un motivo literario. Era la forma que tenían los romanos de mitigar su sentimiento de culpa por consumir con tanto exceso, bien en forma de comida en los banquetes, bien en forma de esclavos.

Digesto, 21.1, ofrece detalles del *Edicto de los Ediles Curules*, que regulaba la venta de esclavos y enumera con detalle los defectos que había que buscar. Sobre los expósitos véase, por ejemplo, Plinio el Joven, *Cartas*, 10.65 y 66. Aulo Gelio, en sus *Noches áticas*, 20.1, describe cómo, desde el siglo IV d. C., Roma prohibió a sus ciudadanos venderse como esclavos para liquidar deudas. Era una práctica bastante común anteriormente, aunque esos esclavos se vendían siempre más allá del Tíber, que en aquel tiempo estaba considerado territorio fuera de los límites de Roma. En cuanto a la afición de los germanos por el juego de los dados, véase

Tácito, *Germania*, 24. La incursión pirata en Metone está documentada en Pausanias, 4.35.6. La descripción de la captura de una pequeña ciudad está basada en la captura de Palermo por parte de los romanos en 259 d. C., según la describe Diodoro Sículo, 23.18. Los precios se basan en los cinco millones de sestercios recaudados por el gravamen del dos por ciento sobre la venta de esclavos impuesto por Augusto y por el precio relativo del trigo y los esclavos que aparece en el *Edicto sobre precios máximos* de Diocleciano. Los precios son en sestercios de tiempos de Augusto. Para precios extremos, véase Plinio el Viejo, *Historia natural*, 7.40; véase la misma fuente, 7.12, para los «gemelos» de Marco Antonio; y 7.39, para los actores, Nerón y Pezón. Sobre la compasión hacia los nuevos esclavos que tienen dificultades para enfrentarse a su nueva condición, véase Séneca, *Sobre la ira*, 3.29. Los proverbios se encuentran en Publio Siro, números 489 y 616. La historia de Calvisio Sabino, que obligó a sus esclavos a aprender de memoria la obra de Homero, aparece en Séneca, *Cartas,* 27. Sobre tutores durante la infancia, véase Quintiliano, *Instituciones oratorias*, 1.1. El relato de Plinio el Joven en el que escribe a Trajano contándole que hay criminales transformados en esclavos aparece en sus *Cartas,* 10.31 y 32. «Afortunado» (Felix) era un nombre común entre esclavos.

CAPÍTULO II

SACA EL MÁXIMO PARTIDO DE TUS ESCLAVOS



Ya has comprado tus esclavos. Y la pregunta es ahora, ¿cómo tratarlos para que trabajen duro? Muchos propietarios novatos caen en la trampa de pensar que con el látigo es suficiente. Pero los que llevamos generaciones como propietarios de esclavos sabemos que tratarlos así acaba agotándolos. Si intentas forzar a los esclavos más allá de lo que podría considerarse un servicio razonable, acabarás convirtiéndolos en individuos amargados e ingobernables. Y cuando los esclavos se vuelven así, son tanto un fastidio como una maldición. A quien más perjudica la crueldad es al propietario. Tal vez funcione en las minas, pero no en las fincas agrícolas y mucho menos en el hogar. Tienes que comprender que como amo estás obligado a tratar adecuadamente a tus esclavos y si lo haces, no solo llevarán a cabo sus tareas con diligencia, sino que además se mantendrán en forma para llevarlas a cabo durante muchísimos años.

En los rangos más altos de la sociedad es imperativo comportarse con justicia incluso con la gente más inferior. Y nada hay más inferior que los esclavos. Pero, a pesar de ello, hay que tratarlos igual que a un trabajador contratado. Es decir, hay que insistir en que trabajen adecuadamente pero, a la vez, debemos tratarlos con justicia. Todo ello a pesar de que, por supuesto, los esclavos no son más que herramientas. Un trabajador contratado es un hombre. Pero un esclavo es una herramienta que se utiliza para trabajar la tierra o para proporcionar cualquier otro servicio. La única diferencia es que el esclavo es una herramienta que habla. El habla es precisamente lo que lo sitúa por encima del ganado y otros animales de granja. Pero tú, como señor y propietario de esclavos, estás en lo más alto de la sociedad y por ello tienes la obligación de actuar siempre de manera ética y justa, incluso con aquellos que no se lo merecen.

El primer paso que debes dar para garantizar que tus esclavos se porten bien y trabajen duro ya está hecho: has comprado buenos esclavos. El siguiente paso consiste en entrenarlos. Todo el mundo tiene claro que el modo en que educas a tus hijos se refleja en su carácter. De un modo similar, es esencial educar y entrenar

adecuadamente a los esclavos para los papeles que hayas decidido asignarles. Por eso siempre es mejor y más fácil comprar esclavos que nunca han estado al servicio de nadie. Tengo un amigo que siempre compra prisioneros de guerra lo más jóvenes posible para formarlos, del mismo modo que los potrillos son mucho más domables que un rocín viejo y sarnoso.

El entrenamiento puede empezar de inmediato. Hay quien alberga la estúpida idea de que razonar con los esclavos es posible. Creen que los esclavos te obedecerán si les explicas las ventajas de hacerlo. Pero en los casos en los que la virtud de la obediencia está todavía ausente, a los esclavos hay que entrenarlos igual que entrenarías a una bestia salvaje. Y no es una simple cuestión de látigo, repito. Los mejores resultados se obtienen dándoles toda la comida que quieran. Elógialos con generosidad, sobre todo a aquellos que veas que son ambiciosos y, en consecuencia, son más susceptibles al elogio. Asegúrate de que se olviden de sus antiguos dioses y de que veneren el santuario de la casa. En cuanto comprendan que lo que nos ha hecho grandes es nuestro panteón de dioses, aceptarán la justicia de su rango inferior.

Una vez los tengas entrenados, dales a los esclavos comida suficiente para que desempeñen con corrección su trabajo, pero no tanta como para que se vuelvan perezosos. Los esclavos que realicen trabajos manuales deberían recibir raciones más generosas que los que llevan a cabo labores domésticas. Los esclavos necesitan combustible para trabajar con eficiencia y no hay que pretender que den un buen servicio con la barriga vacía. Siempre que visito mis fincas, me encargo de supervisar personalmente las raciones de los esclavos. Lo cual me garantiza que los cocineros no me engañen reservándose comida para sacarle luego un rendimiento. Sirve además para demostrar a los esclavos que te interesa su bienestar, lo cual sirve a su vez tanto para subirles la moral como para que trabajen más duro. Porque los esclavos solo piensan en tres cosas: comida, trabajo y castigo. Si les das comida pero no trabajo, se volverán perezosos e insolentes. Darles trabajo y castigo sin comida, los debilita igual que los ataques violentos. Lo mejor es, con diferencia, darles trabajo junto con comida suficiente. Manejar a la gente sin recompensarla es imposible, y la comida es la recompensa del esclavo. Los esclavos son como la gente normal en el sentido de que rinden mal cuando la buena conducta no les aporta beneficios y cuando no hay castigo para el mal rendimiento.

Vigila, por lo tanto, la conducta de tus esclavos y raciónales la comida en consecuencia. Otorgarás los privilegios según se lo merezcan. La comida es una buena gratificación para un rendimiento adecuado. A mí me gusta recompensar a los esclavos domésticos con las sobras de la cena siempre que me sirven bien. Les

concedo además tiempo libre para que puedan atender a sus propios pollos, cerdos y huertos, o para que vayan al bosque a buscar moras o similares. O les doy raciones adicionales del queso duro que fabricamos en Luna, Etruria. Puedo darles también un poco de vinagre de vino adicional, aunque en esto hay que andarse con cuidado. Beber vino lleva incluso a los hombres libres a comportarse con insolencia, razón por la cual es evidente que a los esclavos solo hay que darles vino solo en ocasiones excepcionales y siempre bajo supervisión.

Siempre que tratemos con las provisiones de los esclavos, hay que actuar como el médico que prescribe una receta. Hay que andarse con mucho cuidado para que cada esclavo reciba tanto lo que es justo para él como adecuado para su posición inferior. La comida de los esclavos tiene que ser práctica, pero nunca lujosa. Recomiendo una dieta básica consistente en pan sin refinar, sal, uvas, aceite de oliva, pasta de aceitunas y frutos secos. Y suplementarla con las pequeñas gratificaciones por rendimiento que acabo de describir. Los siguientes consejos te resultarán muy útiles:

Raciones para esclavos:

Treinta kilos de trigo al mes en invierno para esclavos con grilletes.

Treinta y cinco kilos de trigo al mes en verano para facilitar la dureza del trabajo de arar, desherbar y recoger la cosecha. Aumentar las raciones cuando los esclavos empiecen a trabajar en las viñas y reducirlas cuando los higos maduren. No recortarlas hasta el punto que aconseja en su manual el tacaño Catón a menos que desees matar de hambre a tus esclavos.

Veinte kilos de trigo al mes para el supervisor, la gobernanta, los capataces y los pastores por su carga física menor.

Receta para las raciones de vino de los esclavos:

Introducir en un barril de madera diez partes de uvas aplastadas y dos partes de vinagre muy fuerte. Incorporar dos partes de vino hervido y cincuenta de agua edulcorada. Con la ayuda de una pala, remover la mezcla tres veces al día durante cinco días. Incorporar una cuarenta y ochava parte de agua de mar reposada durante unos días. Tapar el barril y dejar fermentar durante diez días.

¡No obtendremos un falerniano del mejor, evidentemente! Pero debería aguantar durante al menos tres meses y en caso de quedar algo, sería un excelente vinagre.

Aceitunas para los esclavos:

Almacena todas las aceitunas caídas del árbol que puedas. Incorpórales las aceitunas pequeñas de los olivos maduros, que producen muy poco aceite. Distribuye con parquedad estas aceitunas entre los esclavos para que les duren el máximo tiempo posible. Cuando se acaben, da a los esclavos pescado escabechado y vinagre. Dales medio litro de aceite al mes. Y dales también medio kilo de sal al mes.

Durante el día, los esclavos deberían comer por separado para evitar que pierdan el tiempo y charlen de tonterías. Pero por las noches, se les debe permitir cenar juntos. Seríamos demasiado duros si no les permitiéramos socializar un poco.

La ropa también tendría que repartírseles según se la merezcan. Los esclavos que han trabajado duro deberían ser recompensados con calzado y túnica de mejor calidad, mientras que los que han eludido sus responsabilidades tendrían que comprender que se enfrentan a las consecuencias de su laxitud en todos los aspectos de la vida. Como norma general, yo entrego a cada esclavo de mi granja una túnica de un metro de largo y una manta tosca a años alternos. Siempre que entregues una túnica o una manta, asegúrate de que te devuelven las viejas para que las esclavas puedan remendarlas. A años alternos, deberías entregar también un par de zapatos de madera robustos. En lo que a la vestimenta se refiere, piensa siempre más en la utilidad que en el aspecto. Para proteger a los esclavos del viento, el frío y la lluvia, entrégales túnicas de cuero de manga larga, prendas remendadas de sobras y mantos con capucha. Si sigues este consejo, el mal tiempo no impedirá que puedan seguir trabajando en el exterior.

Tus esclavos necesitarán un lugar adecuado donde dormir. Alberga a los esclavos domésticos en pequeños dormitorios o almacenes y proporciónales un colchón viejo donde poder acostarse y un manto también viejo que puedan utilizar a modo de manta. En el campo, lo más probable es que puedas encontrar un espacio bajo las vigas de algún edificio que sirva como dormitorio de los esclavos. Si la cocina es lo bastante grande, y el riesgo de incendio es bajo, también resultará una zona confortable durante todo el año. Lo peor que hay para una granja es que la trabajen esclavos albergados en una especie de calabozo subterráneo, puesto que cualquier cosa que hagan hombres sin esperanzas estará mal hecho, a buen seguro.

Hoy en día, cuando viajas por el imperio, te das cuenta con tristeza de que la tierra la trabajan los esclavos y no los propietarios rurales de antaño, que fueron

quienes hicieron tan grande Roma. En la actualidad, las granjas las concurren pies encadenados, las trabajan manos castigadas y las pueblan caras que han sido marcadas. La Madre Tierra no es estúpida y se da cuenta de que los campesinos libres y orgullosos han sido reemplazados por esclavos insolentes y gandules. Y por ello no es de extrañar que en las granjas trabajadas por esclavos no obtengamos los mismos beneficios que obteníamos del trabajo de ciudadanos romanos. El problema fundamental es que el esclavo carece de incentivo para trabajar duro. Se alimenta con lo que quiera que produzca la granja. Hay que tomar, por lo tanto, ciertas medidas para intentar minimizar este inconveniente y forzar o sobornar al esclavo para que trabaje de manera más productiva.

La primera, que ya he mencionado, pero que nunca me cansaré de repetir, consiste en recompensar el trabajo duro. Resulta muy desmoralizador para los buenos esclavos ver que trabajan duro y que los esclavos perezosos reciben la misma cantidad de comida que ellos. Es asimismo esencial que todos los esclavos tengan un objetivo bien definido a largo plazo. Si estás a favor de ello, el objetivo podría ser alcanzar la libertad. Sería justo y beneficioso ofrecer la libertad al esclavo como compensación a largo plazo por su lealtad y su trabajo duro. Si el esclavo lo ve como un objetivo alcanzable, trabajará con diligencia hacia ese fin. Dar permiso a los esclavos para que tengan hijos es otro incentivo para trabajar duro. Si lo hacen, disfrutarán de los frutos y los placeres de la vida familiar. Y si te contrarían, siempre puedes vender los hijos a otro propietario como castigo. Si organizas de vez en cuando sacrificios y fiestas para recompensar a los trabajadores que más se esfuercen, también aumentarás las probabilidades de que el trabajo se haga a tiempo y bien.

La segunda medida consiste en definir bien los distintos puestos de trabajo. Con ello conseguirás responsabilidades más claras y te asegurarás de que los esclavos trabajan duro puesto que, con una definición clara de puestos, cada uno sabe lo que tiene que hacer y, cuando alguna cosa falla, se identifica enseguida quién es el culpable. Si, por otro lado, todos los esclavos realizan el mismo trabajo, ninguno de ellos considerará su tarea como una responsabilidad exclusiva. Si un individuo trabaja duro, todos saldrán beneficiados, no solo él, mientras que si todos holgazanean, resulta imposible identificar quién ha sido el mayor responsable. Por esta razón, los labradores deben diferenciarse de los trabajadores de la viña y los pastores de los peones normales y corrientes.

Como parte de esta especialización, hay que animar a todos los esclavos a asumir la responsabilidad personal del cuidado y el mantenimiento de sus herramientas. Hay que instarlos a que las guarden y las protejan de la lluvia, a que

las limpien y las engrasen y a que no las abandonen en cualquier parte. El coste de sustituir las herramientas es elevado, pero no tener las herramientas a disposición de los esclavos significa también tenerlos sentados sin hacer nada. Que tengan sus propias herramientas y castigarlos si no las cuidan ayuda a disminuir de forma notable este tipo de pérdidas.

Y dividir los distintos papeles entre los esclavos aporta un último beneficio: la finca se volverá autosuficiente. Tendrás un esclavo para cada tarea. Si necesitas un esquilador, lo tendrás; un barbero, lo tendrás; un herrero, lo tendrás. No tendrás que contratar nunca más los caros servicios de los proveedores externos.

El trabajo en cuadrilla consigue que los esclavos trabajen más rápido, más duro y mejor. Fórmalos en grupos de diez. Es una cifra de efectivos fácil de vigilar. Si la cuadrilla es más grande, el supervisor no podrá controlarla solo. Asigna los grupos a distintas secciones de la finca y distribuye el trabajo de manera que los hombres no estén ni solos ni en parejas, puesto que si quedan diseminados por todas partes serán más difíciles de supervisar. Otro problema que presentan los grupos grandes es que los individuos que integran el grupo tendrán la sensación de que el trabajo no tiene personalmente nada que ver con ellos, que todo se pierde entre la multitud. Pero una cuadrilla del tamaño adecuado logra que los individuos compitan entre ellos y ayuda a identificar a los gandules. El trabajo siempre resulta más interesante cuando existe un elemento de competencia. Y además, nadie se quejará cuando los que no mueven ni un dedo son castigados por ello.

Encárgate de asignar a cada esclavo el tipo de trabajo más adecuado para sus atributos físicos o mentales. Los pastores, por ejemplo, tienen que ser diligentes y frugales. Son cualidades, para esta tarea, mucho más importantes que la estatura o la fuerza física, puesto que el pastor debe poseer concentración y destreza. Por lo que a los labradores se refiere, la inteligencia, aunque necesaria, no es por ello suficiente. Necesitarás un esclavo con un vozarrón para imponer respeto a las bestias. Pero tiene que ser también agradable puesto que, de lo contrario, tratará a los animales de tiro con crueldad y estos ni obedecerán sus órdenes ni durarán mucho tiempo porque acabarán agotados por la dureza y la tortura del látigo.

En cuanto a los pastores, ten en cuenta que la altura y la fuerza no sirven para nada en ese trabajo. Dedica los esclavos más altos a arar, puesto que en la granja es el trabajo menos cansado para un hombre alto. Y ello es así porque cuando ara el campo, el esclavo está de pie y descansa todo su peso sobre el mango del arado. Por lo que se refiere a los peones y los trabajadores del campo, los

esclavos pueden ser del tamaño y forma que te apetezca. Lo único que necesitan es ser capaces de trabajar duro. Los esclavos que asignes para el trabajo en las viñas tendrían que ser anchos de espaldas y musculosos. Esos son los más adecuados para cavar y podar. Que sean deshonestos es un factor de relativa importancia en este caso, ya que en los viñedos los esclavos trabajan en grupos y, en consecuencia, se supervisan con mayor facilidad. Se da también el caso de que los esclavos deshonestos suelen ser los más listos, lo cual es un beneficio en lo que a trabajar las viñas se refiere, puesto que es un cultivo que necesita cuidados importantes e inteligentes. Es por eso que en los viñedos solemos ver esclavos encadenados. Eso sí, un hombre honesto de inteligencia equivalente siempre rendirá mejor que un ladrón.

No pienses que los esclavos son siempre la mejor solución para cultivar tus fincas. Cuando la tierra está en malas condiciones, es infinitamente mejor trabajarla con jornaleros contratados que con esclavos, puesto que es una tarea que exige dedicación y esfuerzo. Y seguramente también es mejor utilizar hombres libres para desempeñar las tareas agrícolas más importantes, como la recogida de la uva. Cuando se utilizan esclavos para trabajar como cabreros y pastores suelen surgir problemas muy concretos. Es un trabajo difícil y pesado, no solo por la exposición a los elementos que conlleva, sino también por el riesgo de ser víctima de los ataques de bandidos y bestias salvajes. Es, además, una existencia solitaria, en la que se pasan largos periodos de tiempo alejado del contacto humano, de la sociedad y del hogar. Lo mejor es dejar trabajos tan problemáticos como estos en manos de hombres libres pobres que necesitan dinero y que lo desempeñarán a buen seguro con decencia.

Si utilizas esclavos como pastores, ten en cuenta que supervisarlos es prácticamente imposible. Causarán problemas dondequiera que vayan, bien robando, bien metiéndose en peleas. Ten también en cuenta que tendrás que utilizar distintos tipos de especímenes físicos para distintos tipos de pastoreo. Utiliza esclavos de más edad para los animales grandes y niños para los animales pequeños. Los que se lleven los rebaños a las montañas y los pastos tendrán que ser más fuertes que los que se quedan con los animales en la granja. Es por eso que verás hombres jóvenes en los pastos mientras que los niños, e incluso las esclavas jóvenes, pueden ocuparse de los animales de la granja.

Los pastores tienen que pasar el día entero con los rebaños. Y también la noche. Los pastores deberían estar bajo las órdenes de un pastor jefe, un hombre de más edad y experiencia que los demás y que se hiciera respetar por ellos. Pero tampoco tiene que ser tan mayor como para no poder afrontar las adversidades de

los caminos a la hora de desplazarse por terreno empinado y escabroso, sobre todo cuando se ocupan de rebaños de cabras.

Selecciona hombres con un físico potente, rápidos y agiles, con buena coordinación y capaces de defender el rebaño de animales salvajes y ladrones de ganado. Tienen que ser lo bastante fuertes como para levantar los pesos que irán a lomos de los animales de carga, capaces de correr a la carrera y de dar en el blanco con la honda. Existen determinadas razas que destacan como pastores. Los bástulos y los túrdulos no son buenos para este trabajo, pero los galos son excelentes, sobre todo con bestias de carga. Como ya he mencionado, en cuanto al número de pastores a emplear, yo me decantaría por uno por cada ochenta o cien ovejas, y dos por cada cincuenta yeguas.

El pastor jefe tiene que asegurarse de que tanto el rebaño como los pastores dispongan de todos los suministros necesarios, muy en especial la comida para los hombres y los productos veterinarios para los animales. El pastor jefe tendría que saber escribir para de este modo realizar anotaciones que luego tú podrás examinar. Esta habilidad le permitirá además apuntar las instrucciones para el tratamiento de las enfermedades más comunes entre animales y humanos y poder ayudar así a los enfermos cuando se encuentren en los pastos, lejos de los servicios del médico.

Catón consideraba que los esclavos tenían que estar durmiendo o trabajando. Y le gustaba tener esclavos que durmieran mucho, puesto que creía que estos se dominaban mejor que los que rebosaban energía. Creía también que los esclavos dormilones eran más respetuosos con su amo. Catón nunca permitió que sus esclavos domésticos abandonaran los confines de la casa, excepto para realizar los recados que él o su esposa les ordenaran. E incluso entonces, los esclavos no tenían permiso para conversar con nadie por temor a que pudieran distraerse. Por otro lado, Catón era de la opinión de que el apetito sexual era lo que más dificultaba el control de los esclavos, y por ello les hacía pagar un precio previamente estipulado si querían acostarse con las esclavas. Sin embargo, no les permitía establecer relaciones con carácter permanente. Bajo mi punto de vista, esta no es manera de dirigir una casa. La humanidad, incluso para un miserable esclavo, exige como mínimo una justicia rudimentaria.

Hay quien piensa que los esclavos enfermos y viejos son improductivos e inútiles. Catón nos aconseja deshacernos de ellos como si fueran basura. Bajo su punto de vista, los esclavos se tienen que comprar baratos, hacerlos trabajar duro y luego dejarlos morir. Cuando ya no le parecían útiles, Catón dejaba de

alimentarlos. Yo, como la mayoría de propietarios de esclavos que conozco, lo considero un consejo cruel y desalmado. Con franqueza, creo que Catón estaba más preocupado por sus peces enfermos que por sus esclavos enfermos y, en cualquier caso, hoy en día es ilegal deshacerse de ellos. Personalmente pienso que el propietario que trata a sus esclavos como mulas y luego se los quita de encima cuando son viejos, se equivoca por completo, puesto que no aprecia el vínculo que siempre existe entre el propietario y sus esclavos.

Los propietarios tenemos responsabilidades hacia aquellos que dependen de nosotros. Mantener un esclavo enfermo va seguramente contra nuestros intereses económicos, claro está. Pero por lo menos hemos de darle oportunidad de recuperarse y debemos descargarlo de su carga de trabajo durante el proceso. Siempre podemos encontrar trabajos más ligeros para los esclavos mayores que les permitan seguir aportando su contribución a la casa. Aunque, de hecho, y debido a las exigencias que les imponemos, es bastante excepcional que los esclavos alcancen la edad avanzada. Yo utilizo los esclavos mayores como porteros o para llevarles la bolsa a mis hijos cuando van a la escuela.

Como comentario al margen, permíteme que te explique un incómodo incidente que viví con un anciano portero cuando fui a visitar la villa de un antiguo amigo. Me dirigí a la entrada, donde un decrépito esclavo montaba guardia.

—¿Pero de dónde lo has sacado? —le pregunté a mi amigo—. ¿Qué te ha llevado a robar un cadáver de un cementerio para vigilar la puerta?

A lo que mi amigo me respondió:

—¿No lo has reconocido, Marco? Es Felicio. Jugábamos juntos de niños durante las Saturnales. Era el hijo de Filosito, el capataz de mi padre, y éramos compañeros de juego.

No tenía ni idea de qué me estaba diciendo.

—¡Estás loco de remate! —le dije a mi amigo—. ¿Cómo es posible que ese viejo desdentado sea de nuestra quinta?

La mirada de mi amigo lo dijo todo. Cierto es que el paso de los años nos maltrata a todos, pero la vida de esclavo había causado estragos en Felicio. Me sorprendió, de todos modos, que mi amigo lo recordara todavía. Al fin y al cabo, no había sido más que un niño esclavo.

Y ya que hablo de edad, debería decir que en lo que se refiere a los esclavos más jóvenes, estoy completamente a favor de que empiecen a trabajar lo antes posible, a partir de los cinco años. Siempre hay algo útil que pueden hacer, bien sea ocuparse de los animales más pequeños, desherbar el jardín, hacer de copero a la hora de la cena o, en el caso de las niñas, tejer o ayudar en la cocina. Llevar a cabo este tipo de tareas los acostumbra al trabajo y los ayuda a comprender su papel en la vida.

En la finca rural, el esclavo más importante es el capataz. Elígelo con cuidado. Si es competente, gozarás de libertad para poder consagrar tu vida a la digna ociosidad que corresponde a tu clase social. Pero si no seleccionas a la persona adecuada, la productividad decaerá, no habrá disciplina y te encontrarás yendo y viniendo constantemente de Roma, base de tus responsabilidades políticas y sociales, para intentar solucionar el caos. Yo selecciono y formo personalmente a mis capataces para garantizar con ello que se conviertan en elementos leales a mis intereses.

Selecciono a dos o tres esclavos de poco más de veinte años que me hayan impresionado por su actitud y los asciendo. Realizo rotaciones para que ganen experiencia en los distintos aspectos del trabajo que se lleva a cabo en la granja. Si me decepcionan o no brillan según lo esperado, los degrado al puesto que antes ocupaban como castigo. Elogio a los que rinden bien y me aseguro de que nadie considere que su ascenso es debido a la adulación. De hecho, si intentan decirme lo maravilloso que soy, los castigo para que comprendan que ese tipo de tonterías no juega a su favor y que lo mejor que pueden hacer es trabajar duro y dar resultados.

El consejo más importante que puedo darte en este sentido es que no selecciones tu capataz entre los esclavos más atractivos y, sobre todo, que no lo hagas entre aquellos a quienes les gusta entretenerse por la ciudad. El esclavo perezoso amante de las tabernas y los burdeles de la vida urbana, nunca deja de soñar en esas cosas. Lo cual es malo de por sí para cualquier esclavo, pero en el caso del que ocupa un puesto de autoridad en la finca, acaba provocando rápidamente daños irreparables en el tejido de la propiedad.

Elige un hombre endurecido desde la infancia por el trabajo de la granja, un hombre puesto a prueba por la experiencia. Si no tienes un esclavo de este tipo, pon como responsable a uno que haya trabajado duro en las cuadrillas. Asegúrate de que no sea joven, sino que ande ya entrados los treinta. Si es demasiado joven, no tendrá tanta facilidad para dar órdenes a los demás esclavos, sobre todo a los más mayores, que siempre se muestran reacios a aceptar órdenes de un joven.

Tampoco tendría que ser demasiado maduro, puesto que deberá soportar fuertes cargas de trabajo. Debería tener amplia experiencia en las labores de la granja o, de no ser así, ser un perfeccionista que aprenda todo lo necesario para trabajar correctamente. Y necesitará saberlo todo ya que, en su puesto, no podrá dar órdenes a los que tengan que enseñarle cómo hacer las cosas. Que sea analfabeto tampoco es muy relevante, siempre y cuando sustituya esa carencia por buena memoria. De hecho, que no sepa leer ni escribir tiene sus ventajas, ya que le impedirá falsificar las cuentas.

Tendría que dominar además la cría de animales y poseer también, en la medida en que esto es posible en un personaje servil, cierto sentido de empatía que le permita ejercer la autoridad sin ser excesivamente blando ni cruel. Tendría que llevarse con camaradería con los mejores esclavos y al mismo tiempo, ser capaz de aguantar bien a los peores y lograr que teman su severidad, más que detestar su brutalidad. La mejor manera de conseguirlo es siendo riguroso en su propio trabajo, lo que hará menos probable que sus subordinados lo hagan mal, puesto que siempre habrán estado bien dirigidos. Actuará además como ejemplo a seguir por los demás. No existe mejor manera de supervisar incluso a los esclavos más malvados que asegurándose de que trabajan duro: procura que el capataz sepa que una de las cosas que quieres de él es que controle a todo el mundo en todo momento. Y ordénale que verifique constantemente el trabajo de los demás para comprobar que todo se hace de manera correcta. De lo contrario, el capataz pasará cosas por alto y desistirá de controlar a los esclavos difíciles, cuando de hecho son precisamente esos los que tendría que vigilar con más atención.

Incentiva a capataces y supervisores con gratificaciones que los animen a trabajar más duro y a ser más conscientes de su papel. Permíteles tener su propio dinero y posesiones y déjalos que cohabiten con la mujer que elijan, siempre y cuando consideres aceptable el emparejamiento. Tener esposa e hijos los calmará y les dará más motivos si cabe para mantener tu casa en perfecto funcionamiento. Te ganarás capataces y supervisores si los tratas con cierto grado de respeto. Si te devuelven la confianza que has depositado en ellos en forma de buen rendimiento, consúltales acerca de las necesidades de la finca y sobre quién creen que debería satisfacerlas. Si actúas de esta manera, percibirán que los tratas casi de igual a igual y no como esclavos. Puedes también motivarlos recompensándolos con raciones más generosas de comida y vestido y con las ventajas que se utilizan normalmente para animar a los esclavos a trabajar más duro.

A continuación te explicaré las cosas que enseño a mis nuevos capataces, detalles que creo que sirven para que se vuelvan más honestos. (Se trata, en

términos generales, de dichos conocidos y consejos de toda la vida que, precisamente, son excelentes por ello). Les digo que no utilicen esclavos excepto para aquellas tareas que estén relacionadas con el amo. Si no les adviertes al respecto, acabarás encontrándote con que los nuevos capataces se aprovechan del poder que se les ha conferido y utilizan a los demás esclavos para que les hagan recados cuando deberían estar trabajando para el beneficio de la finca. Los capataces tienen que comer en compañía de sus subordinados y, además, consumir el mismo tipo de raciones que ellos. Nada alterará más a un esclavo agotado que ver que su capataz disfruta de un exquisito lujo cuando él tiene que alimentarse de comida vulgar. Si sigues esta pauta conseguirás que el capataz controle que el pan se elabore correctamente y que las comidas sean nutritivas y completas.

A los nuevos capataces también les enseño que nadie debe salir de la finca sin mi previa autorización personal. Y si estoy ausente, les ordeno que no autoricen la salida de nadie a menos que haya una necesidad apremiante. Les digo que no lleven a cabo negocios por su cuenta, puesto que solo les distraería del trabajo que tienen que hacer. Que no inviertan mi dinero en ganado o productos para comerciar luego con ellos. Comprar y vender por el simple hecho de obtener un beneficio distrae su atención de lo que realmente importa. En lo que deben concentrarse es en procurar que las cuentas de la finca funcionen. De lo contrario, el propietario puede acabar con un montón de productos de mala calidad que los capataces han sido incapaces de liquidar.

Asegúrate de que tu capataz no permite la entrada de adivinos y magos en la finca. Esa gente excita y altera a los esclavos con sus falsas historias y supersticiones y acaba vendiéndoles todo tipo de pociones y hechizos ridículos. El capataz solo se desplazará a la ciudad cuando tenga que comprar cosas imprescindibles para llevar a cabo sus deberes. Un viaje al mercado semanal tendría que ser más que suficiente. No confíes en el capataz aficionado a las excursiones, sino en aquel que se desplaza única y exclusivamente cuando haciéndolo sabe que sacará algún provecho. E incluso entonces, autoriza el desplazamiento solo si el destino está lo bastante cerca como para que pueda regresar a la finca en el mismo día. Ordénale que no permita que se abran nuevos caminos que atraviesen la finca, puesto que lo único que se consigue con ello es animar a los desconocidos a violar tu propiedad. Y prohíbele que acepte invitados a menos que sean miembros de tu familia o amigos íntimos.

Por encima de todo, enseña a tu capataz a no pensar que sabe lo que no sabe y a mostrar pasión por aprender todo aquello que ignora. Adquirir habilidades le ayudará a mejorar en su trabajo. E impedirá asimismo que cometa errores

innecesarios que provocan grandes daños. La agricultura no es un asunto complicado. Exige que los esclavos hagan lo correcto repetidamente. Si aprenden de entrada este principio rector, su ignorancia no lo echará todo a perder ni causará ningún daño. Porque uno de los problemas que conlleva el funcionamiento de una granja es que rectificar errores puede suponer mucho tiempo y dinero.

A continuación encontrarás una lista detallada de los distintos deberes del capataz que te servirá para asegurarte de que tu encargado hace todo lo que debe hacer:

Mantener una disciplina estricta, aunque no necesariamente cruel.

Hacer trabajar duro a los esclavos para que no tengan tiempo de meterse en problemas.

Observar los festivales religiosos (para que los dioses estén felices y la granja prospere continuamente).

No robar las posesiones del amo.

Solucionar las discusiones que se produzcan entre los esclavos; normalmente es gente peleona.

Procurar que los esclavos no pasen frío ni hambre.

Recordar que si no quieres que los esclavos causen problemas, no los causarán.

Recompensar el buen trabajo y castigar los fallos.

Castigar justamente a aquellos que hayan hecho algo malo y en proporción a los daños provocados por su crimen.

Permanecer en la finca.

Mantenerse sobrio y no salir a cenar.

No pensar ni actuar como si fuese más listo que el amo.

No tratar a los amigos del amo como si fuesen sus amigos.

Escuchar todo lo que el amo le diga y también a quien el amo le ordene que escuche.

No prestar dinero a nadie a menos que el amo se lo permita.

Insistir en la devolución inmediata del dinero si el amo no autoriza un préstamo o la extensión del plazo del mismo.

No prestar a nadie semillas, forraje, cebada, vino ni aceite.

Mantener una relación amistosa con dos o tres fincas vecinas para pedir prestado personal, bienes o utensilios en caso necesario.

Repasar las cuentas con el amo con regularidad.

No utilizar en exceso jornaleros ni más de un día seguido.

No comprar nada sin la aprobación del amo.

No tener secretos con el amo.

No demostrar favoritismos entre los esclavos.

No consultar adivinos, pitonisas ni astrólogos.

No dispersar las semillas de maíz con frugalidad; el desastre está asegurado.

Comprender todo lo que hay que hacer en la finca y, en caso de que haya vacíos de conocimiento, llenarlos. Es la única forma de entender qué piensan los esclavos.

Recordar que los esclavos siempre trabajarán con mayor disposición para quien comprenda sus problemas.

Estar sano y dormir bien.

Antes de acostarse, comprobar que la granja está segura para la noche, los animales tienen comida y todo el mundo duerme donde tiene que dormir.

Ser el primero en levantarse y el último en acostarse.

La jefa de esclavas es otro puesto importante que debes seleccionar con

esmero. Normalmente, acabará convirtiéndose en la mujer del capataz. Si hace bien su trabajo, su ayuda servirá para que la finca produzca generosos beneficios. Por encima de todo, se encargará de que la granja sea lo más autosuficiente posible y ofrezca todo tipo de servicios domésticos, desde la elaboración del tejido hasta los zurcidos, pasando por el cuidado de los enfermos.

Cuando haga mal tiempo y las mujeres no puedan trabajar en el exterior, la capataza las ocupará con labores de tejido y costura. Parte de las esclavas se dedicará a la tarea de hilar y tejer mientras que las otras prepararán el cardado. Confeccionar en casa las prendas de los esclavos abarata los costes.

Cuando haga buen tiempo, la capataza recorrerá toda la finca para verificar que todos los esclavos han salido de los edificios y no se han quedado ganduleando en los cobertizos. Si descubre algún supuesto enfermo, lo interrogará para averiguar por qué no ha salido a trabajar. Tendrá que aprender a discernir si la ausencia en el puesto de trabajo es debida a una enfermedad real o a la pereza, ya que los esclavos rezagados siempre afirman que se trata de lo primero. Si considera que está enfermo, lo llevará a la enfermería. Incluso en el caso de que la capataza crea que el esclavo finge, si piensa que la actitud es debida a la fatiga, podrá hacer uso de su buen criterio para dejarlo descansar una jornada en la enfermería. A la larga, es mejor conceder un descanso al esclavo agotado que forzarlo a trabajar duro hasta que acabe enfermando de verdad. Por lo tanto, es importante asegurarse de que la capataza no abusa de su buen criterio.

La capataza nunca debe parar quieta. Su trabajo consiste en correr de un lado a otro para comprobar que todo el mundo trabaja y garantizar que la granja funciona sin problemas y con eficiencia. En el telar, tendrá que enseñar a tejer a las trabajadoras. Y aprender nuevas habilidades de cualquier esclava que las conozca más que ella. Visitará las cocinas para comprobar que las raciones de los esclavos sean las correctas. Hará rondas en la enfermería y, aun cuando no haya pacientes, procurará que las instalaciones estén siempre limpias y preparadas para recibir a cualquier esclavo que pueda caer enfermo.

Si no prestas la atención debida a la selección de tu capataz y su mujer, podrías encontrarte rápidamente en una situación de auténtica pesadilla. Conozco bastantes historias de horror al respecto: la de un capataz que vendió parte de la finca sin que lo supiera su amo y luego le hizo creer que aquel dinero adicional era el resultado de su gestión eficiente. O la de uno que taló casi todos los árboles de la finca, los vendió por veinte mil sestercios, sumó diez mil de ellos a las cuentas para aumentar los beneficios y se embolsó el resto. Los malos capataces siempre acaban

vendiendo pequeñas partes de la finca para que parezca que su gestión es excelente. Al principio es muy posible que, tú, el amo, no seas consciente de lo que pasa y estés encantado con el dinero que te proporciona la finca. Gratificarás al capataz con raciones adicionales, buenas prendas y tiempo libre. Pero más adelante, cuando te des cuenta de que te ha desaparecido la mitad de la finca, y con ello todo lo que la finca precisa para generar ingresos, castigarás con tremenda severidad al capataz. Pero por entonces ya será demasiado tarde y necesitarás mucho tiempo y dinero para enderezar la situación.

Visita tus fincas con regularidad. No hay nada mejor para impedir que los capataces actúen de manera disipada. Porque no cabe la menor duda de que la distancia con el amo corrompe a los esclavos. Y una vez corruptos, su codicia y su desvergüenza no hacen otra cosa que multiplicarse y llegará un punto en el que acabarás teniendo piratas trabajando tus granjas. Si tus fincas están en lugares remotos y ello hace que solo puedas visitarlas ocasionalmente, plantéate la posibilidad de que te las gestionen arrendatarios libres que te paguen un alquiler, antes que esclavos, que, cuando carecen de supervisión y saben que el amo está muy lejos, acaban dejando que la finca se derrumbe ante sus propios ojos. Alquilan el ganado a otros, alimentan mal a los animales, aran la tierra con desgana y fingen haber sembrado grandes cantidades de semillas cuando en realidad han vendido la mitad y se han quedado con el dinero obtenido. Y luego, cuando la cosecha resultante es escasa, la cantidad se ve además menguada por los robos constantes y el error en el cálculo de las fanegas almacenadas. Normalmente acabarás descubriendo que el capataz y los esclavos están en connivencia y que todos se benefician del acuerdo. Tú, el amo, serás el que sale perdiendo.

Yo suelo presentarme sin previo aviso para asegurarme de que veo la finca tal y como es en realidad y no después de que la hayan acicalado para mi visita. Y en cuanto llego, convoco al capataz y le pido que me acompañe de inmediato a realizar una inspección. Inspecciono hasta el último rincón de la finca y me reúno con esclavos de todas las áreas. Intento juzgar si mi ausencia ha dado como resultado una relajación de la disciplina y de la atención al detalle. Examino las viñas para ver si están bien cuidadas, miro si los árboles muestran indicios de robo de fruta. Tengo contabilizados tanto los animales como los esclavos, así como todo el equipamiento de la granja para comprobar si cuadra todo con el inventario del capataz. Y si sigues esta rutina año tras año, te garantizo que mantendrás una finca bien disciplinada y en orden que te permitirá llevar una vida acomodada cuando llegues a la edad avanzada. Y por muy mayor que seas, sigue visitando la finca para que los esclavos no se aprovechen de ti y te traten con desdén y no con el respeto que te mereces.

Pero estas visitas tienen que ser algo más que una revelación de tu mortalidad. Hace poco visité una de mis fincas y me quejé al capataz por un granero que tenía en estado ruinoso. El capataz insistió en que la situación no era por su culpa, sino porque la madera estaba vieja y el edificio se caía por ello a pedazos. ¡Yo recordaba perfectamente que el granero se construyó cuando era joven! Luego me quejé por los árboles nudosos, por lo mal que estaban cuidados. Me respondió de nuevo diciendo que el problema era simplemente que los árboles eran viejos… ¡cuando yo recordaba haberlos plantado!

Las visitas pueden revelar también sorpresas desagradables. En una ocasión visité una finca que tenía en el sur de Italia. Durante la inspección de esta, mientras paseaba por los campos de flores, una mujer atada con gruesas cuerdas y con una horqueta en la mano se arrojó a mis pies. Le habían cortado el pelo, iba sucia y llevaba la túnica hecha harapos.

—Ten compasión de mí, amo —me suplicó—. Soy nacida libre, pero fui capturada por los piratas y vendida como esclava a tu capataz.

La creí porque hablaba con elegancia y porque sus facciones poseían una nobleza que hablaba a voces de su alta cuna, no de servilismo.

Me explicó que mi capataz había intentado obligarla a compartir cama con él. Me suplicó que la liberara y me dijo que su familia, que vivía en mares lejanos, donde los piratas la habían secuestrado, me devolvería los dos mil sestercios que había costado. Se arrancó la túnica y me mostró las terribles cicatrices que le habían quedado allí donde el capataz la había azotado. La historia me conmovió.

—No te preocupes, señora —le dije—, eres libre para volver a tu casa y no es necesario que me reembolses el dinero. Es una desgracia que una belleza de alta cuna y elegancia como tú tenga que vivir en estas condiciones.

Mandé llamar al capataz, un esclavo desvergonzado llamado Sostenes, y le dije:

—Eres un hombre horrible. ¿Me has visto tratar alguna vez a un esclavo de esta manera, ni siquiera al peor de todos ellos?

Reconoció entonces que había comprado la mujer a un pirata que comerciaba con esclavos porque le había gustado. En ese momento lo degradé de su puesto e hice bañar y vestir a la mujer con ropa limpia para devolverla a su casa.

Tal vez pienses que estoy loco por haber hecho eso, por mucho que la mujer fuera a todas luces una persona nacida libre. Pero creo que tratar a los esclavos con cierta generosidad de espíritu es beneficioso. Muéstrate siempre educado con ellos si te trabajan bien. Evidentemente, nunca les permitas insolencias ni les concedas rienda suelta para expresar su libre opinión. Pero cuando ocupen puestos de autoridad, trátalos con respeto. Como ya he mencionado, yo los consulto, solicito su opinión e incluso su consejo en asuntos que puedan conocer mejor que yo. Los esclavos responden bien si se los trata de esta manera y desempeñan su trabajo con mayor entusiasmo. Aplico incluso esta estrategia a aquellos que han recibido el castigo de pasar una temporada atados con cadenas en el calabozo. Los visito y verifico que estén bien encadenados, pero también les pregunto si consideran que han sido tratados de forma injusta. Porque, por el simple motivo de tener muchos estratos por encima de él, el esclavo más bajo es el que presenta mayores probabilidades de sufrir un castigo injusto. Y son precisamente estos esclavos simplones e ignorantes los que resultan más peligrosos cuando están dolidos por haber sido tratados con crueldad. Llego incluso al extremo de permitir que se quejen de sus supervisores y, de manera muy ocasional, defiendo sus quejas. De este modo, proporcionándole una forma de desahogar sus frustraciones, mantengo en vereda al esclavo problemático y consigo además que capataces y supervisores sean sinceros, pues con mi actitud les doy a entender que, en un momento dado, puedo solicitar el parecer sobre sus superiores incluso al esclavo más bajo.

No te sorprenderá saber que los esclavos se comportan a menudo entre ellos con mucha más brutalidad que la que el amo pueda llegar a mostrar. De hecho, verás que los esclavos compiten constantemente por disfrutar de mejor posición, discuten por gradaciones y categoría y se pelean por todo tipo de insultos nimios, reales o percibidos. Hay que controlar, imponiéndoles el miedo, a aquellos que presenten una tendencia evidente a acosar a los que están por debajo de ellos con el objetivo de que no acaben creando un reino de terror sobre los demás. Si no lo haces, tus esclavos sufrirán maltrato y, como resultado de ello, su rendimiento se verá perjudicado. Y esta es precisamente otra razón por la que nunca es buena idea tener en una misma casa demasiados esclavos de la misma etnia, puesto que son los que más se alteran ante diferencias mínimas y se pasan el día con peleas y discusiones.

Y en el análisis final, es importante recordar que los esclavos son una inversión importante y que, por ello, hay que intentar conservar su valor. Protege tus propiedades de cualquier cosa que pueda disminuir su valor. Recuerda que es ilegal que otros inciten a un esclavo de buen carácter para que cometa una mala acción. Y que también es ilegal —y que puedes obtener una compensación por

ello— que otros elogien a tus peores esclavos por cometer una mala acción, como fugarse o robar; nunca hay que empeorar con el elogio a un esclavo que ya es malo de por sí. Cualquier hombre será considerado culpable si corrompe a un esclavo, bien sea porque convierte en malo al que era un buen esclavo, bien porque empeora a un esclavo que ya era malo. La lista de actos por los que puedes obtener una compensación económica es extensa. Nadie puede convencer a tus esclavos de que falsifiquen las cuentas, ni mantener relaciones sexuales con ellos, ni someterlos a la magia, ni hacerles perder el tiempo con el juego, ni empujarlos a la traición, ni llevarlos a disfrutar de una vida de lujo manipulando las cuentas, ni inducirlos a la desobediencia, ni al juego, ni convencerlos de que cometan actos homosexuales. Tanto si son consecuencia de un trato brutal como de cualquier otra forma más sutil de corrupción, tendrás que estar siempre alerta de aquellos factores que puedan erosionar el valor de tus activos.

COMENTARIO

Muchos propietarios de esclavos de clase alta estaban influidos por las ideas de la filosofía estoica, que insistía en que el propietario de un esclavo solo tenía en posesión el cuerpo, pero no el alma del esclavo, que seguía siendo libre. Lo que implica que consideraban que los esclavos tenían un valor intrínseco como seres humanos y que, en consecuencia, debían ser tratados con cierto respeto. Esto conllevaría una obligación de tratarlos con decencia y justicia, igual que se trataría a los jornaleros contratados. Es imposible saber hasta qué punto estas ideas calaron profundamente en toda la sociedad. Sería agradable pensar que todos los señores romanos creían tener una obligación hacia sus dependientes, esclavos incluidos, por mucho que su actitud estuviera motivada por un interés egoísta y por el deseo de preservar sus activos.

La formación de los esclavos estaba fuertemente influida por las tareas que iban a realizar. Los trabajadores del campo necesitaban escasa formación y podían empezar a trabajar enseguida. Los manuales de agricultura romana que han llegado hasta nuestros días dejan patente la importancia de seleccionar esclavos ambiciosos para el puesto de supervisor, el individuo encargado de conseguir que la finca funcionase sin problemas en su día a día. En las casas más grandes de entorno urbano, lo más probable es que los esclavos recibieran su formación por parte de otros esclavos con más experiencia y que el amo no estuviera personalmente implicado en el proceso. Es imposible saber cuántos esclavos había que «desperdiciar». Uno de los motivos por los que algunos romanos preferían los esclavos nacidos en casa era porque se habían criado en la esclavitud. El hecho de que Séneca anime a los propietarios a sentir lástima hacia los esclavos nuevos

cuando se ven obligados a llevar a cabo tareas degradantes sugiere que la mayoría de amos los compraba fuera. Podemos considerar que Séneca argumenta en contra de lo que es la práctica común puesto que, de ser de otro modo, el texto habría tenido escaso interés para el lector romano.

Las raciones para los esclavos aparecen detalladas en los manuales agrícolas y no es de extrañar que sean de lo más sencillas. La vestimenta es asimismo tosca y básica. Los esclavos complementarían sus raciones rebuscando en la comida de la casa y teniendo sus propios animales y huertos. Los que trabajaban en cuadrillas tendrían probablemente pocas oportunidades de hacer este tipo de cosas. Los esclavos en puestos más altos tendrían a buen seguro mayores indulgencias para aligerar su existencia.

Una de las razones por las que los textos romanos se muestran en general ambivalentes con respecto a los beneficios económicos de la utilización de esclavos en las fincas rurales es que su trabajo exigía mucha supervisión. Se daba por sentado que el esclavo siempre intentaba trabajar lo menos posible, mientras que el arrendatario libre tenía interés en que la tierra fuese productiva. La utilización de esclavos contrastaba, por otro lado, con el ideal romano del propietario rural honesto sobre el que se cimentaba el éxito de la república. No parecía correcto que ahora la tierra se trabajara con esclavos importados y esa tendencia, por lo tanto, no se consideraba un avance. Con frecuencia, ser propietario de fincas gigantescas era poco más que una muestra de ostentación y la utilización de ingentes cantidades de mano de obra servil formaba parte de la exhibición. Lo más probable es que la mayoría de propietarios de grandes fincas tuviera la tierra cultivada por una combinación de esclavos y hombres libres.

El trato de los esclavos enfermos y viejos fue también variado. El emperador Claudio emitió un edicto para impedir que la gente los abandonara en la isla tiberina. Pero este hecho representa más un intento vano de impedir una molestia social que tenía un impacto en el centro de Roma que una iniciativa para mejorar la vida de los esclavos. Séneca estaba a favor de una indulgencia y una decencia en el trato de los esclavos que no defendía la mayoría, pero ni siquiera Séneca, la fuente de donde se extrae la historia del anciano portero, recuerda a su amigo de juegos de la infancia. Se hace difícil imaginar que la mayoría de romanos gastara dinero en un activo viejo que había dejado ya de aportar un retorno considerable en forma de servicios continuados a menos que hubiera alguna razón personal para hacerlo como, por ejemplo, sustentar a una antigua nodriza.

En el otro extremo del espectro de edad, un texto legal indica que los niños

esclavos trabajaban desde los cinco años. Y no es de extrañar, puesto que no había ninguna necesidad de educarlos y podían llevar a cabo pequeñas tareas tanto en las granjas como en la casa.

Sin duda alguna, el personaje más importante para el propietario de una finca era el capataz. El mal capataz es un tema recurrente en la literatura antigua, incluida la Biblia. Teniendo en cuenta que los grandes terratenientes solían estar ausentes de sus fincas durante la mayor parte del año, estaban obligados a depositar su entera confianza en el capataz, que era el responsable de que sus bienes produjeran el excedente necesario para pagar la vida de ocio y lujo que llevaban en la ciudad. Esta es la razón por la que se consideraba tan importante la visita del amo a las fincas. Se daba por sentado que las ausencias engendraban desprecio, lo que a su vez llevaba a que las tierras y los edificios no estuvieran debidamente mantenidos y las cosechas se perdieran.

Los esclavos eran caros y los propietarios tenían que equilibrar el trato hacia ellos con la necesidad de mantenerlos siempre trabajando y, hasta cierto punto, motivados. No cabe duda de que el trato cruel existía, aunque no era la norma porque conllevaba el riesgo de agotar a los esclavos. En el entorno rural, la división entre «ellos y nosotros» —es decir, entre un pequeño grupo de supervisores motivados mediante recompensas materiales y el objetivo de alcanzar la libertad, y el resto de los esclavos— debía de funcionar bien y ayudaba a que el sistema operara con eficiencia.

Para los detalles de la agricultura en la antigüedad, véase Catón, *Sobre la agricultura*. Acerca del objetivo de autosuficiencia, véase Varrón, *Sobre la agricultura*, 1.16. Para una discusión antigua sobre si era mejor que cultivasen la tierra esclavos u hombres libres, véase Columela, *Sobre la agricultura*, 1.7. Sobre las cuadrillas de trabajadores, véase Plinio el Viejo, *Historia natural*, 18.4. La historia del granero en estado ruinoso como recordatorio de cómo pasan los años la explica Séneca en *Cartas*, 12, refiriéndose a un antiguo compañero de juegos. Para los detalles sobre los pastores, véase Varrón, *Sobre la agricultura*, 2.10. Los capataces aparecen descritos en Varrón, *Sobre la agricultura*, 1.17 y en Columela, *Sobre la agricultura*, 1.8. En *Sobre la agricultura*, 5, Catón enumera los deberes del capataz. Para detalles sobre la esposa del capataz, véase Columela, *Sobre la agricultura*, 12.3. Los problemas que genera un mal capataz aparecen descritos en Cicerón, *Verrinas,* 2.3.50. La historia de la mujer capturada por los piratas, y cuyos abusos son descubiertos por el amo de la finca en el transcurso de una visita de inspección, puede leerse en la novela de Aquiles Tacio, *Leucipa y Clitofonte*, 5.17. La postura de Catón con respecto a los esclavos queda reflejada en la obra de Plutarco, *Vida de*

Catón el Viejo, 4.4, 5.2 y 21.1.

CAPÍTULO III

SEXO Y ESCLAVOS



La otra noche tuve un sueño curioso. Soñé que entraba en el pequeño almacén donde duermen varios de mis esclavos, elegía a una joven de origen germano y realizaba el coito con ella. Me preocupaba que aquello pudiera interpretarse como una señal de que me convertiría en esclavo, puesto que había sido visto relacionándome con ellos o, peor aún, que mis descendientes acabaran formando parte de la clase servil. Perturbado por estos pensamientos, consulté a un interpretador de sueños llamado Artemidoro, que vive en la ciudad.

—No sufras —me aseguró—, puesto que soñar con mantener relaciones sexuales con un esclavo es buen auspicio porque viene a demostrar que el amo obtiene placer a partir de sus posesiones.

¡Naturalmente! Con la explicación, todo me quedó claro. Siempre he intentado abstenerme en todo lo referente a aprovechar mi posición social superior para obtener placer, pero lo que estaban diciéndome los dioses era que me relajara y disfrutara. A propósito, es extraño que los esclavos aparezcan tantas veces en los sueños, incluso en los sueños de los propios esclavos. Artemidoro me contó que conocía un esclavo que había soñado que las manos de su amo le acariciaban el pene hasta excitarlo y que había acudido a consultarlo con la esperanza de que aquello pudiera indicar que podía satisfacer de algún modo a su amo. Por desgracia para el esclavo en cuestión, el sueño no le aportó beneficio alguno, pues acabó atado a una columna y recibiendo un montón de latigazos.

El gran emperador filósofo, Marco Aurelio, se enorgullecía del hecho de ser propietario de dos bellos esclavos y no haberse beneficiado nunca de ellos. Pero seríamos demasiado ingenuos si esperáramos que todos los amos se comportaran con tamaño autocontrol. Es perfectamente normal que un propietario obtenga placer sexual de sus esclavos jóvenes. Actualmente tengo un joven favorito. Tiene catorce años y se muestra tanto entusiasta como feliz de satisfacer a su amo. Al fin y al cabo, ¿por qué avergonzarse de cumplir los deseos del amo? ¡Es de lo más normal! Como ya he mencionado previamente, si deseas comprarte un chico a tales efectos, te aconsejo que vayas al Saepta Julia y solicites ver si tienen algún egipcio

en la trastienda. Son muy adecuados para estas tareas, con piel clara, ojos brillantes, frente y nariz estrechas, cabello largo destrenzado y labios rojos. En cuanto a las esclavas, plantéate una joven rubia de Batavia. Sean cuales sean tus gustos, ándate con cuidado de no dejarte llevar a la hora de regatear el precio y acabes pensando más con la pasión que con la cabeza. Aquí es donde los hombres de edad madura, que tienen experiencia suficiente para saber qué se hacen, acaban comportándose, y pagando, como tontos.

Me agrada gratificar a mis favoritos con pequeños regalos que sirven para demostrarles que son especiales para mí. A las jóvenes esclavas siempre les gusta recibir prendas que mi esposa ha desechado. Mi esposa, por supuesto, se muestra completamente relajada con respecto a mis devaneos. ¿Qué hombre no tiene este tipo de pecadillos? Lo que sí sería impensable es que ella cometiese estos actos con sus esclavos. Supondría una vergüenza terrible tanto para la casa como para mi nombre.

Dejar embarazada a alguna de las esclavas es un riesgo que se corre. En general, se muestran encantadas ante la perspectiva de adquirir un vínculo más estrecho con su amo. A mí me gusta tratar a esa descendencia con mayor indulgencia que a los esclavos normales, les doy raciones algo mejores y les encomiendo tareas más fáciles. Ya he mencionado que los utilizo para cuidar de mis hijos de verdad porque, al fin y al cabo, comparten algo de mi sangre y puedo por ello confiar en que sean más leales y diligentes. Evidentemente, no se espera de mí que trate de esta manera a toda mi descendencia ilegítima. De modo que si cuando nacen parecen enfermos o si ya tengo bastantes de ellos en la casa, ordeno a las madres que abandonen a los recién nacidos en el vertedero. Lo que me recuerda que el otro día escuché un chiste muy gracioso al respecto. Resulta que un idiota tuvo un hijo con una esclava y su padre le aconsejó que lo matara. A lo que él le replicó: «Primero mata a tus hijos, y luego ya hablaremos de matar a los míos».

Es importante que no permitas que tus esclavas sean explotadas con fines sexuales inmorales. Por eso, siempre que vendo una esclava que está todavía de buen ver, estipulo en el contrato que el nuevo propietario no la prostituya. De hecho, el divino emperador Vespasiano promulgó un decreto que contenía condiciones de este tipo y por el cual si una mujer es vendida con la condición de que nunca ejercerá la prostitución y acababa ejerciéndola, quedará en libertad. Ordenó asimismo que si el comprador la vendiera posteriormente a otro propietario sin imponer esa misma condición, la mujer también quedaría libre según las condiciones de la primera venta y se convertiría en la liberta de la

persona que la había vendido en primer lugar.

Naturalmente, los esclavos también desean mantener relaciones sexuales entre ellos y muchos aspiran a iniciar una relación de familia. En tus manos está decidir si permites o no este tipo de uniones. Los esclavos no pueden casarse legalmente, pero sí podemos dejar que inicien un vínculo informal entre ellos. En términos generales, cuando dos esclavos de mi casa me abordan con este tema, accedo a permitir la unión porque pienso que genera buena voluntad, mientras que una negativa solo desembocaría en odio. Las relaciones tipo matrimonio en el seno de la casa sirven además para fomentar la estabilidad. Recomiendo que permitas a tus esclavos formar una familia, pues aporta diversas ventajas. Los deja contentos y los incentiva a trabajar más duro para ganar su libertad; proporciona además «rehenes», por decirlo de algún modo, ya que disminuye la probabilidad de que los que son padres intenten fugarse; y, sobre todo, crea una nueva generación de esclavos criados en casa que sustituirá a los padres cuando estos queden en libertad o mueran, esclavos que formarán parte real de la familia y no serán simples elementos externos adquiridos con dinero.

Pero de vez en cuando tengo que negarme a permitir la formación de una relación duradera. Y ello se debe normalmente a que considero que sería una unión entre esclavos con características negativas o entre descontentos que solo utilizarían la relación como una oportunidad para fomentar el malestar. En este caso, lo que hago es vender a uno de los componentes de la pareja para impedir que pasen cosas a mis espaldas. Por suerte, se trata de una excepción. Debo de tener algo así como un tercio de mis esclavos casados, en el sentido no legal del término, por mucho que si algún día alcanzan la libertad, su matrimonio será reconocido por la ley.

Las relaciones sexuales más casuales son difíciles de regular. En las fincas rurales las mujeres suelen estar en minoría y por esa razón hay que compartirlas. Separo las dependencias de las esclavas de las de los esclavos mediante una puerta con llave para que no pasen cosas raras. Y esto me garantiza que los esclavos no tengan hijos sin mi aprobación. La actividad sexual frecuente debilita a los hombres de cara a su trabajo diario, que en la granja es siempre vigoroso y físico. De modo que lo que hago es permitir de vez en cuando que los esclavos accedan a las dependencias de las esclavas, no con tanta excepcionalidad como para provocar descontento, pero tampoco con tanta frecuencia como para causar una caída de la productividad.

En términos generales, prefiero ser yo quien gestione las relaciones de los

esclavos y les asigne una determinada pareja a largo plazo. Esto me permite seleccionar emparejamientos que, en mi opinión, funcionarán bien tanto en el sentido práctico como en lo referente al tema de la crianza de hijos. Tener hijos es ventajoso para todos. A las esclavas que han parido tres hijos sanos las eximo de trabajar. A la mujer que ha dado más de tres varones le concedo la libertad. Curiosamente, la fábula de la paloma y el cuervo de Esopo dice que «los esclavos más patéticos son aquellos que engendran hijos en esclavitud». Imagino que es así porque temen que vendan a sus hijos y que la familia se rompa como resultado de ello. Una práctica que casi nunca empleo, excepto en casos de indisciplina.

Criar esclavos es un ejercicio útil y rentable, pero hay que tener en cuenta que implica un importante dispendio de capital y es una tarea que lleva su tiempo. Con esclavos rurales es más sencillo. Como pasan el día entero en la granja, lo único que se precisa es asignarles una hembra. Con los pastores que cuidan de los rebaños en la montaña, los valles y los bosques, resulta más complicado. Se cobijan en precarias cabañas y llevan una existencia difícil. Es por lo tanto aconsejable enviar con ellos una mujer para que les haga compañía y les prepare la comida, pero ten siempre presente que la esclava tendrá que ser fuerte y capaz de sobrevivir en entornos duros. Normalmente, estas mujeres realizan un trabajo tan decente como el de los hombres y se ocupan de cuidar el rebaño, de recoger leña y de mantener la cabaña. Y por lo que se refiere a alimentar la descendencia, me limito a subrayarles que amamanten a los hijos mientras trabajan, que carguen a la vez con los troncos y con el bebé que lleven al pecho. Lo cual no viene más que a demostrar lo blandas y caprichosas que son hoy en día las madres que pasan días acostadas bajo la protección de las mosquiteras para recuperarse.

El esclavo capataz —o administrador, o supervisor, o como quieras llamarlo— tendrá que ser tratado con más generosidad en lo que respecta a las mujeres, que serán una recompensa por su lealtad. Le darás una mujer, no solo para que le haga compañía, sino también, como ya hemos visto, para que le ayude en la ejecución de sus importantes tareas. Tendrás que alertar al supervisor de que no intime con ninguna esclava de la casa sin estar tú al corriente de ello, y mucho menos con una externa, puesto que tu deseo es garantizar que su pareja sea capaz de desempeñar este importante papel. A mí me gusta invitar a mis capataces a cenar conmigo para comentar las posibles parejas y me parece una forma efectiva de lograr que se sientan incluidos en una decisión tan trascendental para todos nosotros.

Cuando selecciones esa mujer, que acabará convirtiéndose en la capataza de la granja, elige a aquella que haya mostrado mayor moderación en asuntos como la

comida, el vino, las horas de sueño y el sexo. Elige a la que muestre visos de tener buena memoria, la que más se esmere en la realización de las tareas y la que se muestre más dispuesta a complacer a su amo. Esto es algo que puedes fomentar demostrándole lo feliz que te sientes cuando te ha complacido y lo decepcionado que estás cuando no cumple tus expectativas. En resumen, deberás formarla para que comprenda que tu deseo es que la casa prospere y para que sienta que ella también forma parte de este éxito. Anímala a desarrollar el sentido de la justicia, que comprenda que los mayores beneficios son para los esclavos que se los merecen y no para aquellos que no hacen nada para obtenerlos. Déjale claro que un servicio bueno y honesto siempre aportará mayor riqueza y libertad que la pereza y el robo. De este modo lograrás transformarla en el tipo de mujer en la que puedes confiar un papel tan importante como este.

Las relaciones de los esclavos urbanos son más fáciles de controlar porque viven bajo tu mismo techo. Detectar un emparejamiento que pueda resultar beneficioso y fructífero puede convertirse casi en un juego de salón para ti y tu esposa. Si, como jefe de la casa, te comportas de manera justa y cuidadosa en este sentido, tu cantidad de esclavos se incrementará de forma importante. Pero harías bien en no confiar única y exclusivamente en la crianza en casa para satisfacer todas tus necesidades de esclavos. Las enfermedades, las lesiones y las muertes prematuras disminuirán tu ejército de sirvientes. Y, por otro lado, siempre va bien incorporar de vez en cuando sangre externa para renovar las existencias y remover un poco a aquellos esclavos de tu propiedad que se hayan ido acomodando a su forma de vida. A mí me gusta mantener una combinación con la mitad de esclavos nacidos en casa y la otra mitad externos. Aunque, pese a todo esto, debo reconocer que los esclavos criados en casa son una alegría y también un reflejo de la categoría de la familia. Incrementan el valor de nuestras fincas y ofrecen siempre un servicio leal y respetuoso. Son la prueba viviente de una casa cohesionada y que se multiplica, tal y como debería ser toda finca bien gestionada.

COMENTARIO

El esclavo aparece repetidamente en *El libro de la interpretación de los sueños,* de Artemidoro, que data del siglo II d. C. y, en algunas ocasiones, con un matiz sexual. Lo cual vendría a sugerir que el subconsciente romano estaba profundamente afectado por el mundo jerárquico y represivo que lo rodeaba. Pero los romanos no interpretaban los sueños siguiendo una pauta freudiana, interiorizada o sexual. Sino que preferían ver los sueños como algo que les proporcionaba un mensaje de inspiración divina relacionado con el futuro de la persona que soñaba. En un mundo donde la esclavitud marcaba el estrato más bajo

de la sociedad, las profecías sobre el futuro contenían referencias a la esclavitud como parte de su dramatismo. Es interesante la mención de esclavos que acudían a conocer el significado de sus sueños. Lo que sugiere que algunos esclavos tenían dinero suficiente como para acudir a la consulta de un interpretador de sueños y que consideraban que merecía la pena gastarlo en estas cosas. Y demuestra asimismo que los esclavos estaban tan preocupados por su futuro como pudiera estarlo la gente libre. Por mucho que vivieran en la esclavitud, eso no significa que no tuvieran esperanzas o interés por lo que pudiera sucederles.

Existen numerosas evidencias de abusos sexuales hacia los esclavos. Y no es de extrañar si tenemos en cuenta la combinación de posición de poder que ostenta el amo con respecto a sus esclavos y la carencia de derechos básicos de estos. El hecho de que el emperador filósofo Marco Aurelio se enorgulleciera de resistirse a la tentación que suponían dos atractivos esclavos, sugiere que esta no es precisamente la actitud que la mayoría de propietarios habría adoptado. Que los amos mantuvieran relaciones sexuales con niños y adolescentes varones no significaba ningún estigma: los esclavos estaban allí para que el amo se aprovechase de ellos si así le apetecía, independientemente de cuál fuera su sexo o edad. En el mundo moderno, muchos de esos hombres habrían sido calificados como pedófilos. Los embarazos no deseados de las esclavas era una ocurrencia lo bastante común como para bromear al respecto (véase el *Philogelos*, o «el amante de la risa», atribuido a Hierocles y Filagrio para varios ejemplos de ello). En el *Satiricón* (capítulo 57), de Petronio, encontramos una pista acerca del resentimiento que podía llegar a causar los abusos sexuales cuando un liberto dice que «Compré la libertad de la esclava que había compartido mi cama para que nadie más pudiera poner sus sucias manos sobre su pecho». En la misma obra (capítulo 75), Trimalción menciona que desde niño, y durante catorce años, fue el favorito de su amo, aunque lo defiende diciendo: «¿Qué hay de malo en hacer lo que quiere tu amo?». Así es, probablemente, como la mayoría de propietarios de esclavos justificaba su conducta o, como mínimo, como debían de hacerlo si se veían forzados a ello. Según su punto de vista, los esclavos eran una posesión que podían utilizar según creyeran conveniente.

No sabemos qué opinaban los esclavos con respecto a este trato. Pero es razonable asumir que los abusos sexuales debían de tener un impacto psicológico negativo importante. Los estudios modernos han descubierto que las víctimas de este tipo de abusos se sienten desmoralizadas y se muestran sumisas y retraídas. En una antigua interpretación de un sueño (Artemidoro, 3.28) no sorprende ver que un ratón represente un esclavo que vive en la casa y es «tímido». Las tentativas de suicidio eran un hecho lo bastante común como para ser merecedoras de trato

legal y sabemos que los vendedores estaban obligados a revelar a los clientes si el esclavo había intentado quitarse la vida (*Digesto*, 21.1.23.3, 21.1.1.1). El suicidio, o las tentativas de suicidio, no son de por sí un síntoma de enfermedad mental, pero indican una situación intensa de estrés en la vida del individuo.

Aunque también hay quien apunta que los esclavos romanos no experimentaban los abusos como un abuso. Tal vez los racionalizaran como hacía Trimalción. Y, de poder demostrarse que apenas tenían conciencia de su persona, podríamos asumir que no quedarían profundamente afectados por este tipo de trato. Solo aquel que posee una conciencia de su valor como persona puede sentirse humillado y degradado. Las evidencias sugieren, sin embargo, que muchos esclavos sostenían potentes puntos de vista sobre la justicia y su valía. Artemidoro describe que los esclavos «anhelan la libertad» y realizaban grandes sacrificios para conseguirla (Artemidoro, 2.3). Las inscripciones conocidas como las manumisiones délficas muestran que muchos esclavos pagaban grandes sumas de dinero para conseguir la libertad, a menudo en una incierta fecha futura, que solía estar relacionada con el fallecimiento de su propietario. Las tumbas de los libertos muestran asimismo potentes declaraciones sobre logro personal y autoestima.

Las evidencias nos muestran que muchos esclavos, quizás la mayoría, estaban resentidos e incluso odiaban la posición social en la que vivían y que por ello se enfrentaban a situaciones de mucho estrés, entre ellas las que les provocaban los abusos sexuales. La investigación sobre salud mental moderna, y tal vez incluso el sentido común, defiende que condiciones como estas tendrían un impacto nocivo para el bienestar psicológico de los esclavos y daría como resultado un nivel de salud mental muy bajo entre su población. En ese caso, los esclavos presentarían probablemente una incidencia elevada de trastornos mentales, incluso si la forma de tales trastornos fuera muy distinta a la que vemos en el mundo actual.

CAPÍTULO IV

CÓMO SE HACE UN BUEN ESCLAVO



Soy un hombre práctico y esto es un libro práctico. Dispongo de poco tiempo para la elegante filosofía de los griegos e incluso de menos para aquellos a quienes les gusta enredarse con las sofisterías de la lógica. Pero creo que conocer en qué concepto has de tener a los esclavos te ayudará a manejarlos mejor. Saber qué es lo que convierte a un esclavo en esclavo y a un amo en amo. De modo que confío en que sigas conmigo mientras te explico lo que podría denominarse la filosofía de la esclavitud.

Todos los romanos sabemos que para el esclavo, la libertad es lo mismo que el bien es para el mal. Pero ha habido griegos que han cuestionado si el hecho de que los esclavos sean seres socialmente inferiores implica que tengan que ser también moralmente inferiores. Y si resultase que los esclavos no son inferiores moralmente a sus amos, se preguntan si la esclavitud estaría entonces justificada. El filósofo Aristóteles, como ya he mencionado, era de la opinión de que era natural que los esclavos fueran esclavos, puesto que los bárbaros eran intrínsecamente inferiores a los griegos y, en consecuencia, estaban dotados de forma natural para ser esclavos de los griegos, que eran superiores a ellos. No estoy del todo seguro de que hubiera alguien que creyera a pies juntillas este razonamiento, pero lo que sí es cierto es que los griegos veían la esclavitud como una cuestión de extremos. De tal manera que si un hombre libre se convertía en esclavo seguía siendo, en el fondo de su corazón, un hombre libre por naturaleza, mientras que el bárbaro que era esclavizado acababa así porque simplemente recibía su merecido.

En una ocasión coincidí con dos griegos que estaban discutiendo a gritos sobre alguna cosa (no recuerdo exactamente sobre qué). Resultó que uno de ellos era esclavo y al final, el hombre libre, que parecía llevar las de perder en la discusión ante su inteligente oponente, levantó las manos en un gesto de desesperación y dijo:

—¿Y tú qué sabes, de todos modos? ¡No eres más que un esclavo!

A lo que el esclavo respondió con una dulce sonrisa y diciéndole:

—¿Y dónde ves la diferencia entre un hombre libre y un esclavo?

El ciudadano libre insistió en que él sabía que era libre y que el esclavo no lo era. Pero esta respuesta solo sirvió para provocar aún más al esclavo y para empujarlo a seguir discutiendo, de un modo similar al gallo de pelea que se pone más agresivo cuanto más lo atizas. De manera que le preguntó al ciudadano en qué se basaba para establecer su lugar en la sociedad. Le dijo que cómo sabía a ciencia cierta que su madre no había mantenido en secreto relaciones sexuales con sus esclavos y que uno de ellos no era por casualidad su padre. Le recordó que había habido atenienses famosos sobre los que en un momento dado se había sabido que habían sido adquiridos de contrabando de recién nacidos y criados por padres atenienses y que, por lo tanto, en realidad eran extranjeros. ¿Cómo podía el ciudadano saber que no era también él uno de ellos?

Como comprenderás, era uno de esos esclavos que pretendía pasarse de listo. Al final, su oponente se limitó a decir que por muy astutos que fueran los argumentos que planteara el esclavo sobre no poder estar seguro al cien por cien de que un esclavo era realmente un esclavo, o de que un ciudadano era realmente un hombre libre, una cosa estaba clara y era que el esclavo vivía en condiciones de esclavitud. Pero el esclavo seguía sin estar de acuerdo.

—¡Oh, venga! —dijo—. ¿Crees que todos los hombres sometidos a condiciones de esclavitud son realmente esclavos? Hay muchísimos hombres libres retenidos injustamente como esclavos. Los ves a menudo apelando a los tribunales y presentando pruebas que demuestran que son hombres libres. Decenas de miles de personas han sufrido esta desgracia. Y cuando un ateniense libre es hecho prisionero de guerra y enviado a Persia o Sicilia y vendido allí, no decimos que se ha convertido en esclavo. Sino que decimos que, en realidad, sigue siendo un hombre libre. Pero cuando un persa o un siciliano llega aquí, nunca decimos que sigue siendo un hombre libre.

Y el ciudadano dijo entonces que lo que convertía a un hombre en esclavo era la forma en que era tratado. Pero el esclavo era demasiado listo como para no replicar.

—¿Y qué pasa entonces —dijo— si estoy harto de mi amo, de hacer lo que me dice y de ser castigado si no lo hago? ¿Convertiría eso también a sus hijos en sus esclavos? Ellos también están obligados a hacer todo lo que su padre les diga y

si no lo hacen reciben una paliza.

Añadió que eso también convertiría a los escolares en esclavos de sus maestros. El hombre libre contraatacó diciendo que ni los maestros ni los padres encadenaban a sus hijos y alumnos, que tampoco los vendían ni los enviaban a trabajar a la rueda de molino. Que eso era algo que solo hacían los amos con sus esclavos. Pero el esclavo replicó diciendo que había muchos lugares donde los padres se comportaban de esa manera con sus hijos. Que conocía a varias personas que habían vendido a sus hijos como esclavos porque necesitaban dinero. Y que eso no convertía en esclavos a los demás hijos que no habían vendido.

Lo que quería decir el esclavo era que por muy evidente que pudiera parecer que los esclavos son serviles y carecen de valor por naturaleza, pueden llegar a convertirse en hombres libres y liberar de ese modo a sus hijos. Y, de la misma manera, si un hombre libre sufre la desgracia de ser capturado y vendido como esclavo, se convierte a todos los efectos en esclavo y nada lo distingue de cualquier otro esclavo. La esclavitud, por lo tanto, y según esta línea de argumentación, no tiene nada de natural.

Por suerte, la gente que estaba presenciando la discusión empezó a aburrirse con la negativa del esclavo a aceptar la evidencia y con sus astutos argumentos. De manera que le preguntaron qué pensaba que era en realidad un esclavo. Alguien dijo entonces que si una persona tiene pleno derecho de propiedad sobre otra, entendiendo con ello que puede hacer con esa persona lo que le venga en gana, entonces esa persona quedaría correctamente descrita como esclava del hombre que es su dueño. Pero el esclavo preguntó entonces qué quería decir eso de «pleno derecho de propiedad». Al fin y al cabo, había mucha gente que aparentemente era propietaria de una casa, de un caballo o de otra cosa, cuando la realidad era que no tenía ningún derecho legal sobre su supuesta propiedad. De un modo similar, cabía la posibilidad de que un hombre o una mujer fueran posesiones ilegales. Los primeros esclavos, dijo, debieron de ser capturados en tiempos de guerra porque era imposible que hubieran nacido de esclavos. Es decir, habían sido personas libres forzadas a someterse a la esclavitud, lo cual no parecía muy ético y resultaba, además, difícil de defender. Y tampoco era posible argumentar que, de entrada, esas personas hubieran sido esclavas por naturaleza porque no lo eran, eran libres. Y de haber conseguido fugarse, habrían vuelto a ser libres y habrían recuperado su condición original.

Alguien que observaba la discusión sugirió que a pesar de que era evidente que esas personas no eran esclavas, sus hijos y sus nietos lo eran porque habían

nacido esclavos.

—¿Pero cómo es eso posible? —replicó el esclavo—. Si lo que convierte a un hombre en esclavo es haber sido capturado, ¿no deberíamos entonces aplicar el término más bien a los capturados que a sus descendientes? Y si el criterio no es ese sino el nacimiento, entonces queda claro que, puesto que los capturados eran previamente hombres libres, tampoco tendrían que ser esclavos sus hijos.

Tal vez, continuó el esclavo, cabía la posibilidad de que la palabra «esclavo» se refiriera en su origen a una persona con carácter servil. Y podría ser, puesto que todo el mundo conoce hombres con características de esclavos y esclavos con disposición noble. Sucede lo mismo con los términos «noble» y «bien nacido»: al principio, se utilizaban para referirse a personas que eran bien nacidas en cuanto a su virtud y su conducta, no para aludir a quiénes eran sus padres. Los esclavos no son por naturaleza ni más malos ni más despreciables que buenos por naturaleza puedan ser los hombres libres. Lo que simplemente ha sucedido es que la gente ha dejado de pensar en lo que dice y no utiliza los términos de manera adecuada. De hecho, los verdaderos esclavos son quienes se comportan de un modo éticamente despreciable, independientemente de que sean esclavos o hayan nacido libres.

Los griegos podrían haber seguido discutiendo toda la noche. Lo que nosotros tenemos que comprender es que por mucho que para el esclavo la libertad sea lo mismo que el bien es para el mal, esto no implica necesariamente que todos los esclavos sean malos y que solo deberíamos considerarlos así cuando se comportan servilmente. La categoría moral de una persona es un reflejo de la calidad de su alma. Su posición social es irrelevante en este sentido. Por eso es vital que comprendamos este singular hecho: que los esclavos son seres humanos y que como tales deberían ser tratados.

Los amos que tienen tanto sabiduría como cultura son conscientes de que deben mantener una buena relación con sus esclavos. Al fin y al cabo, son la gente con quien compartes tu techo. Los caprichos de la casualidad son tan grandes que siempre tendrías que recordar que podrías haber sido tú el que hubiera acabado esclavizado en vez de ser el amo. Es por esto que me parece ridículo que la gente diga que le avergonzaría cenar con un esclavo. ¿Por qué? ¿Qué motivo se esconde detrás de tanta arrogancia sino la espantosa costumbre de muchísimos amos de hoy en día, que no es otra que la necesidad de vivir rodeados por una multitud de esclavos? El amo de la casa se atiborra hasta quedarse con el estómago tan inflado y distendido que apenas es capaz de digerir las inmensas cantidades de lujosas exquisiteces que ha engullido. Hasta que, con un gran esfuerzo y tensión, lo vomita

y lo echa todo.

Y mientras se desarrolla el proceso, los esclavos no pueden decir palabra y deben permanecer inmóviles y en silencio so pena de recibir una azotaina. Ni siquiera les está permitido padecer un ataque de hipo accidental, por temor a que con ello pudieran distraer al amo mientras disfruta de su atracón de glotonería. Cualquier sonido que emitan los esclavos es severamente castigado. Durante toda la noche, mientras su amo llena y vacía el estómago repetidamente, ellos siguen allí de pie, temblando en silencio de hambre y de miedo y temerosos de que sus estómagos vacíos rujan e importunen al amo.

¿A alguien le extraña que cuando un amo trata a sus esclavos así no haya luego chismorreos a sus espaldas? Por el contrario, los esclavos que tienen permiso para hablar, y no solo delante de su amo, sino también con él, muestran tanta lealtad hacia su señor que están dispuestos incluso a morir por él. Se interpondrían voluntariamente entre su amo y cualquier peligro que lo amenazara. Hablarían con él cuando le sirvieran la cena, pero guardarían silencio cuando fueran torturados por los enemigos de su amo en busca de información que pudiera perjudicarlo.

Si piensas que los esclavos son nuestros enemigos, tendrías que recordar que son enemigos solo porque nosotros los hemos convertido en eso. La gente los trata con crueldad y falta de humanidad, como si fueran más animales estúpidos que seres humanos. Como cuando, por ejemplo, nos reclinamos para cenar, mientras ellos tienen que permanecer de pie y esperar a limpiar el vómito de los que han comido o bebido demasiado, o seguramente ambas cosas. O cuando algún pobre esclavo tiene que llevar a cabo el trabajo de trinchar carísimos faisanes y otras aves de corral. Guía con habilidad su mano experta alrededor de la pechuga del ave y sus cuartos traseros y la trincha. Pero él no recibe nada de nada, el pobre hombre. Su objetivo en la vida no es otro que trinchar pollo asado. Pero da más lástima el amo que cree que su obligación es enseñarle al esclavo esa habilidad que el esclavo que no tiene otra alternativa que aprenderla.

Otro esclavo sirve el vino. El chico va vestido como una mujer y se esfuerza por parecer lo más joven posible, pero los signos de la virilidad empiezan a asomar. El trabajo de otro esclavo consiste en evaluar la conducta de los invitados. Monta guardia nervioso y toma nota de aquellos que se comportan de un modo escandaloso para volver a invitarlos al día siguiente. Hay esclavos que preparan el menú y conocen hasta el último detalle de los gustos del amo. Saben exactamente cómo animar sus papilas gustativas y entretenerlo con pequeñas exquisiteces. Saben el tipo de presentación que le gusta, el tipo de cocina novedosa que lo

reanimará cuando se sienta enfermo. Comprenden qué cosas le aburren y cuándo le apetecen otras determinadas. No es necesario decir que al amo jamás se le pasaría por la cabeza comer con esa gente, ya que piensa que compartir mesa con un esclavo no corresponde a su rango.

Una vez vi al amo de un esclavo que lo dejaba en la intemperie bajo la lluvia mientras sus invitados pasaban al interior para cenar. Posteriormente, el amo lo puso en venta entre un grupo de esclavos especialmente inútiles, de esos que se venden en el primer lote de la jornada cuando el subastador pretende calentar un poco el ambiente. ¿Y qué fue de aquel esclavo supuestamente tan inútil? Se convirtió en un liberto muy poderoso que alcanzó una posición de enorme influencia muy cerca del emperador. Acabó con un comedor decorado con treinta columnas de ónice. Y procuró devolverle a su antiguo amo todo el desdén con que él lo había tratado.

Debes reflexionar sobre el hecho de que el hombre al que llamas esclavo nació igual que tú, respira como tú y muere como tú. Tienes que ver más allá de su exterior servil y reconocer al hombre libre que hay dentro, del mismo modo que él puede ver el esclavo de tu interior. El destino hunde constantemente a los hombres y empuja a arrastrarse por la tierra incluso a los de más alta cuna. ¿De verdad piensas que hay que faltarle al respeto a un esclavo a cuya posición podrías verte reducido algún día si el destino así lo decide?

No quiero echarte un sermón sobre cómo deberías tratar a tus esclavos. Lo que en realidad quiero decirte es lo siguiente. Trata a tus esclavos como te gustaría que te tratase tu superior. Siempre que pienses en todo el poder que ostentas sobre tus esclavos, recuerda todo el poder que tu superior ostenta sobre ti. Y si me dices que no tienes superior alguno, entonces recuerda lo que es capaz de hacer el destino y que podría llegar un día en el que acabes teniendo uno.

Perdona a tus esclavos cuando cometan errores, mantén conversaciones con ellos, muéstrate cortés, comparte una comida con ellos. Llegado este punto estoy seguro de que todos aquellos que llevan una vida de lujo me responderán a gritos diciéndome: «¡Abogas por una conducta repugnante y poco digna!». ¿Acaso no veis que así es como nuestros antepasados querían que nos comportáramos con los esclavos? Los llamaban «miembros de la casa» porque formaban parte de nuestra unidad familiar. Ellos otorgaban al amo una posición de respeto y el poder para administrar justicia en el seno de la casa. Consideraban que la casa era una versión en miniatura del estado.

Así que me dirás: «¿Lo que quieres es que invite a cenar a mis esclavos cada noche, no?». «Pues igual que invitas a cenar a tus hijos», te replicaré. No deberías ignorar a quienes trabajan para ti por el simple hecho de que lleven a cabo tareas de baja categoría. No puedes juzgar a un mulero solo porque desempeñe un trabajo miserable. Lo que de verdad cuenta es su perfil moral. Los trabajos se asignan por casualidad, pero todo el mundo tiene su propio perfil moral, que es algo que la persona puede, además, desarrollar. Debes invitar a algunos a cenar contigo porque se lo merecen y animar a los otros a ser merecedores de ello en un futuro. Si el carácter de tus esclavos tiene algo de servil, conseguirás eliminarlo si comparten compañía con hombres libres como tú.

Mira, no deberías buscar tus amigos solo entre aquellos de clase similar a la tuya. Si buscas con esmero, encontrarás también amigos bajo tu propio techo. La buena madera acaba deformándose si ningún artesano la trabaja. Pero si lo intentas, descubrirás que tienes un montón de madera buena que utilizar. Igual que harías cuando vas a comprar un caballo, no inspecciones solo debajo de la silla y mira también la parte inferior del caballo. Serías estúpido si te limitaras a juzgar a un hombre por sus prendas o su posición social. El hombre que ves con tus ojos como un esclavo podría ser libre de corazón.

De hecho, todos tenemos corazón de esclavo. Algunos son esclavos del sexo, otros del dinero, otros más de la fama, algunos de la condición social. Todos somos esclavos de la esperanza y del miedo. Permíteme que te ofrezca algunos ejemplos de conducta servil entre la llamada nobleza. Conozco un hombre de rango consular que se comporta como el esclavo de una anciana porque está desesperado por heredar su fortuna. Luego un viejo acaudalado que babea por una joven esclava y se cree capaz de ganarse su afecto por su encanto más que por la fuerza. Se me ocurren muchos hijos de buenas familias que se han enamorado de actores y actrices de los escenarios; y no existe esclavitud más deshonrosa que aquella a la que se accede de manera voluntaria. No permitas, pues, que este tipo de gente te impida confraternizar con tus esclavos y tratarlos de manera agradable y no como su arrogante superior. Deja que tus esclavos te respeten y no te teman.

Me atrevería a decir que habrá quien me acuse de incitar a los esclavos a la revuelta y a derrocar a sus amos. Dirán que los esclavos, como corresponde a aquellos de clase social inferior, deben tratarnos a nosotros, sus amos, con respeto y deferencia. Pero esa gente quiere que la traten mejor que a un dios. Cuando eres respetado, también eres amado, y el amor no puede combinarse con el miedo. No quieras que tus esclavos te teman, y cuando los castigues intenta hacerlo solamente con palabras. Las palizas físicas deberían reservarse para el castigo de los animales.

Tenemos tanto lujo que nos enojamos ante cualquier cosa que no nos satisfaga por completo. Nos comportamos como aquellos tiranos que sufren ataques de rabia completamente inapropiados para la posición de poder que ostentan. Aunque ese poder implique que nadie protestará contra ellos. Pero en realidad, las cosas que no nos satisfacen son tan menores que no podrían hacernos ningún daño. ¿Qué pasa entonces si no nos sirven de la manera precisa y adecuada una exquisitez concreta? Cuando cogemos pataletas no conseguimos otra cosa que salir aún más perjudicados. Pero repito, no es mi intención echarte un sermón. Manejar esclavos es complicado y, a menudo, fastidioso, pero intenta siempre tener presentes estos ideales, por mucho que en realidad no te comportes a la altura de ellos. De lo contrario, caerás muy pronto en malas costumbres y empezarás a tratar a tus esclavos como si fueras un déspota y ellos un montón de animales estúpidos.

Tienes que recordar que si los esclavos no son serviles por naturaleza, tampoco tú eres un amo por naturaleza. La clase social no es suficiente, tienes que demostrar lo que eres con tus actos. También tus esclavos, claro está, tendrán que demostrar que no son serviles, y lo harán comportándose con nobleza y como se esperaría que lo hiciese un hombre libre. Si los esclavos caen continuamente en la mala conducta, es normal que la gente piense que tienen una predisposición natural hacia el vicio, así como una inferioridad ética intrínseca que los hace incapaces de aspirar a las cosas superiores de la vida.

Mi intención es demostrarte que los esclavos son capaces de comportarse de la mejor manera posible. No son todo insolencia y malicia, sino que pueden ser tanto leales como nobles. El hecho de que su alma siga siendo libre, les permite comportarse con la máxima virtud. Los hay que se cuestionan si un esclavo es capaz de hacerle un favor a su amo. De hecho, los esclavos van a menudo mucho más allá de lo que se les exige para ayudar a sus amos. Existen numerosos ejemplos de esclavos que han luchado para proteger a sus amos sin tener en ningún momento en cuenta su seguridad y que incluso después de haber sufrido múltiples heridas, han seguido luchando hasta quedarse sin una gota de sangre en las venas y dándole con ello tiempo a su amo para poder huir. Hay también esclavos que se han negado a traicionar los secretos de su amo incluso viéndose amenazados y torturados hasta la muerte.

En muchos sentidos, los ejemplos de esclavos que se comportan de un modo tan virtuoso son notables por su excepcionalidad. Y son actos más dignos de elogio que actos similares llevados a cabo por hombres libres porque, en estos casos, están realizados por gente que tiene que trabajar bajo las coacciones de la necesidad. Y a pesar de las muestras desagradables de autoridad que soportan, el amor de esos

esclavos hacia sus amos supera cualquier rencor que puedan albergar por tener que servir como esclavos.

Y en realidad, esclavos tan nobles como los que menciono no son una excepción. Durante el sitio de la ciudad de Grumento, y en una situación de desesperación, dos esclavos fugados se cambiaron de bando y dieron ayuda al enemigo. Posteriormente, mientras el ejército victorioso causaba estragos en la ciudad, los dos esclavos se adelantaron por un camino que conocían bien para llegar a la casa donde habían servido como esclavos y ayudar a su ama a escapar. Durante la huida, cuando los invasores que se cruzaban con ellos les preguntaban quién era la mujer, los esclavos respondían que era su ama y que se disponían a ejecutarla por haberlos tratado con crueldad. Pero lo que hicieron en realidad fue llevarla lejos de las murallas de la ciudad y esconderla hasta que los soldados enemigos hubieran terminado con sus asesinatos y con el saqueo de la ciudad. Solo entonces liberaron a su ama. Ella, a cambio, les concedió a ambos la libertad de inmediato. Evidentemente, no se sintió degradada por haber salvado la vida gracias a dos hombres sobre los cuales tenía el poder de la vida y la muerte. De hecho, se hizo famosa por su generosidad y se convirtió en un ejemplo para todos los romanos.

O luego está la historia de un oficial de alto rango llamado Paulo que estaba reclinado disfrutando de la cena y que lucía un anillo con una gran piedra preciosa que llevaba grabado un retrato del emperador Tiberio. Se levantó para hacer sus necesidades en el orinal. Un destacado informante llamado Maro vio aquello como una oportunidad de oro para acusar a Paulo de contaminar la imagen del emperador y obtener una generosa recompensa por ello. Pero el esclavo de Paulo también se dio cuenta de lo que su amo acababa de hacer. De inmediato, el esclavo arrancó el anillo del dedo de su amo borracho y se lo puso. De modo que cuando Maro apeló a los demás comensales para que fueran testigos de la violación de la imagen del emperador, el esclavo les mostró que era él quien llevaba el anillo.

Cuando el divino Augusto era emperador, las cenas no eran aún tan peligrosas, pero podían causar problemas. Un senador llamado Rufo estaba tan borracho que, en el transcurso de una cena, proclamó a viva voz que el emperador no regresaría sano y salvo de un viaje que estaba a punto de emprender porque todos los toros que iban a ser sacrificados para garantizar su regreso auguraban lo contrario. A la mañana siguiente, el esclavo que había pasado la cena a los pies de Rufo le comentó lo que había dicho estando borracho. El esclavo lo animó a ir rápidamente a confesárselo a Augusto antes de que alguien informara al respecto al emperador. Rufo se mostró de acuerdo y fue a ver a Augusto. Le juró no haber

sido consciente de lo que decía y que rezaría para que cualquier desgracia cayera sobre su cabeza y no sobre la del emperador. Le suplicó al césar que lo perdonara. Cuando el emperador dijo que así lo haría, Rufo replicó diciéndole que nadie lo creería a menos que el emperador le hiciera un regalo. Le pidió entonces una cantidad generosa de dinero. Y Augusto se la concedió, diciéndole que nunca se permitiría estar realmente enojado con Rufo. Naturalmente, el emperador realizó un acto de generosidad extrema al perdonar al tonto de Rufo, pero en realidad había sido el esclavo el que había salvado a su amo. No hace falta decir que Rufo le concedió luego la libertad.

Y podría seguir enumerando las buenas cualidades que se esconden en el corazón de un esclavo. Está también el caso de Urbino. Había sido condenado a muerte y se escondía en una finca cercana a Rieti. Cuando alguien reveló su escondite, uno de sus esclavos se puso su anillo y su ropa para hacerse pasar por su amo y se acostó en su habitación. Los soldados enviados a capturar a Urbino irrumpieron en la casa y encontraron al esclavo que, con mucha serenidad, les ofreció el cuello. Recibió el castigo con la misma resolución que habría mostrado Urbino. Cuando posteriormente Urbino fue perdonado, mandó erigir una tumba para el esclavo con una inscripción en la que se describía su gran acto de virtud.

O tomemos por caso la buena voluntad demostrada por un esclavo hacia su amo a pesar de haber sido recientemente castigado por él. El amo, Antio Restio, fue desterrado y huyó en plena noche completamente solo. Sus esclavos empezaron a saquear la propiedad, excepto uno de ellos, que había sido encadenado y marcado en la frente. Los demás esclavos lo liberaron pero él, en vez de sumarse al pillaje, siguió a su amo fugitivo. Cuando dio con él, Restio temió que fuera a vengar su cruel castigo. Pero el esclavo le dijo que comprendía que el degradante castigo había sido culpa de la fortuna, no de su amo. El esclavo escondió a Restio y le dio de comer. Poco después, cuando vio que se acercaban soldados, estranguló a un anciano que casualmente estaba por allí, construyó una pira funeraria y arrojó a ella el cadáver. Le prendió fuego y a todo aquel que pasara le dijo que era Restio, que había muerto y que ese era su merecido por haberlo marcado. Todo el mundo se creyó la historia, los soldados se fueron y Restio salvó la vida.

De un modo similar, cuando fue descubierta la conspiración de Cepión para asesinar a Augusto y fue condenado a muerte por ello, uno de sus esclavos lo bajó hasta el Tíber en el interior de un cofre y, por la noche, consiguió trasladarlo a la finca que tenía en el campo. Luego, lo subió a bordo de un barco, naufragó con él y escondió a su amo en Nápoles. Incluso después de ser ambos arrestados, el esclavo se negó a proporcionar información que pudiera incriminar a su amo. O también

está la historia de aquella época en que la ciudad de Padua sufrió la presión de Asinio Polión para suministrarle hombres y dinero y muchos propietarios se escondieron para evitarlo. Polión ofreció recompensas y libertad a cualquier esclavo que traicionara a su amo, pero no lo hizo ni uno.

Marco Antonio fue acusado una vez de haber cometido una ofensa sexual y los jueces dictaminaron que uno de sus esclavos, cuyo nombre no recuerdo, fuera torturado para aportar pruebas, pues era él quien llevaba la lucerna cuando el crimen se cometió. El interrogatorio solo podía producirse si su amo accedía a ello, y Marco Antonio no estaba dispuesto a dar su permiso, temiendo tal vez lo que el esclavo pudiera decir bajo coacción. Pero a pesar de ser consciente de que aquello significaría ser torturado, el esclavo instó a su amo a que lo permitiera y le prometió que no diría nada que pudiera incriminarlo. A pesar de ser tremendamente torturado, el esclavo no reveló nada.

Hay esclavos que incluso han preferido la muerte a ser separados de sus amos. Por ejemplo, cuando Cayo Vetio fue arrestado por sus propios soldados para ser entregado a Pompeyo, su esclavo lo asesinó y luego se suicidó para no sobrevivir a su amo. ¡Qué nobleza de carácter! Y cuando Cayo Graco fue asesinado, su leal esclavo, Euporo, que había sido su compañero inseparable, se quitó la vida junto al cuerpo de Graco abriéndose el estómago con sus propias manos.

Y no son solo los esclavos varones quienes exhiben estas excelentes características. Hay una acción especialmente memorable llevada a cabo por esclavas y es difícil encontrar un ejemplo mejor de hazaña que beneficie al estado que haya llevado a cabo una mujer de noble cuna.

Todo el mundo sabe que el 7 de julio se celebra el festival de las esclavas. Ese día, las mujeres libres y sus esclavas realizan sacrificios para Juno Caprotina bajo una higuera salvaje. El festival conmemora la valentía exhibida por las esclavas en la defensa del honor de Roma. Después del saqueo que sufrió la ciudad en 390 a. C., el estado se encontraba en una situación tremendamente apurada. Las tribus vecinas, que buscaban una oportunidad para invadir territorio romano, nombraron comandante a Postumio Livio, el dictador de Fidene, que exigió al senado romano la entrega de todas las madres y chicas solteras a cambio de conservar lo que quedaba del estado. El Senado dudó. Pero una esclava llamada Tutela hizo la promesa de que se entregaría al enemigo en compañía de las demás esclavas y se harían pasar por sus amas. Se vistieron como madres y jóvenes romanas y cruzaron hacia las líneas enemigas seguidas de un montón de gente llorando, que

fingían su dolor por la pérdida de madres, hermanas e hijas. Livio las repartió por todo el campamento y las esclavas sirvieron vino en abundancia a los hombres con la excusa que era un día de fiesta para los romanos. Cuando los hombres cayeron dormidos, se lo indicaron a los romanos desde lo alto de una higuera que se alzaba junto al campamento. Los romanos atacaron de repente y salieron victoriosos. En agradecimiento, el Senado ordenó la liberación de todas las esclavas y les dio además una recompensa económica. Y fue entonces cuando se decidió celebrar un sacrificio anual para conmemorar aquel día y recordar la heroica acción de las esclavas.

Creo que estarás de acuerdo en que estos ejemplos aportan buenas razones para no mirar con desdén a los esclavos, puesto que existen abundantes pruebas de que muchos de ellos son gente de confianza, prudente y valiente. De hecho, a menudo verás que son precisamente los que tienen sus villas repletas de bustos de sus ilustres antepasados y conocen hasta la rama más pequeña de su árbol familiar, los que con sus acciones revelan que son gente conocida y nada más, pero no realmente nobles.

Todos somos hijos del mismo universo. Nuestros orígenes, seamos de alta o de baja cuna, se remontan a un único progenitor. No habría que mirar con desdén a ningún hombre, por mucho que desconozca sus ancestros o parezca que Fortuna lo ha abandonado. Si entre tus antepasados cuentas con esclavos y libertos, siéntete orgulloso de tus humildes orígenes. Y no permitas que tu orgullo te ciegue y no te deje ver los méritos de los esclavos. Puesto que todos los esclavos son capaces de convertirse en romanos, por mucho que se necesiten varias generaciones para conseguirlo.

Aunque naturalmente, si somos honestos, reconoceremos que los esclavos solo pueden seguir el ejemplo que les dé su amo. Aprender a hacer las cosas bien cuando las enseñanzas del maestro son malas es muy complicado. Y si el amo predica con un ejemplo de descuido, es poco probable que el esclavo sea cuidadoso. Si quieres que te sea franco, creo que no recuerdo ni un solo caso de buen esclavo que pertenezca a un mal amo. Y, por el contrario, conozco muchos malos esclavos que pertenecen a un buen amo y que son castigados por ello. Si quieres que tus esclavos sean gente éticamente mejor, tendrás que supervisar su trabajo, y examinarlo, y tendrás asimismo que estar dispuesto a gratificar a aquellos que sean responsables del trabajo bien hecho, del mismo modo que no deberá darte miedo castigar a un esclavo que se ha comportado mal. Porque tus esclavos solo podrán mejorar si tú predicas con el ejemplo y los formas debidamente.

Los esclavos son casi siempre inferiores a sus amos y la triste realidad es que la mayoría de esclavos no recibe la formación que necesitaría para mejorar. Más triste es si cabe la realidad de que hoy en día tengamos que confiar en estos subordinados para tantísimos servicios. Utilizamos esclavos para cultivar nuestra comida y cuidar de ella. Los empleamos para que nos laven la ropa y nos lleven las bolsas. Conozco un gran romano que tenía tan poco control de sí mismo que se vio obligado a sufrir la humillación de tener que utilizar un esclavo para que le retuviera la mano y le impidiera coger más comida durante las cenas. ¡Qué desgracia que estuviera más dispuesto a obedecer a ese esclavo que a sí mismo! Los verdaderos esclavos son los amos como ese, personas adictas al lujo.

COMENTARIO

En este capítulo, la actitud de Falco adopta un giro inequívocamente filosófico. Sus escritos muestran la influencia del pensamiento estoico, cuyo peso se hizo sentir también en numerosos textos sobre la esclavitud del filósofo romano Séneca. Según esta tendencia de pensamiento, el hecho de que un esclavo sea un esclavo se considera irrelevante. Lo que importa es el alma del individuo. Era, por lo tanto, posible que un acaudalado amo fuera un auténtico esclavo debido a sus adicciones al sexo o a la comida, por ejemplo.

Este punto de vista sobre la esclavitud era bastante distinto del que sostenían los griegos clásicos. Según filósofos griegos como Aristóteles, la esclavitud era el opuesto natural a la libertad que personalizaban los griegos. Bárbaro y esclavo eran términos casi sinónimos. Mucho más adelante, en el tráfico de esclavos de británicos y americanos, fue precisamente este razonamiento el que sustentó el modelo racial de esclavitud que consideraba que los negros estaban dotados para la esclavitud por naturaleza y que eran por naturaleza inferiores a los blancos. Los romanos nunca defendieron esta distinción, en parte porque no tenía sentido en una sociedad donde los esclavos libertos acababan incorporándose a la ciudadanía. Mantener un concepto de pureza racial de los romanos habría sido imposible ante el abrumador hecho de que muchos de ellos descendían de esclavos. Lo cual ayudaba también a que los romanos no tuvieran dificultades para esclavizar a otros italianos, por mucho que los consideraran más próximos a ellos que los no italianos. Por otro lado, la posibilidad de esclavizar a otros griegos era una aberración para los griegos, puesto que todos ellos eran libres por naturaleza, independientemente del tipo de carácter de cada individuo.

Falco presenta una actitud bastante humanitaria con respecto a los esclavos porque considera la esclavitud un mero convencionalismo social. Para él, el

individuo esclavizado tiene cierto valor como ser humano, es capaz de actuar con sentido ético y por ello merece ser tratado con respeto.

Pero antes de que empecemos a ver el Imperio romano como una especie de institución protohumanitaria, debemos recordar que el pensamiento estoico no incluye el concepto de los derechos humanos universales. Es más bien que el amo tiene el vago deber de comportarse con decencia con sus esclavos, siempre y cuando estos también se comporten bien, para de este modo convertirse en la fuente de inspiración que los anime a ser buenos esclavos. Cabe la posibilidad de que uno de los principales elementos motivadores de esta actitud más amable fuera el temor a que los esclavos pudieran atacar a su amo. Parece haber existido además un supuesto casi universal de que por mucho que los esclavos fueran capaces de realizar actos virtuosos, era imposible que llegaran a ser mejores que su amo. Otros grupos, como el de las esclavas, apenas aparecen en este tipo de discusiones éticas porque los filósofos de élite ni siquiera los tenían en cuenta.

No existen pruebas de que el pensamiento estoico tuviera alguna influencia real sobre el trato hacia los esclavos. No dio pie a ningún tipo de iniciativa abolicionista y ni siquiera a críticas hacia la esclavitud como institución social. Los textos como los de Séneca eran escritos teóricos para impresionar a un reducido público de pensadores cultos. Séneca mismo realiza numerosos comentarios derogatorios sobre los esclavos en otros escritos que entran en total contradicción con sus puntos de vista más benevolentes. Es muy posible que los comentarios de Falco no sean el reflejo del propietario de esclavos romano medio. Y aun en el caso de que estas ideas estuvieran hasta cierto punto extendidas en la sociedad, no existen pruebas de que empujaran a los romanos a mostrar una actitud más gentil hacia sus esclavos. Seguramente tiene mucho más sentido interpretar este pensamiento elitista como una reacción a un cambio en las circunstancias políticas. El hecho de que hombres de la categoría social de Séneca tuvieran que vivir ahora bajo el mando de emperadores como Nerón podía hacer que resultase atractivo considerar que la esclavitud no era importante, puesto que todos los romanos libres eran, en términos prácticos, esclavos políticos del emperador.

La discusión entre el griego y el esclavo inteligente se basa en Dion Crisóstomo, *Oración*, 15. En Epicteto, *Discursos*, 4.1, encontramos un ejemplo de la doctrina estoica y los esclavos. En *Sobre los deberes*, 1.13.41, Cicerón repite la doctrina estoica que predica que los amos tienen el deber de comportarse justamente incluso con las miembros de las clases más inferiores. Para la idea romana de que hay que demostrar la valía a través de los propios actos y no solo por el origen de cada uno, véase Dion Crisostomo, *Oración*, 15. La historia del

romano que utilizaba un esclavo para reprimirse de comer en exceso aparece en Plinio el Viejo, *Historia natural*, 28.14. Los relatos sobre esclavos que llevaron a cabo grandes actos de virtud están expuestos en Suetonio, *Gramática y retórica*; Macrobio, *Saturnales*, 1.10.16-25; y Séneca, *Sobre los beneficios*, 3.23-8. La opinión de que los esclavos tendrían que ser tratados como seres humanos aparece en Séneca, *Cartas*, 47. En Peter Garnsey, *Ideas of Slavery from Aristotle to Augustine*, puede encontrarse un excelente análisis de las distintas teorías sobre la esclavitud que existieron en la antigüedad.

CAPÍTULO V

LOS ESCLAVOS Y EL CASTIGO



Cuando tienes una mula terca, no tiene ningún sentido utilizar el elegante arte de la retórica para intentar convencerla de que cumpla tus deseos. Lo mismo sucede con los esclavos: por mucho que te esfuerces en mantener unos ideales elevados en todo lo relativo a su propiedad, descubrirás que la filosofía sobre la esclavitud aporta escasos beneficios prácticos. Aunque te esfuerces por inspirarlos con tu elegante ejemplo para que se vuelvan nobles y diligentes, verás que a veces, para que trabajen duro para ti, no te quedará otro remedio que recordarles a la fuerza la baja posición social que ostentan. Pensar que te harás más rico si los tratas con delicadeza no tiene ningún sentido. Los esclavos recalcitrantes no comprenden la lógica. Son esclavos que parecen animales y que solo responden a golpe de látigo. Pronto descubrirás que lo que ocupa constantemente la mente del esclavo ordinario es el riesgo a sufrir un castigo físico. Sueñan incluso con ello y de todos es sabido lo malo que es que los esclavos sueñen con bueyes, puesto que tanto las correas como los látigos están hechos con cuero de vaca. Pero esta ansiedad omnipresente que tienen como consecuencia de su preocupación por el castigo físico no debería preocupar en absoluto a su propietario. Sino más bien al contrario, puesto que ayuda a reforzar la presencia de la figura dominante del amo en su vida. Independientemente de la tarea que lleve a cabo, el esclavo que siempre tenga presente a su amo será más atento, más diligente y más productivo.

Castigar a los esclavos resulta a veces inevitable, pero ve con cuidado y no te excedas. Siempre que sea posible, y dentro de la limitación que supone mantener la disciplina y la autoridad, evita azotar a un esclavo por el mero hecho de que te haya respondido de manera descarada o insolente. Son, al fin y al cabo, objetos de tu propiedad y si los dañas estarás, de hecho, dañando tus propios bienes. Evidentemente, si alguien te lesionara, buscarías una compensación económica en los tribunales. Pues lo mismo sucede con los esclavos, por mucho que una lesión a un esclavo no llegue ni a la mitad de importancia que la lesión que pueda sufrir un hombre libre.

Por desgracia, todos conocemos hombres que van demasiado lejos con sus castigos. Un amigo mío insiste, como tantos otros, en que los esclavos sirvan la

comida a la familia sumidos en el más completo silencio. Cené en su casa hace poco y fui testigo de la salvaje descarga de latigazos que recibió un esclavo que no pudo contener un estornudo. Otro tosió mientras servía la sopa, por lo cual fue sacado de la casa y golpeado con varas. No fue una velada relajante, la verdad. Sospecho que en el momento en que los invitados nos fuimos, la situación debió de calentarse en serio y, según me contaron, el amo obligó a bailar sin descanso a los esclavos que no habían desempeñado sus tareas a la perfección y a los cocineros que no prepararon los platos con la exquisitez requerida. Luego está la famosa historia de Vedio Polio, que invitó a cenar a su casa a su amigo, el divino emperador Augusto. Uno de los esclavos del anfitrión rompió una valiosa copa de cristal y Vedio ordenó al instante que sacaran al esclavo de la casa y lo arrojaran a un estanque que tenía lleno de lampreas gigantescas. Hizo aquello, evidentemente, para demostrar al emperador lo duro que podía llegar a ser. Pero lo suyo fue una demostración de salvajismo, no de dureza. El chico logró escapar de los esclavos que lo retenían y se lanzó a los pies de Augusto. Le suplicó que le permitiese morir de cualquier otro modo que no fuera convirtiéndose en manjar para los peces. Augusto estaba indignado ante aquella novedosa forma de crueldad. Y ordenó a Vedio que liberara al esclavo. A continuación ordenó a los demás esclavos que presentaran ante su amo todas las copas de cristal que encontraran en la casa y las hicieran añicos. Y ordenó luego a Vedio que vaciara el estanque y matara a las lampreas.

Todos lo hemos hecho, claro está. ¿Qué amo no ha azotado alguna vez a un esclavo por la exasperación que provoca su inutilidad? Oí hablar de un propietario que acabó con un desequilibrio mental tan grande que arrojó a un esclavo por la ventana de un primer piso. Y un amigo mío que se hartó hasta tal punto de un esclavo viejo, que jamás hacía nada, que le cortó las piernas por los muslos para que nunca más pudiera volver a moverse. Incluso el emperador Adriano le arrancó una vez un ojo a un esclavo con una pluma porque se enojó con él. Pero aparte de la ira que puedan provocarnos, no deberíamos permitir que la pasión del momento nos dominara ni inventar nuevos castigos para impresionar a nuestros invitados. ¿Es necesario arrancarle las tripas a un hombre porque nos haya roto una copa? Intenta controlar el malhumor en la medida de lo posible. Para empezar, es el tipo de comportamiento que exhiben los libertos cuando adquieren esclavos. Son famosos por su brutalidad y aficionados a castigar con latigazos y palizas, como si con ello quisieran compensar su origen servil.

Naturalmente, me refiero a los esclavos domésticos y de propiedad privada. Los esclavos que han sido justamente condenados a las minas por los tribunales como consecuencia de los crímenes cometidos, no pueden esperar un trato tan

benévolo. Estos esclavos acaban destruidos físicamente y son sometidos a grandes penurias. Al final, la magnitud de su sufrimiento acaba empujándolos a suplicar la muerte. Son criminales merecedores de su destino. Pero no podemos evitar sentir cierta compasión hacia los esclavos utilizados por los contratistas para trabajar en las mismas minas en circunstancias casi tan penosas como las de los criminales. Son gente que genera una riqueza increíble para sus propietarios y que acaba destrozada por las labores de excavación subterránea constante que se ve obligada a realizar día y noche. Las condiciones son malas, no se les permite descansar y los supervisores los obligan a seguir trabajando a base de palizas. Y a pesar de todo eso, hay multitud de hombres libres que tienen que ganarse la vida trabajando en las minas. Las minas han dejado de ser el camino hacia la fortuna fácil que fueron en su día. Las vetas de plata y oro están agotándose y para conseguir la misma cantidad de lingotes que antes hay que trabajar muchísimo más y en circunstancias muy peligrosas.

Tampoco me refiero a aquellos esclavos sentenciados justamente por los tribunales a ser arrojados a las bestias salvajes en la arena para entretenimiento de nuestros ciudadanos. Ninguno de esos esclavos ha sido enviado a sufrir tal destino por capricho de su propietario, puesto que el propietario nunca vendería a un esclavo para ese fin. Cuando los vemos lentamente descuartizados o escuchamos el crujido y el chirrido de sus huesos, podemos relajarnos con la seguridad de que estamos siendo testigos del castigo adecuado de un criminal merecedor de él. Un amigo mío se ha hecho instalar hace poco en el comedor unos mosaicos delicados y elegantes que representan este tipo de ejecuciones y la verdad es que son espléndidos.

Y luego hay también situaciones en las que un esclavo doméstico de propiedad privada debería sufrir el castigo definitivo. Estoy pensando, sobre todo, en aquellas ocasiones en las que un esclavo puede acudir en ayuda de su amo y no lo hace. Porque cuando el amo de un esclavo corre peligro, el esclavo tendría que anteponer la seguridad de su amo a la suya. Recuerdo el caso de una esclava que dormía en la misma habitación de su ama cuando irrumpió un asesino en la estancia. El hombre amenazó con matar a la chica si gritaba, de modo que la esclava permaneció en silencio cuando podría perfectamente haber ayudado a su ama, bien interponiendo su cuerpo, bien gritando para alertar a los demás esclavos de la casa. La posterior ejecución de la chica fue un castigo merecido y sirvió para enseñar a los otros esclavos que no debían anteponer su seguridad a la de sus propietarios en caso de peligro.

En cuanto a mí, en lo referente al castigo de los esclavos, confío en los

servicios de un proveedor externo. El consejo local ofrece un servicio por el cual se administran latigazos a cambio de un pago. Las tarifas son bajas, unos cuatro sestercios por sesión, si no recuerdo mal. Vienen y preparan el patíbulo donde llevarán a cabo el castigo y donde atan al esclavo después de haberlo sacado solemnemente de la estancia donde está retenido. Piensan en todo, incluso en las cuerdas para sujetarlo. El servicio sirve como una saludable advertencia que anima al resto de los esclavos a comportarse como es debido y te ahorra ensuciarte las manos. En el pasado, cuando estaba permitido que el propietario ejecutara a sus esclavos, esos proveedores ofrecían también un servicio de crucifixión, con cruz y clavos incluidos en el precio. Si necesitabas administrar torturas, tenían también resina caliente. En aquellos tiempos, los propietarios juzgaban personalmente a los esclavos acusados de crímenes graves en presencia de todo el servicio de la casa y mataban al acusado en caso de ser considerado culpable.

En mis fincas rurales tengo un lóbrego calabozo subterráneo para castigar a los malos esclavos con una temporada de soledad. Tiene solo unas rendijas arriba, para permitir el paso de la luz, que no pueden ni alcanzarse con la mano y la alimentación que les doy es mínima. A pesar de que se trata de una práctica que hoy en día no es estrictamente legal, me resulta útil tener algo con lo que inspirar miedo incluso a los esclavos rurales más torpes y tercos. También aplico el castigo de trabajar en el molino y ocupar el puesto de las mulas para hacer girar la rueda. Este tipo de trabajo duro acaba rápidamente con los malhechores. La imagen es penosa: vestidos con toscos harapos, la cabeza afeitada, grilletes de hierro en los pies, rostro cetrino, la piel cubierta por la harina del molino, como los luchadores que acaban cubiertos con una fina capa de arena cuando pelean. Eso sí, no los dejo allí mucho tiempo, puesto que el esfuerzo puede acabar siendo desmoralizante en vez de inspirar al esclavo a trabajar más duro en sus tareas.

Nunca te sientas culpable por aplicar los castigos. La perdición de los esclavos es su propia maldad, no la crueldad de su amo. A propósito, si sufres remordimientos de consciencia después de haber pegado injustamente a un esclavo, bien lo hayas hecho con la mano o con algún objeto, he oído decir en boca de una buena autoridad que si de inmediato escupes en la palma de la mano que ha impuesto el castigo, el rencor de la víctima se suaviza de inmediato. El emperador Adriano llegó hasta el extremo de pedir directamente perdón a aquel esclavo al que le había sacado un ojo con una pluma. Le preguntó al esclavo qué quería a modo de compensación. Pero el esclavo se envalentonó y cometió la temeridad de decir que el emperador ya no podía hacer nada al respecto, puesto que nada llegaría a compensar la pérdida de un ojo. Lo cual solo viene a demostrar que si tratas con excesiva amabilidad a tus esclavos, pronto empezarán a

aprovecharse de tu blandura y se volverán complicados.

Procura no lesionarte la mano cuando pegues a un esclavo. Es algo que puede pasar, sobre todo si te dejas llevar por el enfado. Se sabe de casos de amos que no solo utilizan los puños contra los esclavos, sino también los pies, o que les clavan el cuchillo que casualmente tienen en aquel momento en la mano. Tengo varios amigos que se han lesionado las manos por pegar a sus esclavos en la dentadura. Un médico amigo mío, un hombre merecedor de todo mi respeto, pero con muy mal genio, castiga a sus esclavos sirviéndose de las manos y a veces también de las piernas. Pero la mayoría de las veces lo hace con una correa de cuero o con el primer objeto de madera que encuentra a mano. Siempre anda magullándose y forzando los músculos, provocándose lesiones cuando tendría que ser él quien las provocara.

Deberíamos asimismo recordar que tener esclavos brinda al propietario una oportunidad de mejora personal. Nos enseña a controlar nuestros instintos más básicos. Y este es otro de los motivos por los que no pego a mis esclavos sirviéndome de mis propias manos. Es mucho mejor contener la rabia unos instantes y, en vez de explotar en un ataque de ira, considerar con cuidado cuántos golpes de vara o latigazos se merece el esclavo en cuestión. El castigo puede aplicarlo luego otro sirviente entrenado para tal tarea o los proveedores externos que he mencionado antes.

Hacer una pausa antes de castigar a los esclavos ofrece además la oportunidad de que nuestra superioridad moral se reafirme. Si, al fin y al cabo, hemos perdonado a galos y bretones por la resistencia que opusieron en su día, ¿por qué no exhibir también ese espíritu indulgente ante aquellos cuya valía es incluso inferior? ¿Acaso no deberíamos mostrar alguna vez misericordia hacia el miserable esclavo que se ha mostrado perezoso o parlanchín? De tratarse de un niño, la edad podría ser una excusa; de tratarse de una mujer, su género. Creo que del mismo modo que deberíamos tener mucho respeto a la posibilidad de enojarnos con nuestros superiores, deberíamos respetarnos a nosotros mismos y no enojarnos delante de nuestros esclavos. La verdad es que enviar a un esclavo malo al calabozo de casa para que pase unos días de frío no es precisamente un acto de heroísmo.

Estas explosiones de rabia incontrolada pueden, en cualquier caso, acarrear complicaciones legales. Hubo en una ocasión una dama llamada Estatilia que le preguntó al emperador si tenía que cumplir una cláusula del testamento de su difunto esposo, una cláusula que debió de haber escrito el fallecido en un momento

de rabia contra dos de sus esclavos. El testamento estipulaba que uno de los esclavos tenía que ser encadenado de por vida y el otro vendido al extranjero. El emperador dictaminó que el esposo de Estatilia había seguido con vida tiempo suficiente después de escribir aquello y que, de haberlo querido, habría redactado de nuevo el testamento para excluir las cláusulas que al parecer eran resultado de su ira. De modo que a menos que hubiera alguna prueba de que los esclavos pudieran haber mitigado la rabia del difunto —que los esclavos hubieran llevado a cabo algún acto de especial mérito, por ejemplo, que hubiera podido aplacar el enojo de su amo—, había que respetar su última voluntad. Y el emperador dejó claro que para demostrarlo sería necesario disponer de evidencias por escrito, que no bastaría con la palabra de cualquier otro esclavo.

Existe en la actualidad la tendencia de que el emperador intervenga en las relaciones entre propietarios y esclavos. Es natural que el padre del estado, patrono y cabeza de todas nuestras familias, nos aconseje sobre cómo manejar nuestros asuntos domésticos. Varios emperadores han decretado que el esclavo que apele a los dioses o a la estatua del divino emperador tenga el derecho a que sus quejas sean investigadas. Y estos decretos tienen su origen en el hecho de que diversos gobernadores provinciales preguntaron en su día al emperador qué tenían que hacer con los esclavos que se refugiaban en los templos o junto a las estatuas del emperador. El emperador declaró que si lo que había llevado a los esclavos a huir y buscar refugio había sido la crueldad intolerable de su amo, habría que venderlos de nuevo y donar al propietario los beneficios obtenidos en la venta. Una decisión sensata, ya que es de interés público que la gente no haga un mal uso de sus propiedades. Por mucho que el poder del propietario sobre un esclavo sea absoluto, a los propietarios nos interesa, en términos generales, que no se niegue la protección contra la brutalidad, la inanición o la justicia intolerable a aquellos que apelen correctamente en este sentido.

En los viejos tiempos de la república, el jefe de la casa podía castigar a sus esclavos si lo consideraba conveniente, igual que podía hacer con sus hijos, e incluso ejecutarlos. En la actualidad, este poder sobre la vida de los esclavos lo tienen los magistrados. Ningún propietario puede actuar contra sus esclavos con crueldad o brutalidad excesivas, a menos que tenga una base legal para hacerlo. De hecho, de conformidad con una ley decretada por el divino emperador Antonino Pío, quien mate a su esclavo sin causa adecuada será castigado con la misma severidad que aquel que mata al esclavo de otro.

De modo que, para dejarlo claro, repito que es perfectamente legal castigar a un esclavo golpeándolo con una vara, con latigazos o encadenándolo para

mantenerlo vigilado. No te enfrentarás a ningún tipo de acusación criminal ni siquiera en el caso de que el esclavo muriera en el transcurso del castigo. Pero sí serás acusado de asesinato si lo matas expresamente con una vara o una piedra, si le causas una herida mortal sirviéndote de algún tipo de arma, si lo cuelgas de una soga, si lo arrojas desde una altura elevada o si lo envenenas. Serás también juzgado si le mutilas el cuerpo con castigos cuya aplicación es exclusiva del estado, y con ello me refiero a los instrumentos de tortura que describiré con detalle en el próximo capítulo.

Hay un tipo de mala conducta del esclavo que merece especial mención. Me refiero a las fugas. Por desgracia, la fuga es un problema deprimentemente común entre los esclavos y al que tendrás que enfrentarte en un momento u otro si eres jefe de una casa. Sucederá, por mucho que trates a tus esclavos con justicia y decencia, por mucho que les des comida, cobijo y vestido suficiente y por mucho que los castigues solo cuando se lo merecen. Son gente insatisfecha que se aprovecha de cualquier guerra o situación insegura para huir, confiando en que la gente esté distraída con los demás acontecimientos y no se percate de su fuga.

Imagino que querrás recuperar la propiedad perdida. Te recomiendo que ofrezcas una recompensa por el regreso del esclavo o que cuelgues un cartel con su descripción en el mercado. Intenta aportar información relevante y dar alguna característica del esclavo que lo haga fácilmente reconocible. Un ejemplo del cartel que yo suelo utilizar sería el siguiente: «Se ha fugado un chico que responde al nombre de Hermón, tiene unos quince años de edad y viste manto con cinturón. Le gusta fanfarronearse como si fuera hombre de importancia y parlotea con voz aguda. Quienquiera que me lo devuelva recibirá una recompensa de trescientos sestercios; quienquiera que aporte información sobre su posible refugio en un templo recibirá cien sestercios. Agradezco que proporcionéis toda la información que tengáis a los funcionarios del gobernador».

Puedes recurrir también a los cazadores de esclavos profesionales, aunque sus tarifas son altas. La velocidad que te aportan, sin embargo, es esencial, puesto que utilizan perros para seguir la pista a los fugados cuando estos no han tenido tiempo de alejarse en exceso de tu casa. Puedes solicitar asimismo la ayuda de las autoridades. Con respecto a esto, he observado que resulta muy útil recurrir a tu red de amistades para que los funcionarios hagan todo lo que esté en sus manos para recuperar al fugitivo. Escribe a los conocidos que tengas en los lugares donde sospechas que puede haberse escondido el fugado, envíales tus respetuosos saludos y reclama los beneficios de la amistad que te profesan. Pídeles que presten atención a las evidencias que les muestre tu enviado, que busquen al esclavo y te lo

devuelvan.

Si todos estos intentos fracasan, recurre a la magia y pide que le echen un maleficio al fugado, aunque, la verdad, no aconsejo este tipo de supersticiones. Yo emplearía mejor mi tiempo y mi dinero en buscar garantías que me prevengan de estas pérdidas.

Si consiguen capturar y devolverte al fugado, y por mucho que otros opinen lo contrario, yo te recomiendo indulgencia. La mayoría opta por encarcelar al esclavo, darle una buena azotaina e incluso por cortarle alguna extremidad. Y todo esto estaría justificado en muchos sentidos, claro está, pero siempre existe el riesgo de que el esclavo recuperado se quede tan petrificado ante el destino que le espera que acabe quitándose la vida.

Marcar al fugado en la cara ofrece una solución más sencilla para impedir que vuelva a intentarlo. Se trata de un método eficaz que hace imposible que el esclavo pase desapercibido en el caso de que pretenda volver a fugarse. Otros obligan al esclavo a llevar un collar de hierro con una inscripción en la que se lea algo así como «Aprésame porque soy un fugado» o «Devuélveme a Falco y recibirás una moneda de oro como recompensa». Y si abrevias la frase a las iniciales, todo el mundo lo entenderá también.

Si descubres que un fugado ha acudido a un santuario para solicitar la misericordia de los dioses, tendrás que pasar por el debido procedimiento legal. Permite que el magistrado o el sacerdote investiguen el caso y decida entre tú y el esclavo. Si el fallo es a tu favor, recuperarás el esclavo con agrado y jurarás no guardarle ningún rencor. ¿Y qué pasa si fallan en tu contra? No es ninguna desgracia entregar el esclavo al divino emperador, teniendo en cuenta además que la solución ofrece una forma digna de garantizarle al esclavo lo que desea —un nuevo amo— y a ti una manera de reparar el coste de sustituirlo. Siempre habrá esclavos descontentos que no valoran todo lo que haces por ellos y es mejor que exista esta manera de recuperar el capital que has gastado en ese ingrato. De lo contrario, si el esclavo consigue llevar a buen fin su fuga, si muere en su intento o si el magistrado lo sentencia a ser arrojado a las bestias en la remota provincia donde haya sido localizado, perderás todo tu dinero.

Hay una historia extraordinaria sobre una fuga que me gustaría contarte. La oí en boca de un amigo literato que la vio con sus propios ojos en la ciudad de Roma. Iba a celebrarse en el Circo Máximo un combate entre bestias salvajes. Habían traído centenares de animales para el espectáculo y no había solo criaturas

inofensivas como antílopes y jirafas, sino también grandes bestias espantosas que destacaban por su tamaño colosal y por su tremenda ferocidad. Y entre una colección de fieras tan terrible como aquella, destacaban los leones. Había un león en particular que llamaba especialmente la atención por su enorme cuerpo y su conducta cruel. Tenía un rugido profundo y aterrador, un cuello potentísimo y una melena abundante que le caía sobre los hombros. Y como llevaba varios días sin comer, estaba hambriento de carne.

El día del espectáculo llegaron al circo varios prisioneros que habían sido condenados a ser arrojados a las bestias. Uno de ellos era un esclavo llamado Androcles, que había sido propiedad de un antiguo cónsul. Lo hicieron saltar a la arena y soltaron acto seguido el león. La multitud se relamió de impaciencia solo de pensar lo que iba a hacerle el enorme animal a aquel hombre indefenso. Pero lo que sucedió fue de lo más excepcional. Cuando el león lo vio de lejos, en lugar de cargar contra él y devorarlo, se detuvo, como si se hubiese quedado atónito, y se acercó despacio y en silencio al hombre, como si lo hubiera reconocido. A continuación, meneando la cola como un perrito servil, se plantó delante del hombre, que a aquellas alturas ya estaba medio muerto de miedo, y le lamió con delicadeza los pies y las manos. Al notar las caricias de la fiera, Androcles se calmó y se serenó, hasta que consiguió abrir los ojos y mirar al león. Era evidente que lo reconocía, puesto que esbozó una sonrisa de oreja a oreja y abrazó al animal.

La multitud se quedó tan pasmada con lo que estaba viendo que empezó a gritar para comprender qué había pasado. El emperador reinante convocó a Androcles y le preguntó por qué aquel fiero león le había perdonado la vida. Y Androcles le relató una historia extraña y sorprendente.

—Mi amo gobernaba África como procónsul —le dijo—. Pero era un hombre malvado. Y al final, incapaz de soportar los azotes inmerecidos que me propinaba a diario, decidí fugarme. Para escapar de un hombre tan importante como él, me vi obligado a refugiarme en el desierto, más allá de la fértil llanura de la región. Mi plan era, en el caso de no encontrar comida y agua, quitarme la vida antes que regresar a él. Un día, el calor de mediodía era tan abrasador que encontré una cueva y me escondí allí. El león entró renqueante en la cueva poco después. Estaba cojo, una de sus patas sangraba profusamente y emitía espeluznantes aullidos de dolor.

»Al principio me aterré al ver aquel león. Era evidente que sin querer me había metido en la guarida del león y pensé que estaba acabado. Pero cuando el león me vio allí, encogido de miedo, se acercó dócilmente y levantó la pata, como

si estuviera pidiéndome ayuda. Vi que tenía una astilla grandiosa clavada en la planta y, con gran dificultad, conseguí extraérsela. A continuación, presioné para quitarle todo el pus de la herida, le limpié la sangre y se la sequé con cuidado. Ya no estaba asustado. Era evidente que el león se sentía aliviado con alguien que le atendiera la herida. Sin retirar la pata de mi mano, se tumbó en el suelo y se quedó dormido. El león y yo vivimos juntos en aquella cueva durante tres años y compartimos incluso la comida. El león me traía las partes más exquisitas de sus capturas y yo las dejaba secar al sol, puesto que no tenía fuego donde cocinarlas, y luego me las comía.

»Pero al final me harté de vivir allí en medio de la nada. Un día, mientras el león estaba cazando, abandoné definitivamente la cueva. Viajé durante tres días, hasta que fui capturado por unos soldados que me llevaron desde África hasta Roma, donde había regresado mi amo. Me condenó de inmediato a ser arrojado a las bestias salvajes. Y por lo visto, alguien capturó también al león y lo mandó asimismo a Roma para participar en estos juegos. Ahora se ve que ha decidido devolverme la bondad que demostré con él cuando le curé la pata.

La multitud estaba desesperada por saber lo que Androcles le estaba contando al emperador, de modo que este decidió que sus hombres escribieran la historia en carteles y los fueran mostrando al público del circo. En cuanto comprendieron qué pasaba, el gentío pidió la liberación del esclavo. El emperador acató el deseo del pueblo y le regaló al esclavo el león, siguiendo la sugerencia del público. Y durante mucho tiempo pudo verse a Androcles y su león, al que siempre llevaba sujeto con una fina correa, paseando por las calles de Roma, donde él recibía dinero por parte de la multitud y el león pétalos de flores. Y la gente solía exclamar: «¡Este es el león amigo del hombre y este es el hombre que fue como un médico para el león!».

COMENTARIO

En este capítulo reaparece el lado más duro de Falco. Pero el castigo físico de los esclavos romanos por parte de sus propietarios era normal, aceptable y rutinario. En las comedias de Plauto, por ejemplo, el esclavo típico aparece descrito como un personaje obsesionado por evitar el látigo de su amo. Lo cual no significa que todos los esclavos recibieran un trato duro y brutal. Sin duda alguna, el trato que recibían los esclavos debía de variar de forma considerable según fuera la actitud del amo. Los mismos romanos se mostraban críticos con aquellos propietarios que trataban a sus esclavos con excesiva severidad y es posible que este tipo de vigilancia policial comunitaria basada en la reputación sirviera para

impedir que algunos propietarios se propasaran en el castigo de sus esclavos.

La preocupación pública quedó finalmente expresada en la legislación imperial que limitaba el grado hasta el cual un amo podía castigar con impunidad a sus esclavos. La famosa historia de Vedio Polio, que intentó arrojar a un estanque lleno de lampreas a uno de sus esclavos como castigo por haber roto una copa de cristal, está registrada con todo detalle precisamente porque se consideraba una acción inaceptable y excesivamente dura. La intervención del emperador Augusto en la historia subraya que el principal motivo de la implicación imperial no era el deseo de mejorar las condiciones de vida de los esclavos, sino el hecho de que los emperadores estaban involucrados en todos los aspectos de la vida de sus súbditos y se esperaba de ellos que establecieran y obligaran el cumplimiento de estándares de conducta social aceptables.

Los esclavos estaban sujetos a los caprichos arbitrarios de sus amos y a su cambiante humor. La historia de Adriano, que le sacó el ojo a un esclavo con una pluma, fue notable y merecedora de pasar a la posteridad precisamente porque este tipo de conducta no era típica de él. Pero lo hizo, de todos modos. Y si un concienzudo emperador era capaz de comportarse de un modo tan despiadado si estaba de mal humor, ¿cuán frecuentes serían los ataques de este calibre entre los propietarios de esclavos normales y corrientes? Y el detalle que hace que esta historia sea más destacable si cabe es que el esclavo se envalentonó cuando le preguntaron qué quería a modo de indemnización. Que un esclavo se mostrara irrespetuoso con su amo era impensable, sobre todo cuando el amo se había tomado la molestia de ofrecer algo que pudiera reparar el daño que había causado. La impresión que se obtiene de este suceso es que a Adriano le dolió haber perdido los estribos, pero no lo que esa pérdida de control de sí mismo pudo suponer para el esclavo. El foco de atención está en el carácter del amo, no en el destino del esclavo.

Todo el mundo daba por sentado que los esclavos criminales que eran condenados a trabajar en las minas, a remar en las bodegas de los barcos o a ser arrojados a las fieras en el anfiteatro, eran completamente merecedores de su destino. Resulta tentador pensar que los romanos pudieran sentir cierta lástima por los pobres hombres y mujeres arrojados a los leones, pero existen escasas pruebas que apunten en este sentido. Lo más probable es que consideraran estos castigos como justamente merecidos por aquellos esclavos que eran tan inútiles que ni siquiera servían para ser esclavos.

Las fugas eran un problema recurrente para los propietarios de esclavos. La

pérdida de capital que ello representaba era algo que se esforzaban por evitar. En los *Oráculos de Astrámpsico*, una de las preguntas que plantea un propietario de esclavos es precisamente: «¿Encontraré al fugitivo?». Y es alentador que las probabilidades que insinúan las diez posibles respuestas favorezcan al fugado. Las respuestas sugieren un sesenta por ciento de probabilidades de que no sea encontrado, un treinta por ciento de que sí y un diez por ciento de que lo sea después de cierto tiempo. Tal vez sea por eso que tantos esclavos intentaran fugarse: a menudo salía bien. Los recursos de los que disponían los propietarios para seguir la pista a un individuo en el amplio territorio del Imperio romano eran limitados. No existía una fuerza policial que pudiera ayudarlos y si el esclavo lograba escapar de la zona donde podía ser reconocido, había una probabilidad más que razonable de que pudiera empezar de cero una nueva vida como hombre libre.

La historia de Androcles y el león que aquí se relata es una ampliación posterior de la antigua fábula de Esopo. En esta versión romana, resulta interesante que el esclavo ofrezca su propio relato sobre la motivación que lo empuja a fugarse: el trato brutal e injusto que recibía. A pesar de que lo más probable es que se trate de una historia de ficción (por mucho que el autor afirme haberla extraído de un testigo de los hechos), nos ofrece una pista de cómo los esclavos huían del terrible trato que sufrían y estaban dispuestos a correr enormes riesgos con el fin de hacer realidad la posibilidad de una vida en libertad. Véase Keith Bradley, *Esclavitud y sociedad en Roma*.

La historia de Vedio Polio aparece en Dion Casio, 54.23.1. Séneca, en *Sobre la ira*, 3.40, critica también la conducta de Polio. La descripción del castigo de los esclavos en el molino de harina está extraída de la novela de Apuleyo, *El asno de oro*, 9.12. Para detalles sobre las terribles condiciones que se vivían en las minas, véase Diodoro Sículo, 5.36-38. La historia de Estatilia aparece mencionada en el *Código* de Justiniano, 3.36.5. Sobre las lesiones que sufrían los propietarios por pegar a sus esclavos, véase Galeno, *Las enfermedades de la mente*, 4. Un ejemplo de un acaudalado propietario que intenta utilizar sus contactos para intentar recuperar a sus esclavos fugados aparece en Símaco, *Cartas*, 9.140. Sobre el derecho de los esclavos a apelar a los dioses o a la estatua del divino emperador, véase Justiniano, *Instituta*, 1.8.2.

CAPÍTULO VI

CUANDO LA TORTURA ES LO ÚNICO QUE FUNCIONA



Los castigos que he resumido en el capítulo anterior deberían permitirte mantener la disciplina y la autoridad en casa. Pero hay momentos en los que alguno de tus esclavos puede verse implicado con la ley. En estas ocasiones, siempre que un esclavo tenga que presentarse como testigo ante un tribunal, es exigencia legal que dé su testimonio bajo tortura. Las razones para ello son evidentes. Los esclavos son mentirosos habituales y se supone que solo revelan la verdad cuando sufren dolor. El único requisito que la ley impone es que el propietario ofrezca voluntariamente a su esclavo para que este sea sometido a tortura. La única excepción es que el esclavo no puede testificar contra su amo, aparte de los casos en los que se juzga una traición.

En su inmensa mayoría, los esclavos tienen una categoría ética baja, un hecho que queda reflejado en la extrema cobardía que exhiben frente al miedo. Resulta patético observar su lloriqueo, sus volubles confesiones y su terror cuando se enfrentan a los instrumentos de tortura. Lo cual no les hace ningún bien, evidentemente, porque su testimonio solo será válido bajo tortura. De no ser así, los esclavos podrían decir cualquier cosa con tal de salir del atolladero. La prudencia y la humanidad de esta forma de actuar quedan patentes en el ejemplo del esclavo Primitivo. Estaba tan desesperado por huir de su amo que incluso se acusó a sí mismo de asesinato y llegó hasta el extremo de dar nombres de cómplices. La verdad —que no había cometido jamás aquel crimen— solo salió a relucir cuando fue sometido a tortura. De no haber sido por la tortura, la justicia habría hecho ejecutar a un esclavo, otros esclavos inocentes habrían sido condenados a las minas y un propietario respetuoso con las leyes se habría quedado sin su propiedad.

La tortura de esclavos es una ocurrencia común en los tribunales de justicia. En una ocasión me hablaron de un hombre que se opuso a la tortura de esclavos. Era el caso de una bella esclava que tenían en propiedad conjunta dos hombres que discutieron por un asunto de negocios y, como consecuencia de la disputa, uno de

ellos resultó gravemente herido. La parte lesionada había llevado al otro a los tribunales, donde el acusado se negó a que torturaran a la esclava porque dijo estar enamorado de ella. Naturalmente, el lesionado argumentó que la esclava estaba en la posición ideal para dar testimonio sobre lo sucedido, puesto que era propiedad a partes iguales de los dos hombres, había visto cómo había empezado la pelea y quién había dado el primer puñetazo. Dijo también que los esclavos del acusado, que también eran propiedad del acusado y que este estaba encantado de presentar como testigos, intentarían hacer feliz a su amo contando todo tipo de mentiras sobre el acusador. Por desgracia, no recuerdo cómo acabó la cosa.

Hay diversas modalidades ordinarias de tortura. En la primera de ellas, el esclavo tendrá las manos atadas, será colgado de una cuerda y azotado con un látigo. A veces, los látigos tienen la punta de metal o de hueso para penetrar las carnes. En la segunda modalidad, el esclavo será colocado bien encima de un armazón de madera, que se conoce como «el potro», bien encima de un aparato llamado «las cuerdas de la lira», ambos diseñados para utilizar un sistema de pesas que tensa lentamente las extremidades, las disloca y acaba separándolas del cuerpo. O se utilizan dos trozos grandes de madera para partirle las piernas. Otro método es el de la abrasión, por el cual se aplica al esclavo resina ardiente, placas de metal al rojo vivo o antorchas encendidas para sonsacarle las pruebas que exige el tribunal. Y finalmente están los ganchos, cuyos dientes afilados penetran en los flancos de la víctima. Todos estos procedimientos se llevan a cabo en público, delante del tribunal.

A pesar del vigor de estos métodos, siempre se procura que los esclavos no mueran durante el interrogatorio, aunque en la práctica lo hacen con frecuencia. Y en cuanto se obtiene el testimonio, hay que recordar que estamos hablando de esclavos. Nunca puedes confiar plenamente en ellos y deberías tener siempre presente que los habrá que no revelarán la verdad y dirán cualquier cosa para acabar con la tortura. La tortura, por otro lado, solo debería utilizarse como último recurso de la investigación, cuando se tiene un sospechoso del crimen y ha sido imposible encontrar pruebas con otros medios.

Ya he mencionado que no es posible torturar a los esclavos para sonsacarles pruebas contra sus amos sin el permiso de estos. Nuestro divino emperador Augusto, sin embargo, estableció el precedente para evitar esta exquisitez legal. Ordenó que siempre que surgiera una situación de este estilo en una investigación, el esclavo en cuestión sería vendido a la fuerza al tesoro público o al emperador para que dejara de pertenecer a su amo y pudiera ser interrogado siguiendo el proceso habitual. No es de extrañar que hubiera quien se opusiera a estas falsas

ventas aludiendo que eran una burla a la ley. Pero otros defendieron la importancia de poder realizar este tipo de transacciones puesto que, de no permitirse, las muchas confabulaciones que existían contra el emperador y que se llevaban a cabo al amparo de esta disposición, y que eran una amenaza constante para la estabilidad del estado, no podrían llegar a descubrirse.

Hay que hacer mención aparte a lo que se refiere al asesinato de un propietario. La ley establece que siempre que haya esclavos que vivan bajo el mismo techo que un propietario que ha sido asesinado y no han hecho nada para evitar tan fatal suceso, deberán ser interrogados bajo tortura y luego ejecutados. El porqué de esta ley es evidente. El motivo más importante es el hecho de que no existe casa segura si los esclavos no se sienten obligados a proteger la vida de su amo, independientemente de que la amenaza venga o no por parte de otros miembros de la casa y aunque ello suponga poner en riesgo su propia vida.

Pero ante todo hay que analizar diversos tecnicismos legales. ¿Qué significa la expresión «bajo el mismo techo»? ¿Significa dentro de las paredes de la casa o en la misma estancia? En general, se sobreentiende que bajo el mismo techo implica estar «al alcance del oído del lugar del asesinato», lo que implica que si los esclavos están lo bastante cerca de su amo como para oír sus gritos de ayuda también deberían estarlo para ofrecérsela. Naturalmente, hay personas con voz más potente que otras y algunos con mejor oído que los demás, de modo que quedará en manos de los tribunales decidir lo que parece más razonable para cada caso. Además, cualquier última voluntad que el propietario fallecido haya dejado no se realizará hasta que la investigación haya finalizado. De lo contrario, los esclavos en cuestión podrían ser nombrados como beneficiarios y ser liberados, una libertad que los eximiría de la exigencia legal de torturar a los esclavos.

Por «asesinado» la ley entiende a todo aquel que ha muerto como resultado de violencia o derramamiento de sangre, también estrangulado, arrojado desde gran altura o golpeado con un objeto romo o cualquier otra arma. Pero la ley no aplica si el amo ha sido envenenado en secreto. Porque el objetivo de esta ley es garantizar que los esclavos presten ayuda a su amo cuando es evidente que más la necesita. Como no puede pretenderse que los esclavos sepan que su amo está siendo envenenado a escondidas, tampoco pueden impedir que la desgracia suceda (y, en este caso, hay otras leyes que vengarán la muerte del amo haciéndoselo pagar a las personas responsables de esta). Pero la ley sí aplica cuando el veneno es administrado por la fuerza.

Si el amo se suicida, la ley tampoco aplica y los esclavos bajo su mismo techo

no serán torturados ni ejecutados. Pero si el propietario se ha quitado la vida delante de sus esclavos y ellos no han hecho nada para impedirlo, la ley aplicará y los esclavos serán castigados. De ser imposible que hubieran podido prestar ayuda, quedarán absueltos.

El divino emperador Adriano decretó la aplicación de la ley para aquellos que compartían estancia con la víctima del asesinato. Dictaminó asimismo que no había que mostrar piedad hacia los esclavos que no hubiesen actuado por temor a ser también asesinados y por no haber ayudado a su amo de la manera que fuese, aunque fuera gritando para pedir ayuda. Sin embargo, concedió que si el asesinato se había producido estando el amo en su finca rural, donde un grito puede oírse desde mucha distancia, sería tremendamente injusto que todos los esclavos de la propiedad fueran torturados y castigados. En una muestra de su gran misericordia, el emperador decretó que bastaría con interrogar a aquellos esclavos que hubieran estado con su amo cuando fue asesinado y a aquellos de los que se sospechara que pudieran haber llevado a cabo el crimen o ser cómplices del mismo. La ley no aplica si el propietario estaba de viaje y se encontraba casualmente solo. Tampoco deberían ser torturados los esclavos niños y las esclavas que no han alcanzado la edad núbil, puesto que su juventud permite hacer algunas concesiones.

Si existe quizás alguna objeción con respecto a la utilización de las pruebas aportadas por esclavos, no es que tengan que obtenerse mediante tortura —que es necesaria para que exista alguna posibilidad de que la verdad salga a la luz—, sino que hayan sido obtenidas de gente con una categoría ética baja. Y el caso es muy especial cuando las pruebas que aportan los esclavos se enfrentan a las que aportan los hombres libres. No parece correcto que haya que creer las palabras de un esclavo antes que las de un hombre libre. Más aún, a lo largo de su vida los esclavos habrán cometido muchos actos malvados, mientras que el hombre libre siempre habrá hecho lo posible para servir al estado con sus diversos talentos.

Cierto es que en el pasado hubo propietarios que llegaron hasta el extremo de torturar a sus esclavos para conseguir que revelaran la supuesta verdad. Es conocido el caso de una mujer llamada Sassia que quería reunir pruebas que demostraran que su hijo Cluentio había asesinado a su padrastro, Opianico. Para ello torturó a tres esclavos llamados Estrato, Ascla y Nicostrato, que salieron con vida de la dura experiencia. Pero Sassia era una mujer testadura y volvió a intentarlo, empleando esta vez torturas de la más exquisita crueldad. Los testigos no pudieron ni siquiera contemplar el espectáculo. Al final, incluso el torturador quedó agotado. Furiosa, Sassia exigió al torturador que siguiera presionando, pero uno de los testigos se quejó y dijo que temía que el interrogatorio buscara ahora no

tanto descubrir la verdad como obligar a los esclavos a decir alguna mentira. Los demás testigos se mostraron de acuerdo con él y se marcharon todos. Pero Sassia continuó torturando a los esclavos. Al final, el esclavo llamado Nicostrato murió y Sassia hizo crucificar a Estrato después de haberle cortado la lengua para impedir que la incriminara.

En aquellos tiempos, Sassia tenía todo el derecho de torturar a sus esclavos para averiguar la verdad de lo sucedido. Pero lo hizo con un vigor que hoy en día ya no estaría permitido, puesto que nuestros grandes emperadores han decidido implicarse en las relaciones entre el propietario y sus esclavos. Como hemos visto, los propietarios ya no pueden matar a sus esclavos sin tener un buen motivo que los empuje a hacerlo. Los esclavos tienen ahora derecho a apelar a un magistrado y también derecho de asilo para protegerse de amos abusivos. Como he mencionado, pueden asimismo refugiarse delante de una estatua del emperador.

Más sorprendente es que uno de nuestros emperadores abusara del empleo de la tortura para obtener pruebas por parte de esclavos que le sirvieran luego para condenar a sus amos. De este modo, cuando Domiciano quería llenar los cofres del estado y también su propio bolsillo, echaba el ojo a individuos especialmente ricos. Y cuando no lograba acusarlos sirviéndose de métodos legales, los acusaba de alta traición. Torturaba entonces a los esclavos de la casa (para lo que no necesitaba el permiso de su propietario debido a la gravedad de la acusación) con el fin de obtener supuestos hechos que sostuvieran las conspiraciones contra el imperio que llevaban a cabo sus amos. De hecho, a veces ni siquiera se tomaba la molestia de torturarlos. Sino que animaba a los esclavos mediante sobornos para que revelaran lo que supuestamente sus amos se traían entre manos. Con sus actos, sin embargo, Domiciano reveló la presencia de una ética poco mejor que la de los esclavos.

COMENTARIO

La tortura rutinaria de esclavos como parte del proceso legal es, para el lector moderno, uno de los abusos más sorprendentes que pueda existir. Pero los romanos veían ese trato como algo completamente normal. Los esclavos carecían de importancia y tenían tan poca ética que no podía confiarse en que dijeran la verdad. La tortura no era más que una manera de sonsacarles la verdad que resultaba sensata y era además un servicio a la causa de la justicia. El hecho de que los esclavos tuvieran pocos derechos legales significaba que eran susceptibles de ser sometidos al trato más duro posible. De hecho, se consideraba que esa ausencia de categoría social exigía un trato duro que garantizara la buena conducta y la revelación de la verdad.

Los romanos sabían que había que tratar con cautela las pruebas obtenidas mediante tortura. Existen numerosos ejemplos que atestiguan que los esclavos acababan mintiendo con tal de acabar con su sufrimiento. Aunque, bajo su punto de vista, dichos ejemplos no sirvieron para reducir el uso de aquella práctica. Por otro lado, hay que decir que los romanos no recurrían a la tortura a la ligera. Se utilizaba en las últimas fases de la investigación criminal, cuando se había llegado a la conclusión de que se había cometido un crimen y no había suficientes pruebas para conseguir una condena por otros medios.

Las leyes relativas al asesinato de propietarios por parte de esclavos eran especialmente duras. Matar a todos los que hubieran estado presentes generaba intrigantes preguntas legales, pero garantizaba también que los esclavos de la casa estuvieran interesados en revelar cualquier tipo de confabulación que otros esclavos pudieran tramar bajo el mismo tejado. Garantizaba asimismo que los esclavos acudieran a socorrer a su amo en caso de que este sufriera un ataque. Los ejemplos de asesinatos de propietarios de esclavos son notablemente excepcionales en las fuentes romanas que han llegado hasta nuestros días. Y es complicado saber cómo interpretar correctamente este hecho. Podría sugerir que las relaciones entre amos y esclavos no eran tan conflictivas como cabría imaginar. O tal vez no sea más que un reflejo del hecho de que la brutalidad de las leyes aterrorizaba a la población esclava y la animaba a dejar en paz a sus amos. O podría ser también que las fuentes que tenemos registren únicamente algunos de los casos más famosos, cuando en realidad el asesinato de propietarios era más común de lo que parece, sobre todo entre la población no perteneciente a la élite.

Los propietarios de esclavos habían tenido derecho a tratar a sus esclavos como les viniera en gana, y en ello se incluían las torturas. La historia de Sassia, y por mucho que este episodio haya quedado registrado debido a su carácter único, demuestra que algunos llegaron a extremos insospechados. Diversos emperadores restringieron este derecho para que los propietarios se vieran obligados a justificar sus actos. Los esclavos obtuvieron posteriormente el derecho legal a apelar en caso de recibir un trato abusivo. Y de un modo similar a lo que sucede con toda la legislación imperial sobre los esclavos, no deberíamos interpretar esto como un deseo de los emperadores de mejorar las condiciones de vida de la población esclava. Sino que hay que comprender que a medida que los emperadores se fueron involucrando cada vez más en todos los aspectos de la vida, el pueblo empezó a considerarlos como la guía a seguir para imponer límites en el trato de los esclavos.

Las leyes que rigen la tortura de los esclavos se encuentran en *Digesto*, 48.18.

La discusión legal sobre los tecnicismos relativos a la ejecución de esclavos después de que sus propietarios fueran asesinados aparece en *Digesto*, 29.5. Para la restricción del derecho de los propietarios a ejecutar a sus esclavos, véase *Digesto,* 18.1.42 y el *Código teodosiano*, 9.12.1. La historia del amante que quería salvar la vida de la esclava que tenía en copropiedad con otro hombre está extraída de Lisias, 4. La historia de Sassia está en el discurso de Cicerón *En defensa de Cluencio*.

CAPÍTULO VII

DIVERSIÓN Y JUEGOS



El destino del esclavo es trabajar. Es una vida de esfuerzo para hacer feliz a su amo. El esclavo debe estar atento por encima de todo a satisfacer las necesidades de su amo, de la familia de su amo y de sus representantes. Pero ser esclavo no es solo sudor y trabajo. Es adecuado que disfrute de un poco de tiempo para la relajación y los entretenimientos básicos. Se trata de una cuestión de mera prudencia cuyo objetivo principal es garantizar que el esclavo siga con la moral alta y pueda desempeñar correctamente su trabajo. Porque un esclavo contento es un esclavo productivo. Y por el contrario, los esclavos hundidos en la miseria holgazanean e intentan escabullirse de los trabajos que se les ha encomendado. O se quejan constantemente. El festival de las Saturnales representa su mejor oportunidad de desahogo.

Las Saturnales se remontan a la historia antigua y celebran la época en que Saturno gobernaba el mundo en una época dorada de igualdad. No existían ni las clases ni la jerarquía social. La esclavitud y la propiedad privada eran desconocidas y los hombres eran propietarios comunales de todas las cosas. El festival se inicia el 17 de diciembre y se prolonga durante varios días. En los viejos tiempos, se consideraba suficiente con una sola jornada, pero ahora, en una época de ocio y relajación cómo la que vivimos, se permiten más licencias. Es un momento de grandes emociones en el que Roma vive enfebrecida. En el templo de Saturno tiene lugar un banquete público y los gritos continuos de «Io Saturnalia» inundan el ambiente. La plebe se deja llevar por el desenfreno. Anda por todos lados de fiesta y entona canciones frívolas y obscenas incluso en las calles y los mercados, algo que en un día normal sería una práctica que indicaría desgracia y ridículo en el rico y locura en el pobre. La gente se atiborra de comida de manera disoluta y baila de modo licencioso. Las comilonas reflejan el hecho de que es un momento de abundancia para todos, no solo para los integrantes de la élite, cuyas mandíbulas están siempre de Saturnales. Y es algo más que una simple festividad. Son unos días en los que el mundo se vuelve del revés. Todo lo que en condiciones normales se considera buena conducta pasa a ser justo lo contrario, hasta el punto de que blasfemar, perjurar, ir sucio y estar borracho se considera adecuado. En

teatros y anfiteatros se celebran espectáculos, hay desfiles en las calles y actuaciones cómicas en el mercado. El foro se llena de un amplio surtido de actores itinerantes, malabaristas y encantadores de serpientes. La gente cuenta chistes sobre los altos cargos de la ciudad. La multitud lo ridiculiza todo, incluso los dioses, y se burla hasta del emperador cuando perjura y se ríe de sus estatuas.

La gente luce sus ropajes de fiesta y sustituye la toga por túnicas de vivos colores. Y se toca la cabeza con el sombrero de felpa que suelen llevar los libertos, para simbolizar lo licencioso de la ocasión y la abolición de las jerarquías. Lo hace incluso el emperador. Todo el mundo se intercambia regalos, una costumbre que en condiciones normales solo se practica entre iguales. El juego está autorizado. Ni siquiera un tímido esclavo criado en casa teme mirar a la cara al edil y jugar con él a los dados. Durante las fiestas, los esclavos no pueden ser castigados y pueden incluso despotricar contra sus amos. De hecho, tu tarea como propietario consiste en servirles la mesa durante el banquete de las Saturnales. El vino corre a raudales por la casa. Los hombres se disfrazan de mujeres. Los esclavos eligen un rey falso que gobernará la velada, al que ponen corona y manto y que se dedica a dar órdenes ridículas toda la noche, cosas como «móntate a lomos del cocinero como si fuese un caballo» o «que todo el mundo beba tres dedos de vino».

Cada uno decide cómo quiere participar en las celebraciones. Tengo un amigo que es un aguafiestas redomado y cuando todo está en su apogeo, se recluye en una habitación para escapar del ruido que reina en la casa. Dice que le encanta permanecer allí tranquilamente sentado durante las Saturnales, mientras el resto de la casa retumba con el feliz alboroto del comedor y en la calle solo se oyen los gritos de los juerguistas. Dice que es lo mejor, puesto que así no interfiere en la diversión de los demás y nadie se siente refrenado en ningún sentido. Y, por encima de todo, le sirve para que durante las fiestas nadie lo distraiga de sus estudios.

¡Qué aburrido! En mi opinión, es mucho mejor dejarse llevar por el espíritu de las cosas. Te sorprenderá la buena voluntad que genera entre los esclavos que adoptes esta actitud. Yo bebo y me emborracho, grito, juego y tiro los dados, canto completamente desnudo, bailo moviendo la tripa y a veces acabo incluso metido de cabeza en agua fría y con la cara cubierta de hollín. A toda la casa le encanta.

Es una locura. Es un mundo donde todas las piedras angulares de la estructura normal de la sociedad se invierten por completo: hombre y mujer, amo y esclavo, todo es lo contrario de lo que tendría que ser. Permite a los esclavos crearse una imagen de la vida como sin duda les gustaría que fuese. Es además un

mundo donde la belleza de la forma clásica se ve sustituida por lo grotesco. Todo desciende a niveles básicos y el comedor reverbera con sonoras flatulencias y palabras malsonantes. Realizan gestos groseros y no muestran respeto hacia nadie. Se lanzan cosas, por lo que tienes que procurar utilizar loza barata. En algunos lugares, torturan incluso animales para divertirse.

No te sorprendas si oyes decir que hay sexo por todas partes. No cabe duda de que el significado original de la celebración es el de la fertilidad y la abundancia, pero hoy en día se ha convertido en una oportunidad para que los jóvenes se dejen llevar por los excesos y la lujuria. En las calles encontrarás procesiones tumultuosas y verás el mercado lleno de hombres que lanzan miradas libidinosas a las mujeres y les hacen sugerencias indecorosas. Y cuando cae la noche, allí no duerme nadie. La plebe continúa cantando, bailando desenfrenadamente y burlándose de todo. Y lo hace incluso en el distrito comercial, donde se mete sin previo aviso en casa ajena, aporrea las puertas, grita, maldice y ridiculiza a todo el mundo. Dormir es imposible. Y hay quien se enfada con los jaraneros y con las cosas que dicen. Aunque la mayoría cree que hay que reírse con ellos y, evidentemente, nadie llega a ser tan envarado como para pensar que el festival debería prohibirse. Incluso los individuos más comedidos acaban riéndose a carcajadas de algunas payasadas.

Todos los participantes se suman gustosos a la fiesta y se muestran encantados de poder burlarse de aquellos a quienes normalmente deberían tratar con sumo respeto. A veces incluso te encuentras con gente que desfila por las calles vestida de dios o de sátiro. Se pasean haciendo gestos exagerados y ridículos que pretenden imitar y burlarse de las maneras de personajes conocidos. Una vez vi una procesión en la que los participantes iban disfrazados de monstruos y cubiertos con pieles de animales. Y los acompañaban ejemplares con raras malformaciones, como una vaca con dos ubres, y un grupo de enanos. La verdad es que estas procesiones resultan de mal gusto e incluso traumáticas y hay amos que prohíben a los miembros de su casa participar en ellas, algo que, en mi opinión, es ir tal vez demasiado lejos.

También es verdad que el espíritu del festival se filtra de manera muy ocasional en el mundo real en forma de protestas y alborotos. Aunque quizás sea inevitable que una circunstancia como esa se nos escape alguna vez de las manos. Porque, bien pensado, las Saturnales son un mundo alternativo controlado por las autoridades. El reinado del rey saturnal es breve y su espíritu igualitario fallece con él cuando es asesinado en un cómico ritual al finalizar el festival. Hay quien piensa que el festival supone una amenaza para las autoridades y la estabilidad

social. Argumentan que da a los participantes esperanza de venganza y de un futuro más justo. En mi opinión, creo que no es otra cosa que una festividad divertida, una simple oportunidad para que la gente se desahogue un poco sin que en realidad cambie nada. De hecho, las Saturnales sirven para subrayar las normas de conducta que esperamos sean respetadas a lo largo del resto del año. La gente no suele aprovechar la licencia que concede ese periodo para expresar sus quejas contra los que ostentan posiciones de autoridad. De hecho, cuando en un festival un loco le robó la corona a César para ponérsela, provocó tanto enojo entre la multitud que acabó linchado. Creo más bien que lo que consiguen las Saturnales, al enfatizar que se trata de un periodo de transgresión y relajación, es reforzar la jerarquía social. Las Saturnales reconcilian a los ciudadanos que llevan tiempo peleándose y acaban también con las disputas familiares. Son una liberación de las tensiones que se acumulan en la vida diaria. Y como resultado de todo ello, la sociedad funciona mejor, aunque sea solo porque las festividades nos ayudan a ver lo ridículo y caótico que sería el mundo de carecer de normas. Creer lo contrario es irremediablemente optimista. Sería como decir que gracias al hecho de que los hombres se visten a veces de mujeres durante un espectáculo, las mujeres alcanzan puestos de autoridad en la vida normal. No. Las Saturnales nos enseñan a todos, y a los esclavos en particular, lo estúpido e imposible que sería alterar el orden de cosas existente, puesto que el resultado sería un caos de locos.

Y lo más importante es que el día después de que el festival toque a su fin, el espíritu festivo se acaba por completo. Te aconsejo que a la mañana siguiente te comportes con la máxima severidad. Suele ser un buen momento para predicar con el ejemplo con un esclavo poco cumplidor, tal vez con uno que se haya aprovechado en exceso de la libertad del día anterior y te haya ofendido de algún modo.

Pero creo que en cuanto la casa haya recuperado la normalidad, es beneficioso mantener una relación amigable con los esclavos siempre que sea posible y dentro de los límites exigidos para mantener la autoridad y el respeto. Yo suelo hablar con cierta familiaridad con mis esclavos rurales, siempre y cuando se comporten como es debido. Con el paso de los años, me he dado cuenta de que esta familiaridad por parte del amo aligera en cierta parte su infinito trabajo. De vez en cuando comparto incluso un chiste con ellos y, en ocasiones aún más excepcionales, les permito que ellos bromeen con libertad. Pero con los esclavos urbanos no recomiendo la misma estrategia. Sus tareas son mucho más sencillas y luego acaban pretendiendo que la familiaridad se extienda a todo el contacto que mantienes con ellos en el día a día. Lo cual no sirve más que para engendrar desdén y falta de autoridad.

Hago una excepción con mi anciano tutor de la infancia que, hay que destacar, sigue con vida aun bien entrados los setenta. Teniendo en cuenta que de pequeño estaba bajo su control, por mucho que yo fuera libre y él esclavo, me parece inútil por mi parte tratarlo con actitud seria. Siempre puede recordar alguna costumbre divertida que yo tuviera de pequeño o contar cómo me arriesgaba a ser víctima de la vara por fallar en mis lecciones. Lo que me recuerda que el mayor conquistador del mundo, Alejandro Magno, fue también en su día un niño regañado por un esclavo. Resulta que en una ocasión, Alejandro estaba amontonando grandes cantidades de un incienso carísimo sobre un altar cuando su tutor, Leónidas, le dijo que para invocar a los dioses de un modo tan dadivoso tendría que esperar a conquistar los pueblos que producían aquel incienso. De modo que cuando Alejandro pasó a controlar Arabia, le envió a Leónidas un barco entero cargado de incienso para que venerara a los dioses con toda la generosidad que le fuera posible.

Y en cuanto a la relajación de los esclavos en cuanto recuperan la rutina habitual, les permito dos horas de descanso por la tarde después de la comida. Y les autorizo solo una modestísima cantidad de vino para evitar problemas y discusiones.

Te recomiendo que no permitas que tus esclavos frecuenten ninguno de esos corrillos de baja categoría. A pesar de que aparentemente son asociaciones de enterramiento cuyo objetivo es juntar el dinero suficiente para tener un buen funeral, hay que recordar que este tipo de sociedades han trastornado la paz en muchas ciudades. Independientemente del nombre que les demos y del fin para el que supuestamente han sido fundados, acaban convirtiéndose en asambleas políticas que, por breves que sean sus reuniones, fomentan el malestar.

Ni tampoco deberías permitir, bajo ninguna circunstancia, que tus esclavos urbanos adquieran la costumbre de pasear por el centro de la ciudad sin hacer nada. Sin que te des cuenta de ello, acabarán formando parte de ese grupo de esclavos perezosos y atontados que se han acostumbrado a holgazanear y merodean por el Campo de Marte, el Circo Máximo y los teatros y se pasan el día jugando, perdiendo el tiempo en bares y tabernas y comportándose con disipación en los burdeles. Y por mucho que luego consigas que recuperen su antigua forma de ser, nunca dejarán de soñar con esas locuras.

COMENTARIO

Igual que sucede con muchos aspectos de la esclavitud en la antigüedad, la

realidad variaría considerablemente según el propósito para el que se utilizaba cada esclavo. Los que vivían en casas urbanas debían de tener labores con menor exigencia física que los que trabajaban en el campo. Y asimismo es probable que los esclavos urbanos tuvieran también más oportunidades de descanso y entretenimiento, ya que la ciudad ofrecía un abanico mucho más amplio de oportunidades de ocio que una finca rural. Los esclavos domésticos estaban menos supervisados que los que trabajaban en cuadrillas en el campo y por ello disfrutarían de más periodos de descanso, por mucho que no les estuvieran permitidos. Los esclavos agrícolas debían de tener más necesidad de recuperación, pero su capacidad de poder disfrutar de descanso dependería básicamente de la actitud del propietario. Algunos de ellos, sobre todo en los periodos de exceso de esclavos que se producían después de las grandes conquistas, los mataban a trabajar, literalmente, puesto que eran baratos y prescindibles. Pero dichos periodos no fueron la norma en la sociedad romana y normalmente los esclavos suponían una inversión económica importante por parte del propietario. Su categoría de activo valioso se traducía en que la mayoría de propietarios de esclavos rurales se esforzaban para que disfrutaran del descanso suficiente para recuperarse de manera adecuada del agotamiento de la jornada y poder desempeñar sin problemas el trabajo del día siguiente.

El festival de las Saturnales era una fiesta anual que ofrecía a los esclavos un periodo de enorme incremento de libertad. Los esclavos domésticos debían de ser los más beneficiados, puesto que su relación directa con el amo y su familia significaba que recibían recompensas tangibles por el trabajo realizado a lo largo del año. Hay numerosas referencias antiguas a las Saturnales que mencionan la exuberancia del festival, un evento que tal vez podría asemejarse a las fiestas del Carnaval. Es imposible saber a ciencia cierta si la realidad era ciertamente tan escandalosa como se cuenta. La explicación de Plinio, que menciona que durante el festival se escondía en su estudio para evitar el ruido y no estropear la diversión de los otros, podría haber sido algo bastante común en las casas importantes. En esos entornos, los esclavos debían de sentirse desinhibidos para hablar con libertad a sus amos y es posible que estos se sintieran incómodos con el intercambio de papeles que obligaba incluso al amo a servir la mesa. Pero no sabemos si este era el caso en general, puesto que Plinio no era, ni mucho menos, el amo estándar. Era un hombre rico y también un erudito al que le gustaba distanciarse de lo que consideraba entretenimientos vulgares. Hay que tener en cuenta que Roma era, en muchos sentidos, una sociedad preindustrial poco sofisticada que, cuando estaba de fiesta, lo celebraba a lo grande. Y en lo referente a los esclavos rurales, es fácil imaginar que su mejor manera de celebrar el festival sería disfrutando de raciones más generosas y de más cantidad de vino.

Fuera cual fuese la realidad de las Saturnales, la verdad es que la normalidad regresaba siempre poco después. Se conocen solamente algunos casos de festividades que acabaron con disturbios y otras muestras del descontento de las clases interiores. Los esclavos nunca intentaron aprovechar aquella relajación momentánea de las reglas para defender su causa de un modo más forzado.

Encontramos breves referencias al desarrollo de las Saturnales en Marcial, *Epigramas*, 14.1; Séneca, *Cartas*, 18; Luciano, *Saturnales*; San Agustín, *Sermón*, 198.1; Tácito, *Anales*, 13.15; Epicteto, *Discursos*, 1.25.8; y Libanio, *Oración*, 9.5-6. Para el caso del aguafiestas Plinio, que se veía obligado a encerrarse en una habitación para huir del ruido de la fiesta, véase sus *Cartas*, 2.17.24. Para una discusión sobre las Saturnales y el ocio de las clases inferiores en general, véase el capítulo 3, «The World Turned Bottom Up», de mi libro *Popular Culture in Ancient Rome*.

CAPÍTULO VIII

¡ACUÉRDATE DE ESPARTACO!



«Tendrás tantos enemigos como esclavos tengas». Y por mucho que seamos nosotros mismos los que los convertimos en nuestros enemigos, como propietario de esclavos que eres, deberás tener siempre presente este viejo dicho. Porque aun en el caso de que tus esclavos parezcan gente de fiar y leal, aprovecharán la más mínima oportunidad de fuga que se les presente. Ten por seguro que si les brindas esa oportunidad, la aprovecharán. Y el que saldrás perdiendo serás tú.

La gran masa de esclavos que tenemos en nuestra sociedad es similar a un volcán que no ha explotado y que, como el Vesubio, espera el momento adecuado para entrar en erupción y destruir la grandiosa civilización romana. Las condiciones de vida de los esclavos no son siempre tan justas como deberían ser y además nos guardan rencor por las derrotas y las supuestas deshonras que han sufrido en nuestras manos. Que no te sorprenda, por lo tanto, que muchos esclavos lleven a cabo actos de resistencia contra tu autoridad. Algunos de esos actos serán graves y amenazadores, pero la mayoría son de escasa importancia y más que nada, un fastidio. A continuación te detallaré estos riesgos para que los tengas en cuentan y te protejas de manera adecuada.

Por suerte, las rebeliones de esclavos son un hecho excepcional, pero no por ello resultan menos turbadoras. Las primeras insurrecciones de esclavos tuvieron lugar poco después de la segunda guerra con Cartago, cuyos largos años de batallas dejaron al estado romano cansado y agotado. No solo eso, sino que como resultado de nuestra victoria definitiva poseíamos una cantidad enorme de esclavos en Italia y Sicilia pendientes todavía de vender. Tal vez lo más peligroso de todo fuera el hecho de que todos esos esclavos compartían la misma etnia y, en consecuencia, se podían comunicar fácilmente entre ellos y conspirar. Pero incluso así, ese detalle tampoco habría tenido gran importancia de haberse mantenido el grupo como una chusma sin líder. Pero entre ellos estaban sus antiguos oficiales militares, que se erigieron como sus líderes cuando se les presentó la oportunidad de sublevarse.

Pocas guerras civiles han sido tan relevantes como la de los esclavos en

Sicilia. Hubo ciudades arrasadas, se produjo la muerte de miles de hombres, mujeres y niños sufrieron innombrables desgracias y la isla cayó prácticamente entera en manos de los esclavos fugados. Lo único que pretendían aquellos crueles esclavos era asolar el lugar y pusieron las miras en la población libre para vengarse de su esclavitud. La mayoría de habitantes de la isla quedó traumatizada por el estallido de la rebelión, pero si examinamos con atención el telón de fondo, comprenderemos que no se produjo sin causa. Sicilia era una isla próspera cuyos habitantes disfrutaban del beneficio de sus abundantes cosechas. Su gente se hizo rica y arrogante en igual medida. El lujo se extendió por todas partes. Como resultado de ello, trataban a los esclavos cada vez peor y ese maltrato provocó que la rabia de los esclavos hacia sus amos fuese poco a poco en aumento. Por otro lado, los grandes terratenientes compraron remesas enteras de esclavos para que les trabajaran las fincas. Algunos de ellos vivían constantemente encadenados y acababan agotados por los trabajos forzados a los que estaban obligados. Y a todos ellos los marcaron en la frente de un modo humillante.

El número de esclavos que inundó la isla de Sicilia era tan grande, que los que oían hablar del tema creían que la gente exageraba y no daban crédito a los relatos. Y la arrogancia de los terratenientes creció hasta tales extremos que, en vez de dar comida a sus pastores, les decían que se la robaran a los demás. Como consecuencia de esa falta de provisiones, los esclavos se vieron empujados a cometer peligrosos asaltos que rápidamente se propagaron por toda la isla.

Al principio robaban a la gente que viajaba sola o en pareja por lugares aislados. Luego empezaron a formar bandas y se dedicaron a atacar granjas en plena noche. Las vaciaban por completo y asesinaban a todo aquel que opusiera resistencia. Las incursiones se volvieron cada vez más osadas. Sicilia se convirtió en un paraje inseguro para viajar y más inseguro si cabe para vivir, fuera de las ciudades. La plaga de violencia, robos y asesinatos se extendió por todas partes. Los pastores estaban acostumbrados a vivir a la intemperie y a llevar armas y empezaron a actuar como si fueran bandas de soldados. Las grandes cantidades de leche y carne que comían tuvieron el efecto de deshumanizar su cuerpo y su mente, como se sabe que sucede con dichos alimentos, y los convirtieron en animales salvajes. La isla acabó ocupada por grupos diseminados de esclavos salvajes y armados. Los gobernadores querían controlarlos, pero los grandes terratenientes eran los que pagaban su sueldo y por ello no se atrevieron a hacer nada contra los esclavos y se vieron obligados a pasar por alto el hecho de que aquella gente estaba saqueando toda la provincia.

Entre tanto, los esclavos que trabajaban la tierra estaban exhaustos por las

labores que se veían forzados a realizar y por las injustificadas y humillantes palizas que sufrían. Al final, ya no pudieron más. Se reunieron en cuanto se les presentó la oportunidad y los antiguos oficiales diseñaron detallados planes para organizar una revuelta. Pero el líder no era uno de los suyos, sino un sirio de Apamea. Era famoso como mago y era capaz de realizar milagros asombrosos. Decía que podía predecir el futuro porque los dioses hablaban con él mientras dormía y la gente lo creía, puesto que era muy buen actor. Pretendía incluso tener visiones de los dioses estando despierto y decía que oía cómo le contaban lo que iba a pasar.

Tuvo además la suerte de que parte de sus múltiples fantasías se hiciera realidad. Su reputación se extendió y era ampliamente aclamado por toda la isla. Al final, se metió tanto en su papel que expulsaba incluso fuego y llamas de la boca cuando estaba en trance y luego pronunciaba extrañas frases de inspiración divina sobre el futuro. Todo lo hacía con la ayuda de un truco que consistía en introducir un poco de combustible encendido en el interior de una nuez en la que previamente había taladrado unos orificios. Luego se metía la nuez en la boca sin que nadie se diera cuenta y así proyectaba chispas y fuego cuando hablaba.

Antes de que estallara la revuelta, proclamó que se le había aparecido una diosa siria que le había revelado que se convertiría en rey. Y en cuanto la revuelta se puso en marcha, su fantasía se hizo realidad y el mago se erigió en el líder de decenas de miles de esclavos unidos por el odio hacia sus crueles amos y decididos a destruirlos.

Pero esta primera rebelión de esclavos no fue nada en comparación con la gran revuelta liderada por Espartaco. Aquellos renegados no tenían intenciones de establecer su propio reino, sino que simplemente querían regresar a sus tribus en el remoto norte con todo el botín que pudieran llevarse con ellos. Aunque, como en Sicilia, lo que encendió la chispa de la revuelta fue la brutalidad excesiva de los propietarios de esclavos.

La rebelión empezó a partir de un hombre llamado Lentulo Batiato que tenía esclavos en Capua. Eran en su mayoría celtas y tracios a los que obligaba a luchar como gladiadores, pero no porque hubieran cometido alguna fechoría, sino porque era un propietario cruel. Doscientos de ellos organizaron una fuga, pero alguien los delató. El propietario reforzó la guardia y solo consiguieron huir de los barracones donde estaban encerrados setenta y ocho de ellos, que robaron hachas y unos cuantos espetones en las cocinas. Poco después, se cruzaron con una caravana de carromatos que transportaba armas y armaduras de gladiadores hacia otra

ciudad, que aprovecharon para confiscar.

Espartaco emergió como su líder. Era un tracio de una tribu nómada que no solo era muy valiente y físicamente fuerte, sino que además era más inteligente y más humano de lo que cabría esperar de alguien a quien la fortuna había convertido en esclavo. Casi podía confundirse con un griego. La historia cuenta que cuando fue traído a Roma para ser vendido, apareció una serpiente que se enrolló encima de su cara mientras dormía y que su esposa, originaria de la misma tribu y profetisa, lo interpretó como una señal de que su marido alcanzaría el poder y el éxito. Espartaco lideró su grupo de fugados hasta la cima del monte Vesubio, desde donde se dedicó a organizar grupos de saqueo. Obtuvo enorme popularidad entre sus hombres porque repartía el botín a partes iguales y su fama atrajo a nuevos esclavos procedentes de las fincas de la zona.

Su primera batalla fue una pequeña escaramuza contra unos soldados enviados por la ciudad de Capua. Los esclavos los derrotaron con facilidad y se hicieron con sus armas. En cuanto se pusieron en marcha, se les empezaron a sumar otros esclavos que veían aquello como una oportunidad de recuperar la libertad y regresar a sus casas. El grupo se hizo tan numeroso que Roma envió al pretor Clodio con un ejército de tres mil hombres a luchar contra ellos. Clodio consiguió sitiarlos en una montaña. Para ascender a la cima solo había un pequeño sendero que Clodio tenía bien vigilado. Todo lo demás eran escarpados barrancos muy complicados de escalar. Pero los esclavos construyeron escaleras de mano con los troncos de las viñas silvestres que crecían en la cumbre y las utilizaron para descender. Los fugitivos rodearon entonces a las fuerzas romanas, que no se habían dado ni cuenta de lo que sucedía. El ataque provocó tal desorden entre las tropas, que los hombres huyeron, presa del pánico.

El segundo general que fue enviado contra los esclavos fue Publio Varino. Espartaco derrotó rápidamente a su segundo, Furio, que iba acompañado por dos mil soldados. Después derrotó a otro, Cosino, provocando una gran cantidad de bajas y haciéndose con más armamento. Al final, el general se dignó a marchar personalmente contra Espartaco, pero fue incapaz de derrotarlo en los numerosos altercados que mantuvieron. Después de cada victoria, Espartaco quemaba todo el equipamiento que no le era necesario, mataba a los prisioneros y sacrificaba a los animales de carga para que nada pudiera impedir el avance de su ejército.

Pero Espartaco era, como ya he dicho, un hombre inteligente. En ningún momento se le pasó por la cabeza la posibilidad de acabar con el poder de los romanos, por mucho que su ejército contara ya con setenta mil hombres. Sabía cuál

sería el resultado: derrota y muerte. Su única esperanza era huir del territorio romano. De modo que lideró a su ejército en dirección norte, hacia los Alpes, que pensaba atravesar para que todo el mundo pudiera regresar a partir de allí a su hogar, fuera Tracia, Galia o Germania. Pero sus tropas disfrutaban con las victorias y acabaron embriagándose con el botín. La arrogancia y el exceso de confianza aumentaron tanto como el número de efectivos y los esclavos empezaron a considerarse invencibles. Hasta el punto de que los hombres decidieron dejar de seguir a su líder y marchar por toda Italia sembrando la devastación.

Al Senado empezaba a preocuparle menos la humillación que aquella revuelta representaba que el pánico que estaba provocando. Decidieron, por lo tanto, enviar a los dos cónsules, algo que solo se haría para una guerra importante y difícil. Uno de ellos, Gelio, atacó el contingente germano del ejército de Espartaco, que con avaricia se había destacado por su cuenta para continuar con los saqueos, y acabó destruyéndolo. El otro cónsul, Léntulo, rodeó a Espartaco con un gran ejército, pero Espartaco consiguió ganar la batalla. A continuación, Casio, el gobernador de la Galia Cisalpina, se enfrentó a él con diez mil hombres cuando intentaba cruzar los Alpes. Otra gran batalla, y una nueva derrota del ejército romano.

El Senado empezaba a enojarse. Al principio, los romanos se habían reído de la guerra porque era contra gladiadores y esclavos, pero el conflicto iba ya por su tercer año y estaba provocando muchos daños. Llamaron a los cónsules a retirada y designaron a Craso, el hombre más rico de Roma, para que tomara el mando de la guerra. Craso envió a su hombre de confianza, Mumio, acompañado por dos legiones a seguir a Espartaco a cierta distancia y le dio órdenes estrictas de que no presentase batalla. Pero Mumio no pudo contenerse pensando que tenía delante un simple ejército de esclavos y también acabó sufriendo la vergonzosa derrota que otros romanos habían padecido ya antes que él. Hubo numerosas bajas y los legionarios que lograron salvar la vida lo hicieron porque huyeron dejando atrás sus armas. Cuando Craso rearmó las tropas, hizo jurar solemnemente a sus hombres que no volverían a perder el armamento, puesto que aquella era precisamente la savia que daba vida a la revuelta de Espartaco. Para reinstaurar la disciplina, Craso introdujo de nuevo la vieja práctica del diezmo. Los primeros quinientos fugados romanos, los que mayor cobardía habían demostrado, fueron divididos en cincuenta grupos de diez y de cada grupo se seleccionó un hombre al azar, que fue ejecutado a garrotazos por los otros nueve. Los legionarios comprendieron así que debían tener más miedo a Craso que a morir derrotados en manos del enemigo.

Recuperadas las agallas, Craso lideró a sus hombres contra Espartaco. Pero Espartaco se retiró con la intención de cruzar el mar y llegar a Sicilia, donde confiaba hacerse con el apoyo de los numerosos esclavos que vivían allí. Pero incapaz de conseguir navíos que lo transportaran, Espartaco acabó arrinconado en el extremo sur de Italia. Craso, aisló la punta de la bota peninsular para impedir que Espartaco pudiera escapar o conseguir suministros. Fue una empresa inmensa que se llevó a cabo a una velocidad excepcional: una zanja de trescientos estadios de longitud de quince pies de ancho y otros tantos de profundidad. Detrás de esa zanja se erigió una muralla alta y sólida.

De entrada, Espartaco no se mostró preocupado por la muralla. Pero en cuanto las oportunidades de saqueo se agotaron y también las provisiones, sus esclavos empezaron a inquietarse y comprendió que tenía que salir de allí. De modo que una tormentosa noche de invierno, en plena nevada, hizo llenar la zanja con tierra y ramas y consiguió escapar con un tercio de sus efectivos. Antes de eso, hizo crucificar un prisionero romano en la zona que quedaba despejada entre los dos ejércitos para insinuar al enemigo el destino que le esperaba si resultaba derrotado.

Craso decidió que atacaría primero a los que luchaban solos. Envió seis mil soldados a la batalla que, en un combate terrible, acabaron con doce mil esclavos. Una señal clara de la dureza del combate fue que solo dos esclavos fueron encontrados con heridas en la espalda. El resto había muerto de cara a los romanos, tal era el odio que profesaban hacia sus amos y la determinación con que estaban decididos a luchar hasta el final en vez de huir.

Pero Espartaco derrotó una vez más a los enviados de Craso. Este éxito, sin embargo, acabaría siendo el fin de Espartaco. Porque provocó un exceso de confianza en los esclavos. Se negaron a obedecer órdenes, quisieron seguir batallando contra los romanos y dejaron correr la idea de huir de Italia. Obligaron a Espartaco a marchar contra Craso. Los esclavos empezaron a atacar el campamento romano por iniciativa propia y, poco a poco, aquello se convirtió en una batalla con todas las de la ley.

Espartaco comprendió que no le quedaba otra alternativa que poner a todo el ejército en orden de batalla. Se adentró incluso personalmente en la melé con la intención de llegar hasta Craso, pero no lo consiguió. Al final, los hombres que lo acompañaban dieron media vuelta y emprendieron la huida, dejándolo completamente solo y rodeado de nuestros soldados. Murió al resistirse a ser hecho prisionero. El resto de su ejército rompió filas y se produjo una auténtica

carnicería. Murieron tantos hombres que fue imposible contarlos. Y nadie logró encontrar el cadáver de Espartaco. Después de diversas operaciones de limpieza, el balance fue de seis mil esclavos capturados y el resto muertos. Los esclavos supervivientes fueron crucificados a lo largo de la carretera que va desde Capua hasta Roma. Craso fue incapaz de solicitar el triunfo, puesto que habría sido deshonroso y humillante al haber derrotado simplemente a una banda de esclavos.

Podemos agradecer que la vigorosa represión de aquellas primeras rebeliones haya evitado recurrencias durante muchas décadas. Pero aun así, seguiremos sufriendo pequeñas revueltas. En la mayoría de los casos, estos sucesos son obra de alguna figura carismática que consigue inspirar y engañar a otros esclavos para que la sigan. O puede suceder también que un grupo de pastores se descontrole y empiece a saquear pueblos y granjas. Sea cual sea la causa, el problema genera gran inquietud entre los propietarios de esclavos, que por las noches no logran descansar con la tranquilidad deseada por miedo a ser víctimas de un ataque.

Una de estas revueltas fue la que tuvo lugar en Italia en tiempos de Augusto. Un hombre llamado Tito Curtisio, que había servido en su día en la guardia pretoriana, incitó a los salvajes esclavos rurales que trabajaban como pastores en prados remotos para que lucharan por su libertad. Lo hizo primero celebrando reuniones secretas en Brundisium y pueblos aledaños, y luego distribuyendo panfletos entre los pastores. Pero dio la casualidad que tres barcos de nuestra marina estaban en puerto al mismo tiempo que el cuestor, cuya responsabilidad consistía en patrullar los caminos del ganado. Organizó a los marineros de los barcos, marchó contra los sublevados y consiguió reprimir la sublevación justo cuando estaba a punto de estallar. Y a pesar de que la amenaza había quedado sofocada, el emperador envió al lugar una fuerza numerosa para que acompañara al líder de la revuelta hasta Roma, donde recibiría su justo castigo. En Roma había en aquellos momentos un estado de terror: la cantidad de esclavos domésticos iba en aumento y la población libre en descenso, lo que hacía que esta última estuviera nerviosa por su evidente vulnerabilidad ante una posible revuelta de esclavos.

En otra ocasión, en tiempos de Septimio Severo, Italia vivió aterrorizada por un poderoso bandolero llamado Bulla Felix. Nadie sabe con seguridad si era o no esclavo. Consiguió reunir una banda de seiscientos hombres y pasó dos años saqueando y atacando muchas partes de Italia ante las mismísimas narices del emperador y sus soldados. A pesar de las numerosas tropas enviadas para apresarlo, Bulla nunca estaba donde supuestamente tenía que estar, no lograban encontrarlo y jamás conseguían apresarlo, puesto que era inteligente y, a la vez,

ofrecía generosos sobornos. Conseguía información sobre cualquiera que partiese de Roma y cualquiera que fuera a atracar en el puerto de Brundisium, tanto sobre quiénes eran como cuántos eran y qué posesiones llevaban con ellos. Con la mayoría, Bulla se limitaba a hacerse con una parte de lo que llevaban y los liberaba de inmediato. A veces, retenía a artesanos durante un tiempo para beneficiarse de sus habilidades y luego los soltaba, dándoles además una recompensa por los trabajos realizados.

En una ocasión, cuando dos de sus hombres fueron capturados y estaban a punto de ser arrojados a las bestias salvajes, visitó al vigilante del calabozo haciéndose pasar por el gobernador del lugar donde el hombre había nacido. Dijo que necesitaba unos cuantos condenados para llevar a cabo unos trabajos desagradables y el carcelero le entregó sus dos hombres. En otra ocasión, se presentó ante el centurión que lideraba los hombres que pretendían capturarlo y se hizo pasar por otro. Le prometió al centurión que le mostraría el escondite de Bulla, siempre y cuando lo acompañara enseguida. Cuando el centurión accedió, Bulla lo condujo hasta un valle frondoso y remoto donde sus hombres lo capturaron. El mismo día, vestido de magistrado, convocó al centurión y ordenó que le afeitaran la cabeza. Y entonces le dijo: «Lleva este mensaje a tus superiores: "Dad de comer a vuestros esclavos para que de este modo no tengan que convertirse en bandidos"».

De hecho, en la banda de Bulla había muchos libertos imperiales que se habían sumado a su causa porque estaban mal pagados o no recibían pago alguno. Es evidente que incluso el emperador puede comportarse a veces de manera irresponsable con sus esclavos. Cuando le contaron todos estos acontecimientos, el emperador se puso furioso, sobre todo porque a pesar de que estaba obteniendo importantes victorias en la guerra en la lejana Britania, no conseguía derrotar a un simple grupo de bandidos en Italia. Al final, envió a un tribuno militar de su cuerpo personal de guardaespaldas y un montón de jinetes y alertó al tribuno de los duros castigos que le esperaban si regresaba con las manos vacías. De modo que el tribuno, después de averiguar que el bandido mantenía un romance con la mujer de un hombre casado, la convenció a través del marido para que les ayudara a cambio de una promesa de inmunidad ante los tribunales. Como resultado de la artimaña, el ladrón fue capturado mientras dormía en una cueva. Fue conducido de inmediato en presencia de Papiniano, el prefecto, que le preguntó:

—¿Por qué te hiciste ladrón?

A lo que Bulla replicó:

—¿Por qué te hiciste tú prefecto?

Bulla fue sentenciado a ser arrojado a los animales en la arena y la banda se desintegró rápidamente, una muestra de la fuerza que Bulla tenía para mantener unidos a aquellos seiscientos hombres.

La lección que debemos aprender de estos excepcionales episodios de revuelta e insurrección de esclavos es que cuando los amos fallamos en nuestro deber de procurar que el esclavo no muera de hambre ni reciba un trato brutal, al esclavo no le queda otro remedio que tomar activamente medidas para que su situación mejore. Sospecho que en el pasado, cuando nuestras grandes conquistas hacían que los esclavos fueran baratos como las aceitunas, hubo muchos fallos de este tipo. Cuando no hay que hacer un gran desembolso económico, ¿qué incentivo tiene el amo para cuidar su inversión? Pero ahora que los esclavos están muy solicitados, se convierten en una propiedad estimada para el amo que los acepta como parte de su casa.

Por mucho que el peligro de que los esclavos se rebelen como colectivo haya disminuido, hay que seguir alerta ante el riesgo de ser asesinado por alguno de tu propiedad. Basta recordar el caso del prefecto de Roma, Pedanio Secundo, un hombre poderoso que acabó asesinado por un simple esclavo. No sabemos con claridad qué empujó al esclavo a cometer aquel acto de venganza. Puede que el crimen se cometiera tanto porque Pedanio se había negado a liberarlo como porque el esclavo se hubiera enamorado de uno de los amantes de su amo y no soportara tener que compartirlo con él. Fuera cual fuera el motivo, lo mató. De modo que según la antigua ley, todos los esclavos de la casa de Pedanio fueron condenados a muerte por no haber podido salvarle la vida. ¿Pero es posible que alguno de ellos conociera las intenciones del esclavo o pudiera haber intervenido para impedir el crimen?

Pedanio era un hombre rico y tenía cuatrocientos esclavos. Cuando empezaron a desfilar por la ciudad para su ejecución, el pueblo de Roma se lanzó a las calles para impedirla. La muchedumbre llegó hasta el extremo de rodear el edificio del Senado. Había senadores que se oponían a aquella ejecución en masa por considerarla un castigo demasiado duro. Pero la mayoría no se mostró dispuesta a permitir cambios en esa antigua práctica. Si un hombre de la posición de Pedanio podía ser asesinado a traición por un esclavo, ¿qué seguridad había para el resto, a menos que se dejase dolorosamente claro a los esclavos que su vida estaba en riesgo si no protegían a sus amos? Era evidente que morirían muchos inocentes. Había que tener en cuenta, sin embargo, que todos los grandes ejemplos

albergaban siempre alguna injusticia. Y que esa injusticia quedaba compensada por el ejemplo que aportaba a toda la comunidad.

Pero muchos senadores continuaban sin estar de acuerdo y argumentaron que había una cantidad importante del grupo que eran niños y mujeres, que era inhumano matarlos a todos. Pero al final prevaleció el sentido común y los que defendían la ejecución salieron ganando. La multitud, sin embargo, estaba enfurecida e impidió que la decisión llegara a buen término. Al final, el emperador ordenó a los soldados salir a las calles y escoltar a los esclavos condenados en su desfile hacia el patíbulo. Un senador especialmente conservador sugirió incluso la deportación fuera de Italia de todos los libertos de Pedanio que estaban bajo su mismo techo en el momento del asesinato. Pero el emperador vetó esta medida, pensando que un exceso de crueldad agravaría una costumbre primitiva que la misericordia no había conseguido ablandar.

Otro caso de asesinato de un propietario de esclavos que deberías tener presente es el del antiguo pretor, Larcio Macedo, que sufrió un horrible destino en manos de sus esclavos. Hay que reconocer que era un amo arrogante y brutal, tal vez en parte porque su padre había sido esclavo y deseaba borrar de su memoria aquel estigma. Un día estaba bañándose en su villa cuando de repente se vio rodeado por un grupo de esclavos. Uno de ellos lo agarró por el cuello, otro le golpeó la cara, otro en el pecho y el estómago y otro, por increíble que parezca, en la entrepierna. Cuando vieron que había perdido la conciencia, lo arrojaron al suelo de los baños, que estaba hirviendo, para ver si seguía con vida. Macedo permaneció inmóvil, sin que se supiese muy bien si se había desmayado o había fallecido. Ellos lo tomaron por muerto.

De modo que lo sacaron de los baños como si lo hubieran encontrado desmayado como consecuencia del calor. Aparecieron entonces algunos de sus esclavos y amantes más fieles y hubo llanto y lamentos porque todo el mundo lo tomó por muerto. Pero como consecuencia de tanto alboroto, y también por el ambiente fresco del exterior de los baños, Macedo recuperó la conciencia. Parpadeó, movió brazos y piernas y todos vieron que estaba vivo. Los esclavos que lo habían atacado huyeron corriendo al comprender que se conocería la verdad de lo que había pasado. Pero fueron arrestados y Macedo siguió con vida unos días hasta fallecer. Al menos tuvo el consuelo de que los esclavos implicados fueron capturados, torturados y finalmente ejecutados.

Ves pues, con estos ejemplos, que los propietarios estamos expuestos a peligros de todo tipo. Si tratas a los esclavos con brutalidad, los riesgos aumentan.

Pero tampoco asumas que por tratar a tus esclavos con indulgencia y amabilidad podrás dormir tranquilo. No todos los propietarios asesinados por sus esclavos merecieron su destino por haber exhibido una conducta cruel con ellos. Muchos son simples víctimas de esclavos malvados por naturaleza y capaces de los actos más criminales que existen.

E incluso si los esclavos hostiles no llegan hasta el extremo de asesinarte, ten presente que siempre pueden hacerte mucho daño. Durante una de las guerras contra Aníbal, la ciudad de Roma fue testigo de diversas atrocidades cometidas por personas que apoyaban a los cartagineses. El foro, las tiendas de sus alrededores, la prisión del estado y varias casas privadas fueron blanco de incendios provocados. El templo de Vesta se salvó con enormes dificultades, en gran parte gracias a los esfuerzos de trece esclavos que corrieron a buscar agua y sofocaron las llamas. Posteriormente fueron liberados como recompensa. El incendio fue muy virulento porque se inició en varios lugares a la vez, lo que dejaba patente que había sido intencionado. El Senado anunció que cualquiera que pudiera proporcionar información sobre los culpables sería recompensado con dinero, de ser hombre libre, y con la libertad en caso de ser esclavo. Como consecuencia de este incentivo, un esclavo llamado Mano, que era propiedad de una noble familia de la Campania, denunció a sus propietarios. Según explicó el esclavo, los progenitores habían sido decapitados por Quinto Fulvio y los cinco hijos habían provocado los incendios para vengarse y ayudar a Aníbal. Dijo también que tenían pensado cometer más acciones de ese tipo.

Los hijos fueron arrestados. De entrada, negaron la historia y dijeron que el esclavo se había fugado el día anterior después de haber sido castigado a latigazos y que había actuado guiado por el deseo de venganza. Pero cuando fueron interrogados junto a sus cómplices en el foro, acabaron confesando. Fueron ejecutados y Mano recibió la libertad y una recompensa de casi diez mil sestercios. Evidentemente, en este caso en concreto, debemos alegrarnos de que un esclavo valiente desenmascarara a los enemigos del estado romano. Pero hay que tener siempre presente que los esclavos insatisfechos tienen una capacidad enorme para revelar información que podría ser turbadora, en el mejor de los casos, y directamente peligrosa en el peor.

Tienes que comprender asimismo que los esclavos no se te resistirán siguiendo ese estilo que empleó Espartaco, cuya valentía desafiaba su categoría servil. Los esclavos pueden hacer una cantidad impresionante de cosas para lograr pequeñas victorias sobre ti en la vida diaria. Y son precisamente estos desafíos nimios los que debes vigilar cada día. Los esclavos te mentirán sobre las cantidades

de comida que consumen, o te engañarán con las monedas diciéndote que una cosa les ha costado diez sestercios cuando en realidad les ha costado solo ocho. Se harán pasar por enfermos para no trabajar y emitirán tales gruñidos y quejidos que acabarás creyendo que si sobreviven es un milagro, cuando de hecho actúan para librarse de desempeñar una tarea difícil. Se plantarán en la cocina pegados al horno para acalorarse y sudar y luego te vendrán tambaleándose como si tuvieran un ataque de fiebre.

En el campo, los esclavos te dirán que han sembrado más semillas que las que en realidad han utilizado. Te robarán las reservas del granero para suplementar sus raciones; amañarán los libros de cuentas para demostrarte que la cosecha no ha sido tan abundante como te imaginabas y venderán el exceso en el mercado del pueblo. O se tomarán su tiempo para hacer cualquier cosa, irán tan tranquilos que el trabajo que debería llevarse a cabo en un par de horas se prolongará el día entero. Y cuando tú te quejes, te jurarán por todos los dioses que era un trabajo mucho más complicado de lo que te imaginabas y que han hecho todo lo que han podido. Y si no te andas con cuidado, te creerás sus mentiras y, sin que te des ni cuenta, todas las tareas de la granja consumirán el doble de tiempo de lo que debían consumir. Los esclavos funcionan así. Fuerzan constantemente los límites para ver si se pueden salir con la suya. Y si no te andas con cuidado, corroerán poco a poco tu autoridad hasta que la consuman del todo y te traten con desdén.

Los esclavos urbanos más perezosos y dormilones siempre querrán escaparse a la ciudad para perder el tiempo en las tabernas, ir a las carreras de carruajes o jugar a los dados en las esquinas. O para ir a los baños y disfrutar de un buen chapuzón y un baño de vapor a tu costa, sentarse luego un rato en compañía de sus amigos de otras casas y charlar o flirtear con esclavas. Y cuando les preguntes dónde se han metido te dirán que las calles estaban muy concurridas y que había colas por todas partes. O se quedarán mirándote con cara inexpresiva y fingirán ser tan tontos que ni siquiera entienden de qué les hablas.

Pero la mayoría de esclavos no es ni mucho menos tan lerda como pretende ser. Tendrías que leer la historia de un esclavo muy listo llamado Esopo que siempre ganaba en inteligencia a su amo. Y hacía cosas como tomárselo todo en el sentido más literal posible:

—¿Dónde naciste? —le preguntó un día su amo.

—Nací en el vientre de mi madre —le respondió Esopo.

—No, estoy preguntándote en qué lugar naciste —insistió el amo.

—Mi madre no me dijo si fue en la alcoba o en el comedor.

Recuerda siempre aquel viejo dicho de que «un esclavo listo comparte el poder», que significa que si no permaneces en guardia, los esclavos de la casa serán los que acaben decidiendo quién hace qué y cuándo.

O se comportan como auténticos cobardes cuando aparece algún trabajo peligroso que hacer. O intentan apelar a tu lado más blando. Uno de los mayores fastidios de tener esclavos es que siempre te vienen llorando a suplicar que los perdones por esto o por aquello o que les concedas permiso para hacer eso o lo otro. Intenta endurecer el corazón, aunque a veces, cuando los que vienen a implorarte son esclavos domésticos que te proporcionan buenos servicios, se hace difícil no ceder. Estate alerta con aquellos esclavos que, como los asnos, siempre están ansiosos por darte la patada por detrás. Te escupirán en la sopa, te esconderán los libros de cuentas solo para fastidiarte o, como me pasó a mí una vez, fingirán un tropezón y te echarán la sopa de pescado por la cabeza. Te aseguro que a mí no me la dieron con ese viejo truco. Las fugas son otra manera de robarte tus propiedades y, luego, conseguir que regresen es una labor tediosa y que consume un montón de tiempo. Y cuando recuperas al esclavo fugado, te toca aguantar a un tipo recalcitrante que no tiene ni el más mínimo deseo de satisfacerte.

Ten siempre presente que el esclavo típico es insolente, chismoso, perezoso, mentiroso, amigo de lo ajeno y carente de escrúpulos. Son escasos los que cumplen con las expectativas de ser sirvientes leales, trabajadores, diligentes y ahorradores. Y menos aun los que te obedecen con miedo, temblando y de corazón, como debería ser. La mayoría son haraganes de poco fiar que se pasan el tiempo intentando eludir la supervisión de su amo. Celebran fiestas por las noches mientras tú duermes y luego acabas preguntándote cómo es que las esclavas se quedan de pronto embarazadas.

Chismorrearán sobre ti y si los tratas con dureza, irán a tus espaldas contando historias tuyas a los esclavos de las otras casas. Antes revelarán los secretos de su amo que robar su mejor vino de Falerna. Y luego, en las cenas, te encontrarás amigos que te formularán preguntas impertinentes sobre tu supuesto trato cruel con los esclavos. Todo está diseñado para que alteres tu conducta. Los esclavos saben que a nadie le gusta verse calificado de amo brutal e injusto por sus amigos y conocidos. ¿Quién, al fin y al cabo, aspira a tener tal reputación?

De modo que deberás ir con cuidado y tratar a los esclavos de tu casa con cierta consideración, sobre todo si tienes planes de presentarte para ocupar un puesto político, ya que los chismorreos nocivos suelen tener su origen en la misma casa. Y de manera similar, si eres muy cuidadoso con la gestión de las provisiones, empezarán a correr historias de que eres un tacaño. La verdad es que recuerdo que cuando me presenté para mi puesto, me aconsejaron que una de las cosas más importantes que tenía que hacer era recordar el nombre de la gente, incluso el de los esclavos, puesto que no hay nada más popular y gratificante.

Naturalmente, ningún esclavo te dirá todo eso a la cara. Son demasiado cobardes para eso. Cuando quieran hablar contigo sobre algún asunto importante, recurrirán a fábulas. De hecho, las fábulas se inventaron para permitir al esclavo expresar sentimientos e ideas que, de lo contrario, no se atrevería a pronunciar en voz alta por temor a ser castigado. Así, cuando un esclavo piensa que haces las cosas con excesiva rapidez, empezará a contarte la historia de la tortuga y la liebre. Es de lo más fastidioso.

Y por mucho que los chismorreos sean un fastidio, las intrigas son peligrosas. Lo que tienes que procurar cortar de raíz son las reuniones clandestinas. O prohibirlas sirviéndote del mismo lenguaje que utilicen ellos, si es que lo hacen. Porque a veces inventan frases y palabras que aparentemente no significan nada, pero que esconden sus verdaderas intenciones. Y un lenguaje tan particular como ese solo puede significar una cosa: sedición.

Otra cosa inocua que hacen los esclavos cuando se reúnen es contarse historias tontas en las que siempre se erigen victoriosos sobre ti, su amo. En su imaginación, son más listos que tú y te dejan en ridículo. Me atrevería a decir que es algo que los ayuda a sentirse mejor en su condición de clase inferior y carente de poder. Utilizan también esas historias para darse consejos útiles. Hace poco escuché por casualidad una historia sobre una grajilla que, sujeta de una cuerda, unos esclavos mantenían a modo de mascota. La grajilla intentó escapar, pero la cuerda se enredó y el pájaro, moribundo, dijo: «¡Idiota estúpido! No soportaba ser tu esclavo, pero ahora es peor, me he robado mi propia vida». Y como comentó el que relataba la historia: «Los sirvientes echan de menos a sus viejos amos solo cuando ven cómo son los nuevos». Lo cual es verdad.

Otro acto malevolente que puede llevar a cabo el esclavo contrariado consiste en la utilización de las artes negras de la magia. Naturalmente, no creo que el poder de la hechicería pueda hacerme daño, pero el resto de la casa sí lo cree, y si corriera la voz de que me han echado algún maleficio, se generaría una

sensación de malestar general. Por desgracia, detectar este tipo de acciones es complicado, puesto que lo que suelen hacer los esclavos es conseguir que les escriban el maleficio en una tablilla de plomo y luego esconderla entre las tumbas de los lindes de la ciudad con la idea de que el amo acabe convirtiéndose muy pronto en uno de los cadáveres allí enterrados.

Este tipo de resistencia anónima contra ti es un fenómeno común. Que aquellos a quien te propones tratar de manera justa y honesta expresen su descontento a tus espaldas deja muy mal sabor de boca. Aunque, en realidad, tienes que comprender que son cosas inocuas que los esclavos hacen de manera anónima porque tienen miedo, tanto de ti como de lo que puedas hacerles en caso de ser descubiertos. Aprende a tomártelo como un cumplido a tu autoridad y a tu manera disciplinada de gestionar la casa.

COMENTARIO

En este capítulo, Falco revela los miedos y las ansiedades que agobiaban la cabeza del propietario de esclavos. La historia de Espartaco es famosa por la película dirigida en 1960 por Stanley Kubrick y protagonizada por Kirk Douglas. Pero la imagen del heroico luchador por la libertad que inspiró a su seguidores a levantarse y gritar colectivamente: «¡Yo soy Espartaco!», ofrece una imagen falsa de las relaciones entre los amos y los esclavos en el mundo romano. Si tenemos en cuenta que la Italia romana fue una de las sociedades propietarias de esclavos más importantes de la historia, no es de extrañar que los esclavos llevaran a cabo tantos actos de resistencia. Un proverbio romano decía que había tantos enemigos como esclavos pudiera haber, «*quot servi tot hostes*». La resistencia, sin embargo, nunca alcanzó extremos tan dramáticos como la que planteó Espartaco entre 73 y 71 a. C. De hecho, las rebeliones de esclavos fueron escasas, con la excepción de la sublevación de Espartaco, que fue aplastada con bastante facilidad. Las revueltas se concentraron en periodos que coincidieron con una gran entrada de esclavos en un área geográfica relativamente pequeña. Cuando los esclavos tenían una etnia similar, les resultaba más fácil elaborar planes. La gran abundancia de esclavos que se produjo después de las conquistas masivas de la Roma republicana hizo de los esclavos una mercancía barata y prescindible. Los propietarios carecían de incentivos para tratar a sus activos con decencia. Y todo ello acabó convirtiéndose en una combinación de factores peligrosa, pero que rara vez explotó.

En tiempos del imperio, el sistema esclavista era ya una maquinaria tan bien engrasada que no se produjo ninguna amenaza grave a gran escala. La resistencia de los esclavos se limitaba a acciones de menor calibre en forma de mentiras,

engaños, enfermedades imaginarias y lentitud en el desempeño de las tareas. Estos pequeños desafíos adoptaron muchas modalidades y no siempre fueron beligerantes, ya que solían traducirse en tácticas pasivas como las fugas y hacerse pasar por tontos. Hay que ir con cuidado y procurar no dramatizar las relaciones sociales y convertirlas en un modelo que vea la sociedad romana implicada en un constante conflicto de clases entre propietarios y capital humano.

Los personajes como Bulla Felix son susceptibles de ser interpretadas hoy en día como figuras al estilo de Robin Hood: bandidos sociales que se enfrentan a la injusticia del mundo normal y forman una comunidad igualitaria para plantar cara a la corrupción del régimen. Pero hay que tener en cuenta que estamos ante textos escritos para un público de clase alta y que es muy probable que los personajes que aparecen en ellos sean un convencionalismo literario cuyo fin no es otro que resaltar el mal gobierno de determinados funcionarios y emperadores corruptos. No obstante, las historias de bandidos utilizan temas populares como la injusticia, la pobreza y la corrupción para ejercer presión sobre la mala calidad de los gobernantes. Esas historias servían para echar en cara al gobierno los estándares de conducta cuando los resultados estaban por debajo de las expectativas.

Hay actos de resistencia de esclavos que podrían considerarse como técnicas de negociación entre los esclavos y sus propietarios. Los esclavos tanteaban la situación para averiguar qué podían conseguir e intentaban erosionar los límites que los mantenían esclavizados. Ser cobarde podía ser una táctica útil porque impedía acabar siendo destinado a puestos peligrosos. Otra táctica consistía en apelar al lado más blando del amo, si es que lo tenía. Séneca menciona que una de las cosas más fastidiosas de tener esclavos era tener que tratar con gente que se pasaba el día llorando (*De la serenidad del alma*, 8.8). El llanto podía ser tanto una expresión real de angustia como una táctica para evitar el desempeño de una tarea desagradable o sufrir un castigo. Los propietarios solían negar la humanidad de sus esclavos y los veían como poco más que animales. Con el llanto, los esclavos intentarían alterar el proceso y afirmar su humanidad mostrando a sus amos los efectos provocados por el trato brutal que recibían. Es de suponer que la táctica resultaría de cierta utilidad a aquellos esclavos domésticos que estaban en posición de mantener una relación directa con su amo.

El chismorreo era otro método del que disponían los esclavos para alterar la conducta de su propietario. La rumorología servía para hacer público el maltrato al que el amo sometía a sus esclavos. Si se sugería que el propietario no era buena persona, su reputación en el seno de la comunidad caía en picado. El consejo que recibe Cicerón cuando entra en campaña electoral alerta de que los chismorreos

suelen tener su origen en la propia casa. Y recomienda al propietario tratar a los esclavos con mucha consideración si decide presentarse a unas elecciones. Las historias de embaucadores, como el *Romance de Esopo*, permitían a los oprimidos disfrutar de situaciones en las que el poco importante se erigía como vencedor, aunque fuese solo temporalmente. El héroe embaucador era un revoltoso astuto que ponía patas arriba el mundo normal, donde mandaba el amo. Este equilibrio simbólico ofrecía una especie de venganza mental contra los ricos, que era en sí misma una forma de atribuirse poder. Es imposible saber si esta resistencia pasiva y a pequeña escala llegó realmente a ser relevante.

El relato de la primera guerra de esclavos en Sicilia que tuvo lugar entre 135 y 132 a. C. aparece en Diodoro Sículo, 34.2. Los relatos sobre la rebelión de Espartaco se encuentran en *Vida de Craso*, de Plutarco, y *Guerras civiles*, 1.14, de Apiano. La historia de los atentados terroristas en Roma en apoyo de Aníbal están documentados en Livio, 26.27. El asesinato de Larcio Macedo está descrito en Plinio el Joven, *Cartas*, 3.14. Bulla Felix aparece en Dion Casio, 77.10.

CAPÍTULO IX

LA LIBERACIÓN DE LOS ESCLAVOS



Muchos esclavos anhelan la libertad. A pesar de carecer de valor social, se sienten humillados y degradados por el trato que reciben. Y aunque, como norma, carecen de todo valor ético, se creen merecedores de la libertad. Muchos incluso consideran injusto ser esclavos, aun en ciertos casos en que los argumentos éticos y legales contra ellos son indiscutibles.

Que los esclavos sepan que pueden ser liberados es muy beneficioso para el propietario. Es una zanahoria con la que incentivar al esclavo para que trabaje con diligencia y honestidad. Es también un palo con el que castigarlo si te decepciona de alguna manera. La esperanza ayuda a los hombres a soportar todo tipo de sufrimiento. La desesperanza puede llevarlos a tomar medidas desesperadas.

De hecho, no todos los esclavos aspiran a ser liberados. Los hay que se sienten tan satisfechos en la casa donde están y que disfrutan de una relación tan estrecha con su amo que no le ven las ventajas a ser libres y asumir todas las cargas y responsabilidades que conlleva esa condición. Tenemos el famoso caso de Cayo Meliso, que nació libre en Espoleto, pero fue abandonado siendo un bebé porque sus padres no sabían qué hacer con él. Un hombre lo rescató y lo crio como esclavo, aunque lo educó hasta darle un gran nivel cultural. Al final, ofreció el esclavo como regalo al íntimo amigo del emperador Augusto, Mecenas, para que lo utilizara como escribiente. Meliso pronto descubrió que, gracias a su intelecto, Mecenas lo trataba como a un igual e incluso lo aceptaba como aceptaría a un amigo. Un día apareció de repente su madre e intentó devolverlo a la libertad, confiando sin duda en que obtendría ventajas económicas por el hecho de tener un hijo tan próximo al centro de poder. Pero Meliso decidió que prefería continuar como esclavo ya que, siendo amigo de Mecenas, su posición no podía ir a más. Mecenas, hombre de nobles sentimientos, lo liberó igualmente poco después y Meliso acabó entablando amistad incluso con el mismo Augusto. De hecho, el emperador lo nombró responsable de la construcción de la biblioteca del Pórtico de Octavia.

La forma más habitual de liberar esclavos es a través del testamento. Pero si

decides hacerlo estando aún con vida, tendrás que pasar por la antigua ceremonia de la vara. Tú, como propietario, tendrás que presentarte delante de un magistrado que confirme públicamente la condición de libertad que disfrutará el esclavo de ahora en adelante. Le darás al esclavo un bofetón a modo del insulto final que sufrirá en tus manos. Existen también métodos más informales si no deseas pasar por ese ritual. La manera de hacerlo en los viejos tiempos consistía en cogerle la mano al esclavo y decir: «Quiero que este hombre sea libre», y entonces soltarlo. Ahí se encuentra el origen del término que utilizamos para liberar a los esclavos, «manumisión», que significa literalmente «soltar a alguien de la mano».

Yo suelo simplemente escribirle una carta al esclavo o lo invito a sentarse a la mesa y sumarse con mis amigos a una cena, en el transcurso de la cual anuncio la liberación poniéndolos a ellos como testigos. Me gusta hacerlo de esta manera relajada. Los mejores esclavos son los que se convierten en parte de la familia y por ello me parece adecuado realizar la ceremonia entre los demás miembros de la casa. Me agrada sorprenderlos y es una auténtica delicia contemplar esta combinación de sorpresa, alegría y gratitud que se refleja en sus rostros. El único inconveniente de todo esto es que el paso por la ceremonia de la vara es obligatorio para que el esclavo adquiera la ciudadanía legal plena, aunque es algo que siempre se puede dejar para más adelante, como una mera formalidad.

Por desgracia, estos actos de liberación no son gratuitos. El gobierno los grava con un cinco por ciento del valor del esclavo. Y hay tantas liberaciones de esclavos que el proceso se ha convertido en una buena fuente de ingresos. Como propietario, tienes que estar asimismo informado de los límites a la manumisión que impuso Augusto. Al emperador le preocupaba la posibilidad de que la manumisión en masa acabara diluyendo el potente cuerpo de ciudadanos romanos con un exceso de individuos débiles y extranjeros. Decretó, en consecuencia, que el propietario solo pudiera liberar por testamento un porcentaje máximo de esclavos. Dicho porcentaje variaba según el número de esclavos en propiedad. Un propietario que tuviera entre dos y diez esclavos, que seguramente eran las cifras más habituales, podía liberar a la mitad de ellos; si poseía entre diez y treinta, podía liberar un tercio; pero solo una cuarta parte si poseía entre treinta y cien. Los grandes propietarios, los que tenían entre cien y quinientos esclavos, podían liberar una quinta parte de estos. Augusto impuso además otras condiciones concebidas para impedir que los peores esclavos pudieran llegar a convertirse en ciudadanos. De este modo, quedó prohibido que aquellos que hubieran sido alguna vez torturados o marcados pudieran ser ciudadanos, por mucho que su propietario les otorgara la manumisión.

Elegir el momento adecuado para la liberación suele ser una decisión difícil. El elemento principal a tener en cuenta es si decides liberar a un esclavo como consecuencia de los vínculos emocionales que has desarrollado con él o porque te ha pagado dinero. Mi punto de vista en relación con los esclavos domésticos leales que te han entregado años de servidumbre fiel, un punto de vista que comparte la mayoría de mis conocidos, es que es correcto y adecuado recompensarlos con la libertad. En una ocasión liberé a un secretario muy inteligente que tuve, que se llamaba Tiro, porque siempre me demostró ser hombre diligente y de total confianza y porque poseía además un carácter tan educado, que su condición quedaba por debajo de su lugar real en la vida. Prefería tenerlo como amigo antes que como esclavo, y mi familia era de la misma opinión. Mi esposa dio saltos de alegría cuando tomé la decisión. Lo que me recuerda que no he tenido todavía noticias de él, y eso que le he escrito más de una vez pero no he recibido respuesta. ¡Esos libertos! ¡Se merece una buena azotaina!

Más de un propietario ha liberado una esclava porque se ha encariñado de ella y desea que la relación se convierta en un matrimonio legal. Por mucho que sea una actitud responsable desde diversos puntos de vista, no es de extrañar que un propietario soltero acabe estrechando lazos con alguna esclava joven y atractiva dispuesta a complacerlo. Si te encuentras en esta posición, asegúrate de que liberas a la chica con la condición de que contraiga matrimonio contigo. Conozco más de un viejo iluso que se ha enamorado de una esclava, la ha liberado con la esperanza de casarse con ella y la chica ha huido luego con un hombre más joven. Y también es frecuente el caso del liberto que se ofrece a pagarte por la liberación de una esclava de tu propiedad con la que mantuvo una relación siendo esclavo. En estas ocasiones, me parece una grosería negar a un sirviente fiel la oportunidad de poder disfrutar de la dicha marital. En una ocasión una liberta volvió a mi casa con la intención de comprarme al que había sido su pareja. Y no pude decirle que no, tanto por los muchos años durante los cuales me había servido con lealtad como por el hecho de que me había dado tres hijos sanos.

A las esclavas nunca me planteo liberarlas antes de que superen la edad de crianza o de que hayan sido productivas en este sentido. La casa tiene una necesidad de esclavos criados en el hogar demasiado apremiante como para que el amo pueda permitirse este tipo de indulgencias.

¿Cuánto tiempo tendrían que prolongarse los servicios de un esclavo para que este pudiera ser merecedor de libertad? Existen discusiones en torno a establecer un límite máximo en el número de años de servicio requeridos para poder alcanzar la manumisión. Un total de entre veinte y treinta años de servicio

parecen excesivos para que un esclavo pueda soportarlos debidamente. En términos generales, la edad de treinta años me parece adecuada para liberar al esclavo, puesto que le concede tiempo suficiente para establecerse en la sociedad y seguir dando un buen servicio como liberto leal. Hay quienes piensan que con solo cinco o seis años de esclavitud hay suficiente. Cuando un soldado romano cae en la esclavitud como consecuencia de haber sido hecho prisionero de guerra y el estado tiene que pagar su rescate, el soldado devolverá el coste de dicho rescate con cinco años de servicio como esclavo del estado. En tiempos de la república, el orador Cicerón dijo que los primeros seis años de la dictadura de Julio César eran equivalentes a un periodo completo de esclavitud para los integrantes del pueblo romano.

Hay situaciones especiales que exigen flexibilidad. Recientemente, por ejemplo, sufrí con consternación la aparición de una grave enfermedad entre los miembros de mi casa que dio como resultado la muerte de dos de mis esclavos más jóvenes. En circunstancias como estas, siempre estoy dispuesto a otorgar la libertad de mis esclavos en su lecho de muerte, para que tanto ellos como sus allegados encuentren solaz en el hecho de morir como hombres libres. De todos modos, suelo incluir también una cláusula que me cubra en caso de recuperación, para que no finjan enfermedades o se marchen cuando, por milagro, empiezan a mejorar. Me gustaría añadir aquí que suelo permitir que los esclavos de mi casa redacten su testamento y leguen su riqueza y posesiones como mejor les plazca. A pesar de que desde un punto de vista legal los esclavos no pueden hacer testamento, yo los trato como si fueran documentos con efecto legal, como si fueran auténticos, siempre y cuando el legado permanezca en la casa. Al fin y al cabo, se trata de mi dinero.

Para tu información, tal vez te interese saber que los esclavos pertenecientes al estado también son susceptibles de manumisión. A veces, la manumisión se produce cuando el esclavo consigue comprar un sustituto para que desempeñe el trabajo que se le ha encomendado. Lo cual puede generar problemas legales. Recuerdo que un esclavo de nuestro distrito compró su libertad y proporcionó un esclavo para sustituirlo que acabó fugándose. El consejo intentó someterlo de nuevo al yugo de la esclavitud, pero el antiguo esclavo escribió al emperador que respondió diciendo que la manumisión era legal y que no existía ninguna cláusula que lo obligara a regresar a su situación anterior en el caso de que su sustituto se fugara, como consecuencia de lo cual continuó como hombre libre.

De manera muy ocasional, el estado libera esclavos para que sirvan en el ejército, ya que, como todos sabemos, solo los nacidos libres pueden ser soldados. Como imaginarás, estas medidas se han aplicado única y exclusivamente en

situaciones muy extremas, como después de la gran derrota que sufrieron nuestras fuerzas en Cannae en manos de Aníbal o cuando Varo perdió tres legiones en el bosque de Teutoburgo, en tiempos de Augusto.

Y hay muchos motivos por los que liberar esclavos resulta contraproducente. La libertad tendría que ser una recompensa a la fidelidad del esclavo, nunca algo que el propietario pueda conceder a su antojo. Por desgracia, ha habido numerosos casos de esclavos liberados por haber ayudado a sus amos a llevar a cabo crímenes e, incluso, asesinatos. O que han sido liberados para que, como ciudadanos, puedan recibir el subsidio en forma de maíz y dotación económica mensual que otorga el gobierno. De ese modo comen a expensas del estado y no de su propietario. Los ha habido que han sido liberados por los motivos más tontos imaginables. Conozco personalmente a gente que ha concedido la libertad a un número enorme de esclavos al fallecer para de este modo poder tener un funeral de postín y ser acompañados a la tumba por un gran cortejo de libertos tocados con sus gorras de fieltro, por mucho que algunos de ellos hayan sido esclavos de la peor calaña. Los verdaderos romanos no se dejan impresionar por estas procesiones, sino que más bien se horrorizan solo de pensar cómo es posible que esos despojos de la humanidad se hayan convertido en ciudadanos.

Tienes también que ser consciente de que no puedes deshacerte sin más de tus esclavos porque ya no te sirvan, como aconseja Caro. En tiempos del emperador Claudio, había propietarios que abandonaban a los esclavos enfermos y viejos en la isla del Tíber, donde se erige un templo en honor a Esculapio, el dios de la salud. El emperador decretó que cualquier esclavo que quedara abandonado de esta manera sería puesto en libertad y no tendría que regresar con su amo en caso de recuperarse, puesto que las obligaciones del esclavo para con su amo terminaban si el amo no respetaba sus obligaciones para con el esclavo. Claudio decretó asimismo que cualquier amo que decidiera matar a un esclavo, en lugar de abandonarlo, sería juzgado por asesinato. Puso en marcha estas leyes no tanto porque le preocupara el trato que recibían los esclavos, sino porque la ley no estaba clara en las situaciones antes mencionadas y era adecuado que el emperador dejase clara la situación para todos.

El otro motivo principal por el que se otorga la libertad a un esclavo es porque este decide comprar su libertad. Vender la libertad a los esclavos es un negocio beneficioso para el propietario. Lo que acabo de decir podría parecer contraproducente de entrada, ya que perdemos esclavos en vez de conservarlos. Recuerda, sin embargo, que tu cuerpo de esclavos es un organismo en constante

evolución. La sangre nueva sustituirá a la vieja y servirá para que el conjunto de esclavos se mantenga fresco y con ganas de trabajar. De modo que es recomendable cobrar a los esclavos por su libertad, un dinero que te proporcionará el capital necesario para sustituirlos. El cambio no tendría que costarte nada.

De esta manera, el propietario obtendrá el máximo provecho de las aspiraciones de libertad de la mayoría de esclavos. Por mucho que esos bienes sean legalmente tuyos, los esclavos acaparan dinero y posesiones. Adquieren posesiones porque es habitual pagarles algo de dinero a cambio del buen trabajo. Y se trata, sin duda alguna, de una buena inversión que recuperarás en su totalidad. Los esclavos pagan generosamente con tal de asegurarse la libertad, aunque sea en una fecha tan incierta como la del fallecimiento de su amo.

Asimismo deberías saber que en todo este proceso también hay inconvenientes. Los esclavos anhelan de tal modo la libertad que realizan sacrificios enormes para conseguirla. Es práctica habitual dar a los esclavos domésticos urbanos pequeñas cantidades de dinero para que adquieran su comida. Y muchos tienen la costumbre de ahorrar para comprarse la libertad, robándole a su propio estómago. Si no vigilas bien, tus ayudantes personales acabarán pareciendo una colección de esqueletos.

Los acuerdos entre amo y esclavo son legalmente vinculantes. De modo que si un esclavo afirma haber comprado su libertad con su propio dinero y su amo incumple el trato, el esclavo podrá presentar una reclamación ante el prefecto de la ciudad. Si el esclavo no puede demostrar lo que dice, será enviado a trabajar a las minas como castigo por haber hecho perder el tiempo a todo el mundo y mancillar la reputación de su amo. El amo puede exigir asimismo el regreso del esclavo para imponerle su propio castigo, siempre y cuando no sea más severo que ser enviado a las minas.

Dado que los acuerdos son legalmente vinculantes, es importante redactar un contrato que formalice el asunto. Cuando entro en este proceso con alguno de mis esclavos domésticos, guardo a buen recaudo el contrato en un templo próximo a mi casa.

Conceder la libertad a un esclavo de esta manera no significa necesariamente que quede de inmediato libre para hacer lo que le plazca. En términos generales, tengo la costumbre de estipular diversas condiciones antes de que el acto de la manumisión tenga finalmente lugar. Ante todo, exijo un plazo de servicios que suele extenderse unos años. Durante este periodo, el hombre en

cuestión seguirá siendo un esclavo a efectos prácticos, por mucho que nominalmente haya pasado a ser liberto, y será posesión del dios del templo. El esclavo en cuestión deberá prometer ofrecer buen servicio y hacer lo que se le diga. Tendrá que confirmar que seguirá sometiéndose a mi castigo físico, en la forma que yo tenga a bien decidir. Si se trata de una mujer, suelo estipular que me entregue como sustituto a uno de sus hijos. Y eso lo hacen sin poner problemas, puesto que los esclavos desean la libertad por encima de todo, tienen hijos de sobra y, en cualquier caso, la criatura está perfectamente acostumbrada a su situación en mi casa. A veces, si soy especialmente reacio a liberar al esclavo en cuestión porque me ofrece un servicio muy valioso, extiendo el plazo de servicios adicionales al tiempo que yo siga con vida.

En el testamento tengo estipulada la liberación de varios esclavos. Aunque con algunas condiciones, a saber, que sigan proporcionando determinados servicios a mi viuda. En algunos casos, he vinculado la libertad de algunos de esos esclavos al pago de cuotas a mi hijo y heredero durante un plazo de tiempo que oscila entre tres y cinco años. De esta manera, mi hijo recibirá tanto el beneficio de unos ingresos como un periodo de trabajos continuados. En el testamento le exijo también a mi hijo que siga al cuidado de dos de mis viejos criados después de mi fallecimiento. Sé que es una indulgencia por mi parte y una carga para él, pero servirá para que mi espíritu descanse con más paz.

No me cansaré de subrayar la importancia de que los contratos estén perfectamente redactados. Conozco el caso de un amigo, ya fallecido, a quien en el transcurso de su enfermedad le entraron las prisas por dejar testamento y confundió el nombre de su esclavo favorito, por lo que decretó la liberación de Cratino cuando el esclavo en cuestión se llamaba Cratisto. El asunto acabó llegando a los tribunales donde, por suerte, se decidió que el esclavo quedase en libertad, basándose en el principio de que hay que favorecer la libertad siempre que sea posible.

Una vez liberados, tus libertos seguirán manteniendo una relación estrecha contigo. Habrás pasado de ser su amo a ser su patrón. Y mientras que como esclavos estaban obligados a obedecerte de manera inquebrantable, ahora se espera de ellos que muestren respeto hacia ti así como ese tipo de obediencia que debería exhibir un hijo hacia su padre. Porque la figura del padre y del patrón siempre debería ser respetada y sagrada tanto para un liberto como para un hijo. Aun marchándose de tu casa, seguirán formando parte de ella.

Cuando libero a mis esclavos, les hago jurar que seguirán trabajando para

mí sin recibir compensación económica a cambio durante un número determinado de jornadas al año. Se espera de los libertos que te ayuden cuando así se lo pidas y que lleven a cabo pequeños servicios de carácter diverso. Dichos servicios podrán adoptar distintas formas dependiendo de la especialidad de cada uno: la pintura de una estancia si son pintores, el corte del cabello si son barberos, y cosas de ese estilo. Serán servicios exigibles incluso a los niños cuyos padres compran su libertad. Porque los niños son útiles para muchas cosas, como anunciar el nombre de los invitados o realizar algún tipo de entretenimiento. Naturalmente, en lo relativo a estos trabajos no debes ser muy exigente con los libertos. No está permitido pedirles que hagan cosas que no pueden hacer, bien sea por no tener la fortaleza física necesaria o por carecer de la habilidad solicitada. Y tampoco puedes obligar a un liberto a trabajar hasta el punto de que luego no pueda ganarse la vida los días que no trabaje para ti. Si lo haces, el liberto te llevará a los tribunales y perderás.

Los libertos resultan especialmente útiles como agentes dedicados a tus intereses. He colocado a varios de mis libertos en distintos negocios para que trabajen como banqueros, prestamistas y también para que desempeñen labores comerciales en el extranjero. Son actividades de lo más rentable, pero demasiado vulgares como para que un hombre de clase social elevada se implique en ellas directamente.

A cambio de estos servicios, los libertos reciben mi patrocinio. Dicho patrocinio puede adoptar la forma de mi apoyo económico y un ejemplo de ello sería brindarles mi ayuda a la hora de establecer un negocio, proporcionarles contactos y abrirles puertas. Con frecuencia, mis libertos me piden que les escriba cartas de recomendación, un acto que siempre me muestro encantado de hacer para aquellos que han demostrado su valía. Su posición como dependientes de mi casa garantiza además que continuaré ofreciéndoles incluso algo más cuando lleguen a la vejez. Y, una vez fallecidos, como miembros de mi casa, tienen permiso para compartir la tumba de la familia Falco, aunque me reservo el derecho de excluir a aquellos que no considere merecedores de tal honor. Procuro también que los familiares dispongan de una llave de la tumba para que puedan llevar a cabo todos los sacrificios que quieran.

Hay propietarios que desarrollan un vínculo especial con sus esclavos y que por ello realizan actos de extrema generosidad. Conozco el caso de la vieja sirvienta de una familia que recibió una pequeña finca cuando se retiró. Había sido la nodriza de la familia y casi una madre para los hijos de su amo. De manera que cuando el hijo heredó, y la nodriza era ya demasiado mayor para continuar

aportando sus servicios, le regaló una granja valorada en mil sestercios. Tengo que decir, no obstante, que actos como este son excepcionales.

En general, los libertos son un grupo de gente agradable y agradecida. Mi nombre aparece mencionado en la tumba de muchos de mis libertos fallecidos. En una muy reciente puede leerse: «A mi patrón Marco Sidonio Falco, merecedor de todos los honores, doy las gracias por su grandiosa bondad». Encanto y virtud combinados. No es de extrañar que nuestros libertos nos estén agradecidos. Los compramos como mezquinos esclavos capturados en alguna tribu bárbara o, en el caso de los nacidos en casa, los criamos acarreando con todos los costes que ello conlleva. Y luego, después de habernos prestado su obligatorio servicio, les hemos dado la oportunidad de encontrar su propio camino en la mayor sociedad que haya conocido jamás este mundo. Como ciudadanos de pleno derecho, ellos y sus descendientes pueden mantener la cabeza bien alta y moverse entre los ciudadanos de más éxito y más civilizados de la tierra.

La casa les ofrece un techo y un hogar, una base sobre la cual construir su vida. Muchos de mis esclavos han entablado gran amistad entre ellos, una amistad que se prolonga cuando acceden a la libertad. Dos de mis libertos se conocieron en la plataforma del vendedor de esclavos, aprendieron juntos latín y, una vez liberados, emprendieron también juntos un negocio. Cuando uno de ellos murió, el otro pagó una cara lápida para su «querido compañero». En la finca del campo es distinto, puesto que solo los capataces disponen de dinero suficiente para adquirir estas lápidas. Y ni siquiera lo hace la mayoría, pero no porque no sepa ni leer ni escribir, sino porque nadie las leería. Yo mismo, pagándola de mi bolsillo, hice construir una lápida para uno de los capataces más fieles y eficientes que he tenido nunca. Los esclavos del campo no suelen tener ni tiempo ni dinero para pensar en monumentos funerarios.

Ser esclavo es un destino horroroso, pero en Roma no significa que sea el final. Animo a los esclavos a verlo como una prueba que, en caso de superar y demostrar ser personas buenas, leales y de confianza, puede proporcionarles una ruta que les llevará a convertirse en auténticos romanos.

COMENTARIO

Para muchos esclavos romanos, la esclavitud fue una situación temporal. Si trabajaban duro y con honestidad y servían adecuadamente a su amo, podían albergar esperanzas de recibir la libertad. Lo que es imposible saber es a qué porcentaje de esclavos podría aplicarse razonablemente esta esperanza. Tampoco

sabemos con certeza cuánto tiempo tenían que esperar los esclavos para poder quedar en libertad. Lo que sí es evidente es que los esclavos domésticos tenían más posibilidades de conseguir la manumisión gracias a que algunos de ellos estaban en condiciones de desarrollar una relación personal con su amo. Aunque no todos, y sobre todo en las casas más grandes, vivirían en estas circunstancias y para ellos el amo sería siempre una figura remota e inalcanzable.

La manumisión era básicamente un fenómeno urbano. Hay ejemplos de capataces liberados en las fincas rurales, pero parece más probable que los trabajadores del campo rindieran hasta caer muertos. Y es fácil comprender que fuera así. El contacto del amo con esos esclavos era mínimo, el amo obtenía escasos beneficios de los servicios que pudieran proporcionarle esos esclavos como libertos y, en caso de liberarlos, se veía obligado además a sustituirlos. Tal vez la mayor esperanza de los esclavos rurales fuera que, al alcanzar una edad avanzada, quedaran reservados para tareas más amables y dejaran de partirse la espalda trabajando los campos. En cualquier caso, tampoco es muy probable que la mayoría llegara a la ancianidad.

El tiempo de esclavitud al que podía estar sometido un esclavo doméstico era muy variado. Los escasos comentarios que han llegado hasta nuestros tiempos sugieren periodos que oscilan entre los cinco o seis años hasta cerca de los veinte. Los *Oráculos de Astrámpsico*, ofrecen una interesante perspectiva sobre este tema. Una de las preguntas que contiene viene claramente de boca de un esclavo: «¿Seré liberado de la esclavitud?». La respuesta sugiere que el concepto de libertad estaba muy lejano para la mayoría de esclavos. De las diez posibles respuestas, cinco son «todavía no», dos son «de aquí a un tiempo» y otra «cuando hayas pagado», lo cual podría ser en cualquier momento, pero probablemente será en un plazo lejano, puesto que el esclavo tenía que ahorrar mucho dinero para comprar su libertad. Una de las respuestas es un rotundo «no» y aconseja al esclavo «guardar silencio». Solo hay una respuesta optimista: el esclavo será puesto en libertad «con un buen legado». De modo que cabe suponer que la vida de muchos esclavos se reducía a esperar eternamente un futuro mejor. Y desde el punto de vista del amo, tenía sentido dejar que los esclavos albergaran esperanzas el mayor tiempo posible para de este modo maximizar el retorno de su inversión, mientras que, por otro lado, la esperanza de conseguir la libertad animaba a los esclavos a trabajar con diligencia y honestidad.

Los detalles estipulados en los contratos de las manumisiones délficas muestran que incluso cuando se alcanzaba la libertad, esta solía postergarse durante años y estaba condicionada a seguir prestando un buen servicio. Los

deberes que se esperaba que el liberto siguiera desempeñando para su antiguo amo demuestran además que la división entre esclavitud y libertad no era, en la práctica, tan rotunda como cabría esperar. Dicho esto, es evidente que muchos esclavos anhelaban ser libres y estaban dispuestos a realizar enormes esfuerzos por conseguirlo.

La esclavitud era la manera que tenía la sociedad romana de asimilar grandes cantidades de extranjeros en su estructura. Y los romanos intentaron poner en marcha una especie de control de calidad para impedir que los indeseables acabaran convertidos en ciudadanos. *La Lex Aelia Sentia*, por ejemplo, impedía la liberación de aquellos esclavos que hubieran sido encadenados por sus amos como castigo, que hubieran sido marcados, que hubieran sido interrogados bajo tortura por algún crimen cometido y que hubieran sido sentenciados a luchar como gladiadores o contra animales salvajes. Pero si su propietario les otorgaba la manumisión, se convertían en hombres libres con la misma categoría que los individuos extranjeros. La *Lex Fufia Caninia* de 2 a. C. establecía restricciones adicionales sobre el porcentaje de esclavos que un propietario podía poner en libertad (véase Cayo, *Instituta* 1, 1; 8-55; Suetonio, *Augusto*, 40).

El comentario de Cicerón de que los primeros seis años de la dictadura de Julio César eran equivalentes a un periodo de esclavitud se encuentra en *Filípicas*, 8.11.32. Uno de los castigos más severos de Augusto consistía en prohibir que los esclavos fueran liberados antes de cumplir treinta años de servicio (Suetonio, *Augusto*, 21). *Digesto,* 38.1, trata sobre las leyes relativas a las obligaciones laborales de los libertos con respecto a sus patrones. Claudio prohíbe a los propietarios a abandonar a los esclavos enfermos o viejos en la isla tiberiana en *Claudio*, 25, de Suetonio. Sobre los amos que liberan a sus esclavos para que puedan recibir las raciones de maíz que reparte el estado, véanse el *Código teodosiano*, 14.17.6 y Suetonio, *Augusto*, 42. Para el regalo de una granja a una antigua nodriza, véase Plinio el Joven, *Cartas*, 6.3. La inscripción *ILS* 8365 es un ejemplo de tumba abierta para los miembros de toda la casa, incluyendo esclavos y libertos. La historia de Cayo Meliso aparece en Suetonio, *Gramática y retórica*, 5.

CAPÍTULO X

EL PROBLEMA DE LOS LIBERTOS



La ambición es el equivalente intelectual del olor corporal. Y es el problema de los libertos: apestan a ella. En cuanto son recibidos formalmente como ciudadanos romanos, tienen una urgencia desesperada de ascender en la sociedad. No sorprende a nadie que los libertos que en su día fueron marcados o tatuados intenten esconder esos recordatorios físicos de la esclavitud, y para ello acuden a médicos especializados que ocultan ese tipo de marcas escarbando y quemando la piel para que cicatrice y las cubra. Aunque la mayoría de libertos va incluso más lejos. Se esfuerza por alcanzar el éxito, y se esfuerza mucho más, hay que reconocer, que la mayoría de nacidos libres. Es una bendición que tengan prohibido ostentar cargos públicos pues, de lo contrario, correrían desenfrenados a ascender por el grasiento poste de la carrera política. Es por esta razón que su única manera de satisfacer su deseo de logro personal es haciéndose ricos. Pero ni siquiera eso pueden lograr si no es haciéndolo de manera vulgar. Porque en vez de conseguir sus ingresos a partir de la custodia y la gestión de tierras, intentan adquirir su riqueza mediante el comercio. Como resultado de ello, son proverbialmente ricos.

Liberar esclavos siempre es una indulgencia. El amo rememora con cariño los muchos años de servicio honesto que le ha dado un esclavo en particular, se ablanda y desea sentir ese cálido resplandor de aprobación que engendra el acto de la manumisión. Como le sucede a él, cabría esperar que nuestros libertos se llenaran de gratitud hacia nosotros, que ansiaran reintegrarnos nuestra generosidad y nuestra bondad, que no hubiera nada que no estuvieran dispuestos a hacer para ayudarnos de alguna manera. Nos gustaría imaginar que el esclavo, una vez liberado, se comportará con el debido respeto hacia la posición social superior que ostenta su amo. Pero, por desgracia, nos equivocaríamos. Porque los libertos no suelen comportarse con la obsequiosidad que deberían. Sino que tienen ideas arribistas que están muy por encima de su condición, por mucho que esta haya mejorado.

Como ejemplo de ello, te daré el de mi liberto Servio. Como hombre cultivado que era, lo recompensé con la libertad y, siguiendo la práctica habitual,

adoptó mi nombre y pasó a llamarse Marco Sidonio Servio. Pero en cuanto se vio liberado de sus vínculos, se sintió capaz de comportarse conmigo como si fuera un igual. Empezó a dirigirse a mí con familiaridad y ni siquiera se tomaba la molestia de presentarme sus respetos por la mañana. En una ocasión, se atrevió incluso a interrumpirme mientras yo le explicaba qué quería que desarrollase como negocio, para lo cual iba a ofrecerle además mi apoyo económico. Perdí los nervios. Le administré unos someros golpes y le dije sin pelos en la lengua lo que opinaba de su conducta. No te creerás lo que sucedió a continuación. Me llevó a los tribunales. ¡Vaya caradura! Dijo que tratándolo de aquella manera lo había deshonrado como hombre libre. El juez, naturalmente, un hombre sensato al que conozco desde hace muchos años, no vio el asunto de la misma manera. Desestimó el caso por considerar absurdo que un objeto que había sido de mi propiedad declarase haber sido deshonrado por su antiguo propietario. Como antiguo esclavo, Servio jamás podría haber aspirado a tener honor alguno ante su antiguo amo, de modo que era imposible que yo lo hubiese deshonrado.

Por desgracia, ni todos los libertos son agradecidos ni desempeñan sus deberes como deberían desempeñarlos. En varias ocasiones me he visto forzado a acudir a los tribunales para presentar quejas sobre algunos de mis libertos. Y los tribunales han condenado correctamente la actitud de dichos libertos: no puede permitirse que los antiguos esclavos se salgan con la suya con estas conductas. Si actúan de forma insolente o abusiva son castigados, habitualmente con un periodo de exilio. Y si atacan a su patrón, son condenados a trabajos forzados en las minas. El mismo castigo aplica si son encontrados culpables de haber propagado rumores maliciosos sobre su patrón o incitado a alguien a presentar una acusación contra él. Si lo que sucede simplemente es que no han llevado a cabo los deberes laborales que tenían que realizar para su antiguo amo, reciben solo un rapapolvo y se les alerta de que serán severamente castigados si vuelven a ser motivo de queja. El emperador Claudio llegó hasta el extremo de vender de nuevo como esclavo a todo aquel liberto que no mostrara el debido agradecimiento hacia su patrón o fuera motivo de queja por parte de su antiguo propietario.

La ferviente ambición que empuja a los libertos y sus familiares que han ascendido en la sociedad ha alcanzado límites fenomenales. Me parece escandaloso que un antiguo esclavo pueda, a través de su trabajo o de la herencia de una finca de su antiguo amo, igualar la riqueza de las familias terratenientes más establecidas. Tengo el dudoso placer de tener a uno de ellos como vecino en la Campania, un tipo que se ha comprado la típica finca carísima y ostentosa. Se llama Trimalción y me invitó a cenar poco después de instalarse. Acepté la invitación por no quedar como una persona distante. El hombre pasó toda la

velada relatando cómo había ganado todo aquello a base de trabajo duro. «Me muevo por impulsos —me dijo—. Compro barato y sé cuándo tengo que vender caro, y soy extremadamente tacaño y ahorrador».

Había llegado siendo un niño a Roma como esclavo, procedente de Asia, y a los catorce años de edad se convirtió en el favorito de su amo. Al final gestionaba toda la casa y su amo lo nombró heredero de un legado que recibió en su debido momento. Según dijo «nadie se siente satisfecho sin hacer nada», de modo que decidió meterse en el mundo de los negocios. Construyó cinco barcos y los llenó de vino, pero todos se hundieron durante la travesía hacia Roma. Cuenta que perdió treinta millones de sestercios, aunque esas burdas exageraciones son típicas de los de su clase. De modo que construyó barcos más grandes y mejores y los cargó con vino, tocino, judías, perfumes y esclavos. Dice que en un solo viaje obtuvo un beneficio de diez millones de sestercios —créetelo, si te apetece— y que entonces se compró una casa enorme, muchos esclavos y una finca.

Me parece ultrajante que esos nuevos ricos disfruten de un éxito tan visible. Cabría pensar que se alegrarían de ser libres y se sentirían discretamente agradecidos hacia el cuerpo ciudadano que los ha aceptado en su seno. Pero resulta que el pueblo romano se ha convertido en un crisol de todo tipo de inmigrantes y antiguos esclavos. A veces, incluso cae en el olvido la inmensa diferencia que existe entre los hombres libres y los esclavos. Desde que el emperador Augusto reformara la orden ecuestre, o de los équites para admitir en ella a todo aquel cuyo valor superara los cuatrocientos mil sestercios, aquello se ha llenado de libertos ricos. Los límites son tan confusos que hay incluso libertos que consiguen salir elegidos para cargos públicos. Barbario Filipo, por ejemplo, fue un esclavo fugado que fue elegido ilegalmente como pretor de Roma. Uno acaba preguntándose si habría que anular todos sus decretos o si deberían mantenerse por el bien de la estabilidad.

Es evidente que si un liberto o un esclavo es descubierto mintiendo o engañando para abrirse camino hacia un cargo público, habrá que castigarlo con vigor. Un esclavo llamado Máximo estaba a punto de acceder al puesto de cuestor cuando su propietario lo reconoció e impidió el nombramiento. Le fue otorgada la inmunidad porque se había atrevido a presentarse a un cargo público, pero otro fugado que ya había logrado ser nombrado pretor, fue arrojado desde lo alto de la roca Tarpeya de la colina Capitolina. Hoy en día, reinan tanto caos y confusión y se ignoran de tal modo las exquisitas tradiciones del estado romano que, por lo que veo, los esclavos compran su libertad y se convierten en romanos con el dinero que obtienen mediante el robo, la prostitución y otras actividades perversas.

Sé que algunas comunidades locales ponen grandes reparos cuando un antiguo esclavo adinerado empieza a ponerlo todo patas arriba. Recuerdo que fue justo lo que sucedió cerca de la finca que tengo en África, cuando un esclavo recién liberado llamado Crésimo empezó a obtener de su pequeña granja cosechas mucho mayores que las que obtenían sus vecinos de terrenos más extensos. Se hizo extremadamente impopular y la gente le acusó de robar las cosechas mediante artes de brujería. Cuando fue juzgado, acudió al foro con los aparejos de su granja y todos sus esclavos. Las herramientas eran modernas y estaban bien mantenidas, los esclavos estaban sanos, bien vestidos y bien cuidados. «¡Aquí tenéis mi magia! —gritó—. Pero los ingredientes invisibles son mi trabajo y el sudor que transpiro desde primera hora de la mañana hasta que cae la noche». Fue exonerado de forma unánime.

Para ser ecuánimes, hay que decir que muchos libertos y sus hijos han tenido un enorme éxito comercial con los cultivos. Acilio Estenelo, que era hijo de un liberto, obtuvo grandes honores con el cultivo de más de sesenta acres de viñedos en el territorio de Nomentum y vendiendo la producción por cuatrocientos mil sestercios. Estenelo ayudó además a su amigo, Remio Palemón, que en el transcurso de las dos últimas décadas había adquirido por seiscientos mil sestercios una finca rural en el mismo territorio de Nomentum, a unos quince kilómetros de Roma. Como bien sabrás, el precio de la propiedad suburbana es tremendamente bajo, sobre todo en esta región, pero él compró además una de las granjas más baratas que encontró. Estenelo aplicó sus esmerados cuidados para replantar las viñas, mejorar el suelo y reconstruir los edificios de la granja. El resultado fue extraordinario: en tan solo ocho años, la cosecha aún sin recoger se vendía en subasta a un comprador por cuatrocientos mil sestercios. Al final, el gran filósofo y político Seneca adquirió los viñedos por un precio que cuadriplicaba el original y solo después de diez años de exquisito cultivo.

Y debemos aceptar asimismo que no todos los libertos son vulgares. Algunos tienen un cerebro de primerísimo orden y han realizado grandes contribuciones con estudios académicos. Y no es simplemente por haber sido utilizados como lectores o secretarios por propietarios amantes de la literatura. Marco Antonio Grifón, por ejemplo, nació como hombre libre en la Galia, pero fue abandonado por sus padres y criado como esclavo. El hombre que lo crio, lo educó y luego le concedió la libertad. Dicen que poseía un talento impresionante, una memoria sin par, que aprendió tanto griego como latín y que tenía un carácter agradable y llevadero. Nunca pidió un pago a cambio de sus enseñanzas, sino que confiaba en la generosidad de sus alumnos. Incluso impartió sus clases en la casa donde se crio Julio César. O luego está el caso de Estaberio Eros, seguramente de

origen tracio, que fue adquirido en subasta pública y que posteriormente fue liberado gracias a su amor por la literatura. Fue tutor de los asesinos de César, Bruto y Casio. Y poseía un carácter tan noble que, durante la dictadura de Sila, dio clases gratuitas a los niños de los que habían caído víctimas del tirano. Y luego está también el caso de Leneo, que fue liberto de Pompeyo el Grande y lo acompañaba a todas partes, incluso en la mayoría de sus expediciones. Cuenta la historia que cuando era esclavo, consiguió liberarse de las cadenas y huyó a su país, donde impartía clases de literatura. Desde allí envió a su amo la cantidad exacta de dinero que había pagado por él, pero su amo lo dejó en libertad a cambio de nada, tanto por su excelente carácter como por su gran erudición.

Cabe esperar que los libertos de la casa del divino emperador sean también, por su origen esclavo, vulgares advenedizos. Su proximidad al padre del estado les otorga una posición especial en la sociedad. El emperador les paga como esclavos y es habitual que amasen grandes fortunas y acaben convirtiéndose a su vez en propietarios de esclavos. Músico Escurrano, por ejemplo, fue esclavo imperial de Tiberio y acabó siendo propietario de dieciséis esclavos que trabajaban para él ofreciéndole servicios, desde un contable hasta un cocinero, pasando por un mayordomo. De hecho, el carácter único de los libertos imperiales quedó reconocido bajo el mandato del emperador Claudio, que les otorgó permiso para casarse con ciudadanos y dar a sus hijos la categoría de latinos. Los esclavos normales, claro está, recibirían un grave castigo de convivir con un ciudadano romano y cualquier hijo que engendren queda clasificado como esclavo. Hay muchos libertos imperiales que llevan a cabo un amplio surtido de tareas en el seno de la gran casa imperial. Sé de uno que era el conservador de los ropajes que lucía el emperador durante las ceremonias de los triunfos.

Algunos de estos libertos están tan próximos al emperador que se han convertido en sus confidentes. De todos es sabido que Claudio recurría a sus libertos para todo tipo de consejos, incluso para asuntos de relevancia pública. Argumentaba que, al no poder presentarse para cargos públicos ni tampoco estar activamente implicados en la vida política, podía confiar en que la opinión de los libertos fuera siempre completamente objetiva. Hubo incluso ciudadanos nacidos libres que se hicieron esclavos del emperador de manera voluntaria para incorporarse a la casa y ayudarle a administrar el imperio. Sé que muchas familias de antigua tradición se sintieron ultrajadas al ver que los puestos que desempeñaban normalmente senadores pasaban a manos de esclavos. Y dicen que hubo muchos que tuvieron comportamientos escandalosos. Uno de los libertos de Claudio, Palas, fue recompensado por el Senado con quince millones de sestercios y una pretura honoraria por el mero hecho de aportar sus sugerencias a la

legislación relativa a los esclavos imperiales que les permitía el matrimonio con mujeres romanas. En un acto cuidadosamente coreografiado de falsa modestia, rechazó el dinero, pero aceptó el honor y anunció que saldría adelante con sus pequeños ingresos. De manera que el Senado se encontró en la absurda posición de tener que tolerar una inscripción pública que elogiaba la anticuada frugalidad de un antiguo esclavo que estaba valorado ahora en unos trescientos millones de sestercios. Pero el hermano de Palas, que se llamaba Felix, no mostró la misma contención. Claudio lo había nombrado gobernador de Judea y, creyéndose seguro por la estrecha relación que mantenía con el emperador, llevó a cabo con total impunidad todo tipo de crímenes y confiscaciones en la provincia.

Los esclavos y los libertos imperiales son una ley por sí mismos. Se diferencian del resto de la sociedad, un detalle que se observa con claridad en las relaciones que forman entre ellos. He visto varias lápidas sofisticadas erigidas para uno de ellos por un colega que trabajaba en el mismo sector de la administración imperial. He visto incluso tumbas en las que han decidido yacer conjuntamente toda la eternidad, lo que demuestra lo estrecha que era su relación en vida.

Pero dejando aparte estas excepciones, la mayoría de los libertos no puede evitar los alardes de exhibición ostentosa en un intento de demostrar que, en cierto sentido, son romanos auténticos. Lo ves con claridad en sus tumbas. Es como si las considerasen su reivindicación como parte de la ciudad eterna y de su cuerpo de ciudadanos. Y es comprensible, pero eso no evita que sus tumbas sean siempre grandiosas, estén profusamente decoradas y se encuentren cubiertas de frases grandilocuentes que elogian y exageran los modestos logros de sus ocupantes. Los libertos suelen acosarte con detalles sobre sus fortunas y no alcanzan a comprender que la verdadera riqueza no necesita publicidad alguna, puesto que se demuestra en los modales comedidos y en el carácter del caballero. Aquel vecino que te comenté, Trimalción, siempre me bombardeaba con detalles sobre las grandes cantidades de trigo que producían sus fincas y los muchos bueyes que había domesticado aquella mañana. Un día, estando reunido con él, apareció su esclavo contable para recitar los detalles de todo lo que había sucedido a lo largo de la jornada y anunció que las esclavas de Trimalción habían parido treinta esclavos varones, que un esclavo llamado Mitrídates había sido castigado por maldecir el nombre del amo, que en las cajas fuertes habían depositado diez millones de sestercios y que había habido un incendio en los huertos de Pompeya. Cuando llegó a este punto, Trimalción lo interrumpió y dijo:

—¿Y eso qué es? ¿Cuándo compré yo huertos en Pompeya?

—El año pasado —respondió el contable—, pero no aparecen todavía en los libros de cuentas.

Trimalción se puso colorado de rabia y proclamó con grandiosidad:

—Prohíbo que cualquier finca que se me haya adquirido se incorpore a mis libros de cuentas si no he sido informado al respecto en el plazo de seis meses.

Aquello, naturalmente, no era más que un torpe intento de impresionarme y, claro está, no me creí ni una palabra de lo que decía.

Todo esto pasó antes de que empezara la cena. Cuando nos reclinamos para empezar, los esclavos egipcios corrieron a limpiarnos las manos con agua enfriada con nieve mientras que otros, que entraron a continuación, nos cortaron las uñas de los pies, que asomaban por la punta de las sandalias, con una habilidad asombrosa. Y mientras se ocupaban de estas tareas, los chicos cantaban en armonía. Era como si la casa entera estuviese cantando. Incluso cuando le pedí a uno de los chicos que me sirviera una bebida, cantó mi orden a las cocinas a pleno pulmón. Empecé a tener la impresión de que no estaba allí para cenar, sino para ver un concierto en un teatro. Y entonces empezó la comida. Entraron con una bandeja gigantesca. En medio de la bandeja había un asno de bronce del que colgaban dos cestas que contenían, respectivamente, aceitunas negras y verdes. Llegaron dos bandejas más con un surtido de exquisiteces entre las que destacaba lirón espolvoreado con semillas de amapola y miel y salchichas servidas sobre una parrilla de plata que se mantenía caliente con brasas de huesos de ciruela damascena y semillas de granada. La bandeja llevaba grabado el nombre de Trimalción y el peso de plata que contenía.

Estábamos en medio de los entrantes cuando llegó Trimalción, portado también sobre una bandeja y con acompañamiento de música. Lo acomodaron sobre un montón de cojines. Su cabeza rapada sobresalía por encima de un manto escarlata y llevaba al cuello una servilleta decorada con una franja de color morado, como si fuese un senador. En el dedo meñique de la mano izquierda lucía un impresionante anillo de oro y en el anular, uno algo más pequeño con estrellas de hierro soldadas. Y luego, por si tanto lujo no fuera suficientemente visible, dejó al descubierto el brazo derecho, que estaba adornado con un brazalete de oro y una pulsera de marfil que cerraba mediante una placa de oro reluciente.

Lo peor de toda esta chabacana exhibición fue lo orgulloso que Trimalción se sentía de ella. Cuando vio que yo sonreía con suficiencia por los excesos de la cena,

se enfadó claramente.

—¿De qué te ríes? —dijo—. Tal vez tú seas un caballero romano, pero yo puedo andar entre los hombres libres con la cabeza bien alta. No debo ni un denario a nadie. Jamás he tenido que presentarme ante los tribunales y no tengo deudas. He adquirido propiedades, cuberterías de plata y tengo mi propia casa con veinte esclavos y un perro. He sido aceptado como miembro del Colegio de los seis sacerdotes de Augusto. He comprado incluso a la esclava con quien convivía para que nadie más pueda ponerle sus sucias manos encima.

—Claro —dije yo.

Pero estaba hecho una fiera y no había forma de detenerlo.

—Tú no tienes ni idea de lo que es ser esclavo. Lo que odiaba cuando vosotros, los romanos envarados me llamabais «chico, chico», para que acudiera corriendo, sobre todo cuando era un adolescente imberbe. O cuando esperabais que os trajera el orinal. O cuando te mueres de hambre y tienes que mirar los pasteles rellenos a medio comer y los trozos de pollo que han caído a los pies de la mesa y te dicen que los esclavos no pueden comer ni las sobras. Pero lo que de verdad me ponía rabioso era que los gordos romanos nos calificaran a nosotros, sus esclavos, de glotones avariciosos cuando ni siquiera podíamos comer nada de nada. Sabes tan bien como yo, Falco, que todos los romanos compran esclavos para fanfarronear, no solo los libertos. Si nosotros compramos todos los que podemos no es para que nos den dinero, sino para demostrar a la gente que somos ricos e importantes.

COMENTARIO

Los libertos no dejaban atrás sus propietarios para disfrutar de una vida de libertad plena. Se esperaba de ellos que siguieran mostrando respeto hacia el hombre que había pasado a ser su patrón y, como clientes que eran ahora, estaban obligados a beneficiarlo prestándole determinados servicios. El suministro de dichos servicios podía forzarse a través de los tribunales si el cliente no los proporcionaba. Legalmente, el amo ya no podía castigar físicamente al esclavo, pero existe el ejemplo de un juez que rechazó la queja de un liberto que había sufrido esa indignidad en manos de su patrón. Las cartas que dirige Cicerón al inteligente Tiro, que había sido su esclavo, contienen varias referencias humorísticas en las que habla de que le dará una buena azotaina si no responde a las cartas. Por lo que parece, los amos seguían hablándoles a sus libertos de una

manera especial que sin duda ellos consideraban graciosa y que, sin duda, no lo era tanto para los antiguos esclavos. Véase el artículo de Mary Beard, «Ciceronian Correspondences: Making a Book out of Letters», en T. P. Wiseman (ed.), *Classics in Progress: Essays on Ancient Greece and Rome*, pp. 103-144.

Una vez liberados de la esclavitud, muchos antiguos esclavos trabajaban duro para conseguir todo lo que no habían podido disfrutar hasta entonces. El orgullo por sus logros queda patente en las lápidas que han llegado hasta nuestros días y que nos los muestran vestidos con la toga, prenda que solo podían lucir cuando se convertían en ciudadanos. Algunos de ellos alcanzaron elevadas cotas de riqueza y poder. Naturalmente, estos pocos afortunados representan tan solo la punta del iceberg. Pero hubo asimismo muchos más que consiguieron escalar poco a poco en la sociedad y mejorar la calidad de vida de ellos y sus familias.

Este es el tipo de movilidad social que distingue la esclavitud romana de la ateniense, donde el cuerpo ciudadano era más fijo y menos poroso. Con la manumisión de grandes cantidades de esclavos, la sociedad romana consiguió asimilar muchos ciudadanos nuevos. Pero esto no significa que su éxito social no provocase resentimientos. Un documento repleto de burla hacia los que considera arribistas sociales, es el *Satiricón* de Petronio. Escrita a mediados del siglo I d. C., la novela cuenta las desventuras de un hombre llamado Encolpio y su amante de dieciséis años de edad, Gitón. Un largo capítulo de la obra trata de la cena a la que asistieron en casa de un liberto extremadamente rico llamado Trimalción. La cena es un catálogo de vulgaridades y de extravagancias desmesuradas durante la cual el liberto se esfuerza por impresionar a sus invitados mediante la ostentación. El texto mantiene una burla humorística hacia este comportamiento y ridiculiza la forma de hablar de las clases inferiores y la conducta de Trimalción y su círculo de amigos libertos. Pero el *Satiricón* es una obra de ficción; todo está deliberadamente exagerado para que resulte más gracioso. Aunque, con todo y con eso, puede considerarse un reflejo, por mucho que esté groseramente adornado, del resentimiento que la alta sociedad romana albergaba hacia los que habían conseguido ascender en su jerarquía social.

No todos los libertos eran iguales, del mismo modo que no todos los esclavos lo eran. Algunos, como los de la casa imperial, ocupaban puestos de gran influencia. Su proximidad al centro de poder implicaba un trato especial delante de la ley. Otros eran talentosos intelectuales y escritores que alcanzaron el éxito literario. Pero la mayoría no alcanzaba ni de lejos la fortuna de Trimalción. Y tampoco deberíamos asumir la existencia de una hostilidad natural entre los libertos y sus antiguos amos. Muchos mencionan su gratitud hacia los que fueron

sus propietarios por haberlos ayudado posteriormente en el avance de su carrera profesional. O aprovechan el privilegio de ser enterrados en la tumba familiar del patrón.

Los derechos legales de los patrones aparecen detallados en *Digesto*, 37.14. Para el trato legal diferenciado de los libertos imperiales véase el *Código teodosiano*, 4.12. La historia de Acilio Estenelo está en Plinio el Viejo, *Historia natural*, 14.5. Para las acusaciones de magia contra Crésimo, véase Plinio el Viejo, *Historia natural*, 18.8.41-43. El esclavo Máximo que acabó siendo cuestor aparece en Dion Casio, 48.34, y el esclavo Barbario Filipo, que fue elegido ilegalmente como pretor de Roma, se menciona en *Digesto*, 1.14.3. El banquete de Trimalción aparece en el *Satiricón*, de Petronio, 26-78.

CAPÍTULO XI

LOS CRISTIANOS Y SUS ESCLAVOS



El creciente número de cristianos es un hecho desgraciado del mundo en que vivimos. La actuación vigorosa de emperadores como Nerón, que mató a tantos de ellos por el odio que mostraban hacia la humanidad, sirvió para mantener a raya a los integrantes de esta malévola superstición. Pero el mal acabó estallando de nuevo en Judea y regresó rápidamente a Roma, donde todas las cosas horripilantes y vergonzosas acaban encontrando su hogar y cobrando popularidad. He considerado oportuno incorporar unos comentarios finales sobre esta extraña secta por si acaso alguno de mis bárbaros lectores ha cometido la estupidez de caer bajo su servidumbre.

Es una superstición que, con su charlatanería que predica que los humildes heredarán la tierra, resulta atractiva para los esclavos. ¡Pero te aseguro que lo único que heredarán mis esclavos cuando yo muera será una suma modesta y tal vez su libertad, si acaso se la merecen! Los cristianos, por alguna razón inexplicable, se ven a sí mismos como esclavos. Dicen ser los esclavos de su Jesucristo y llaman «señor» a su dios. Pero por mucho que hablen de caridad y de dar limosna, no creas que los cristianos tratan a sus esclavos de forma muy distinta a como los tratamos nosotros, los que adoramos a los verdaderos dioses paganos.

De hecho, cualquier cristiano adinerado que yo haya conocido por casualidad tiene y trata a sus esclavos como cualquier romano de su misma posición lo hace. Su iglesia también tiene esclavos, de un modo similar a como los tienen los consejos municipales. Y no te imagines que los cristianos permiten que sus esclavos se amotinen. Sino que afirman, como nosotros, que los esclavos deben obedecer a su amo. Y si no lo hacen, los pegan con la misma dureza que nosotros. Oí incluso el caso de una mujer cristiana que llegó al extremo de matar a su esclava a golpes. El castigo impuesto por las autoridades de su iglesia fueron cinco años de excomunión, susceptibles de ser ampliados a siete si al final se determinaba que había llevado a cabo aquel acto de manera deliberada. Los cristianos aceptan asimismo la obligación de retornar el esclavo fugado a su amo. Uno de sus líderes, un hombre llamado Pablo, devolvió a su propietario, Filemón, un esclavo que se había fugado. Creo que Pablo intentó convencer a su propietario de que lo tratara

con amabilidad (no tengo ni idea de si realmente lo hizo o no y, en cualquier caso, es irrelevante), pero el punto a destacar es que Pablo cumplió con su obligación legal de no dar cobijo a un fugitivo.

Los cristianos comparten nuestras opiniones acerca de los esclavos. Los cristianos que se consideran intelectuales atacan sin cesar los supuestos vicios de los miembros más adinerados de su secta. Dicen que se comportan tan mal como sus propios esclavos y que exhiben los vicios típicos de los esclavos, que, como sabemos, se caracterizan por ser ladrones y fugitivos o están totalmente dominados por sus apetitos y su avaricia. Los cristianos dan por sentado, igual que nosotros los romanos, que los esclavos son malos. Comparten con nosotros el concepto de que los esclavos son, casi por definición, éticamente inferiores. Naturalmente, también comparten nuestro punto de vista de que siempre cabe la posibilidad de que el individuo, por bajo y sucio que sea, acabe comportándose de manera virtuosa. Pero no se trata más de excepciones que confirman la regla, nada más.

Los cristianos, la verdad, son esclavos de ellos mismos. O tienen sus orígenes en la esclavitud. Incluso uno de sus líderes supremos, al que llaman papa, fue en su día poco más que un esclavo fraudulento. Por lo visto, había un esclavo llamado Calixto que era propiedad de un hombre muy rico llamado Carpóforo. Carpóforo era creyente cristiano, pero era además miembro de la casa del emperador, a quien debía su fortuna. Un día entregó una cantidad importante de dinero a Calixto, pues lo tenía por persona de confianza. Le ordenó que se instalara como banquero en el mercado del pescado. En poco tiempo, varios cristianos le hicieron depósitos importantes, puesto que el negocio estaba respaldado por el poder financiero e imperial de Carpóforo. Pero Calixto se lo gastó todo y, como carecía de dinero propio, se encontró en una grave situación.

Alguien se enteró de lo sucedido y se lo contó a Carpóforo, que acudió de inmediato a Calixto y le pidió que le presentara los libros de cuentas para su inspección. Calixto, al comprender lo peligroso de su situación, decidió huir por mar. En Porto encontró un barco que estaba a punto de zarpar y subió a bordo, satisfecho con ir a parar dondequiera que lo llevara el navío. Pero alguien lo vio y corrió a contárselo a Carpóforo. Carpóforo bajó enseguida al puerto e intentó subir al barco. Temiendo los terribles castigos que le esperaban en caso de ser capturado, Calixto se lanzó al agua para quitarse la vida. Pero la gente que estaba en la orilla adivinó sus intenciones y empezó a gritar. Los marineros se echaron al mar con sus barcas y lo sacaron del agua. Fue entregado a su propietario y enviado a Roma.

Furioso por su incompetencia y por el engaño, su amo lo puso a trabajar en

el molino. Pero al cabo de un tiempo, otro cristiano abordó a Carpóforo y le suplicó que perdonase el castigo al fugado. Carpóforo, que era un hombre bondadoso, acabó cediendo y perdonó a Calixto con la condición de que le devolviera todo el dinero que había perdido. Pero Calixto no tenía dinero y, viendo que intentar otra fuga le resultaría imposible porque estaba custodiado constantemente, trató otra vez de suicidarse. O mejor dicho, decidió hacerse ejecutar. De modo que un sábado fue a la sinagoga donde se reúnen los judíos y empezó a montar un escándalo. Los judíos se enfadaron con su conducta, lo insultaron y lo pegaron. Lo llevaron en presencia del prefecto Fusciano y se quejaron de que el cristiano había provocado un desorden público. El juez se puso furioso pero, una vez más, alguien le contó lo sucedido a Carpóforo, que se presentó ante el tribunal e informó al juez de que el esclavo era un estafador que quería acabar con su vida porque le había robado mucho dinero y no podía devolvérselo. Pero los judíos imaginaron que todo aquello no era más que una treta de Carpóforo para recuperar a su esclavo. De modo que apelaron al prefecto de un modo muy hostil. El prefecto cedió, le impuso a Calixto un castigo de latigazos y lo sentenció a trabajos forzados en las minas de Cerdeña.

Pero las tretas del esclavo tampoco se detuvieron aquí. En las minas había más cristianos con relaciones en la casa imperial. Calixto consiguió sumarse a ellos y todos juntos consiguieron la libertad. Pero el obispo de Roma, que fue quien había organizado la liberación, se sintió tan turbado al ver que sin querer había liberado a un conocido criminal, que envió a Calixto a Antium con una pensión mensual. ¡Y luego dirán que el crimen no tiene sus compensaciones! Al final, el taimado y deshonesto esclavo acabó como administrador de una iglesia cristiana y llegó incluso a papa. Ya ves el tipo de personaje que puede llegar a liderar a los cristianos: un hombre de la clase social más baja y con una categoría ética a la misma altura.

Tengo entendido que a los cristianos les gustaría cambiar algunas cosas sobre el trato que reciben los esclavos. Consideran que está mal que con la venta de esclavos se rompan familias. Dicen que si algún día un cristiano llega a emperador —¡como si eso fuera posible!—, decretará que siempre que se venda un esclavo, la transacción implique la venta del esposo, la esposa, los padres y los hijos. Y que declarará ilegal la práctica de marcar a los esclavos fugados en la cara. Pero hay que tener claro que no propugnan eso porque sientan compasión por los fugados, puesto que son criminales, sino porque en opinión de los cristianos, la cara está hecha a imagen y semejanza del semblante de su dios y por ello no puede quedar ni marcada ni desfigurada. Razón por la cual los cristianos defienden que el marcaje se realice en el pie o en la pierna. Me parece que también les gustaría

decretar que las esclavas obligadas por sus amos a ejercer la prostitución quedaran automáticamente en libertad.

No es que los cristianos piensen que no debería haber esclavos, a diferencia de ese alano remilgado, cuya opinión fue lo que me empujó a escribir este libro. Sino que comparten con nosotros el punto de vista de que es bueno conceder la libertad a aquellos esclavos que han ofrecido un determinado número de años de buen servicio. Según tengo entendido, ellos lo hacen en el transcurso de su festival de Pascua y cuando el esclavo ha estado a su servicio durante seis años. La iglesia cristiana colabora además en la manumisión. Porque para los cristianos, el tribunal eclesiástico presidido por un obispo tiene la misma autoridad, sino más, que la que ostentan los tribunales del estado romano.

Los cristianos parecen estar obsesionados con el sexo, y lo mismo aplica cuando hay esclavos de por medio. Los hay que ven mal que el amo comparta lecho con sus esclavas. Dicen que cuando el jefe de la casa se comporta como el esposo de las esclavas, su esposa queda relegada a la categoría de esclava. Dicen además que cuando el jefe de la casa se comporta con inmoralidad, corrompe la moral de los esclavos. Aciertan cuando afirman que el puesto del amo en la casa es equivalente al lugar que ocupa la cabeza en el cuerpo: su estilo de vida establece la norma de conducta de todo el mundo. Pero luego dicen que si el amo se acuesta con sus esclavas, obliga a esas mujeres a comportarse con malicia porque no les queda otra alternativa que obedecer al amo, aun en contra de su voluntad. Que se convierten entonces en esclavas de la lujuria. Una tontería más de los cristianos. Y la verdad es que, si pensáramos que los cristianos ricos no se comportan también así con sus esclavas, seríamos unos ingenuos. ¿Y por qué no tendrían que poder acostarse con ellas? Al fin y al cabo, ¿acaso hay alguna esclava que no disfrute de las visitas de su amo?

COMENTARIO

Los primeros escritos cristianos están repletos de simbolismo extraído de la esclavitud. La palabra en latín que significa «Señor» (*Dominus*) es la misma que se utiliza para «amo». La palabra que significa «redención» es la misma que la que se utiliza para «comprar la libertad de uno mismo». El Nuevo Testamento contiene además numerosas secciones relacionadas con el trato hacia los esclavos. Es muy posible que todo ello sea un reflejo del hecho de que en sus primeros tiempos, el cristianismo era la religión de los oprimidos y resultaba por ello muy atractiva para los esclavos. Por otro lado, también podría demostrar que la esclavitud era una institución tan omnipresente que su lenguaje se adentró en todas las formas de

la vida social, incluso en las nuevas formas de expresión religiosa. Podría demostrar asimismo que había muchos propietarios de esclavos seguidores del cristianismo e influidos por sus expresiones. Sin embargo, no hay que presuponer que el cristianismo estuviera por naturaleza mejor dispuesto hacia los esclavos que otras corrientes anteriores de pensamiento, como el estoicismo.

Nos gustaría pensar que las enseñanzas del cristianismo mejoraron las condiciones de vida de los esclavos. Pero no está demostrado, ni mucho menos, que los propietarios cristianos trataran mejor a sus esclavos que los propietarios paganos. En términos generales, los autores cristianos ignoran tanto a los esclavos como los autores paganos. En Lucas, 7,1-10, Jesucristo cura al esclavo de un centurión y elogia la fe del propietario. Pero no hace ningún comentario sobre la condición del esclavo. Y los autores cristianos asumen además que los esclavos tienen una conducta inmoral. Encontramos, por lo tanto, numerosos ejemplos en los que los autores cristianos comparan la mala conducta de los suyos con el tipo de conducta que cabría esperar de un esclavo. Pero, al igual que sucede con los autores estoicos, los textos cristianos subrayan que los esclavos también son capaces de tener conductas éticas.

San Pablo procuró no violar la ley romana y por ello no dio cobijo a un fugitivo. Devolvió un esclavo fugado a Filemón, su propietario. Lo que le preocupaba a Pablo era que Filemón fuese benévolo e indulgente con su esclavo. Y esto viene a demostrar que al menos existía el ideal cristiano de que el propietario debía comportarse con decencia con sus esclavos. Aunque este tipo de ideal existía también en la filosofía pagana que hemos visto expuesta en el capítulo IV. ¿Tuvo mucha influencia en la práctica? Es imposible saberlo.

Pablo decía además a los esclavos que tenían que obedecer a su propietario. Y decía asimismo que su sufrimiento era comparable con el de Jesucristo. Lo que subrayaba sus perspectivas de salvación en el futuro. No existen indicios que apunten a que los esclavos se rebelaran o se resistieran siquiera a su condición. Sino que se les dice que sean «sumisos con sus señores y los agraden en todo; nunca respondiendo con insolencia, ni hurtando, sino mostrando completa y total fidelidad» (*Carta de Pablo a Tito*, 2, 9-10). Algunos autores cristianos posteriores, como Juan Crisóstomo, interpretaron la devolución del esclavo a Filomeno por parte de Pablo como una indicación de que la esclavitud no debía abolirse.

La conversión del emperador Constantino al cristianismo en 312 d. C. no marcó una gran diferencia en la situación apurada de los esclavos. Aprobó leyes que impedían romper las familias de esclavos en el momento de la venta (*Código*

teodosiano, 2.25), prohibían el marcaje en la cara a los esclavos y prohibían que los propietarios pudieran prostituir a sus esclavas. Esta última ley indica la preocupación del cristianismo por el cuerpo como santuario de la moralidad. Lo que implica que la conducta sexual de los propietarios hacia sus esclavos adquirió un significado que no había tenido hasta entonces para el público romano.

No fue hasta finales del siglo IV que Gregorio de Nisa aporta el primer texto cristiano que ataca la esclavitud como institución (*Cuarta homilía sobre el Eclesiastés*). Muchos lo consideran el primer texto antiguo, tanto cristiano como pagano, que defiende la abolición de la esclavitud, aunque no está claro si el autor está adoptando una postura que en su tiempo podría haberse considerado extrema. Es posible que simplemente intentara convencer a los propietarios cristianos de que trataran mejor a sus esclavos. Y aun en el caso de que efectivamente exigiera la abolición, se erigió como una voz solitaria en toda la antigüedad.

La historia de Calixto, el esclavo deshonesto, que acabó convirtiéndose en papa durante el periodo comprendido entre 217 y 222 d. C., la relata su rival, Hipólito (en *La refutación de todas las herejías*, 9.12.1). Lo que significa que habría que coger esa historia con pinzas. Subraya asimismo que hay que ir con cautela y no pensar en ningún momento que el punto de vista cristiano con respecto a la esclavitud era único. La actitud de los cristianos con respecto a la esclavitud era tan variada como la de los romanos y cambió de manera sustancial, además, a lo largo del tiempo.

Un ejemplo de sermón cristiano que asume que los cristianos son éticamente inferiores lo encontramos en Salviano, *Sobre el gobierno de Dios*, 4.3. Para actitudes cristianas más estrictas con respecto a la explotación sexual del esclavo por parte de su propietario, véase también Salviano, 7.4. La ley del emperador cristiano Constantino contra la prostitución de esclavos aparece en el *Código teodosiano*, 15.8.2. La historia de Pablo devolviendo al esclavo fugado Onésimo a su propietario, está en su *Carta a Filomeno*.

EPÍLOGO

DESPEDIDA



Estos son, pues, los principios que aplican a la propiedad y el manejo de los esclavos. Si has leído y estudiado mis palabras con la misma atención y diligencia que cabría esperar de tus esclavos, habrás adquirido los conocimientos necesarios para gestionar con eficiencia y éxito tu casa. Sabrás cómo inspirar autoridad y exigir respeto a tus subordinados. Conocerás algo de la teoría de la esclavitud, comprenderás cómo hacerlo para que un esclavo sirva bien, cómo tratarlo y cómo obtener la máxima satisfacción de tus activos. Sabrás cuándo es el mejor momento para poner a tus esclavos en el camino hacia la libertad y convertirlos en clientes leales a tu causa. Valorarás asimismo las dificultades que conlleva ostentar una posición relevante y desempeñar un puesto de liderazgo. Y sabrás cómo sortearlas. En resumen, sabrás cómo ser el amo.

COMENTARIO

Hoy en día, nadie defiende, como Falco, que la esclavitud sea una institución aceptable ni justificable. Pero antes de que nos felicitemos por lo lejos que hemos llegado, deberíamos recordar la trágica realidad de que por mucho que la esclavitud sea ilegal en todos los países del mundo, está aun ampliamente extendida. La ONG Free the Slaves estima que actualmente existen veintisiete millones de individuos obligados a trabajar bajo amenaza de violencia, sin salario ni esperanza alguna de salir de su situación. En la actualidad, hay más esclavos en el mundo que los que pudo haber en cualquier momento de la vida del Imperio romano.

BIBLIOGRAFÍA



En la Loeb Classical Library o en la colección Penguin Classics hay buenas traducciones al inglés de los textos principales. Los tres libros de consulta que se detallan más abajo contienen también un amplio rango de textos relacionados con la esclavitud en la antigüedad. Los textos originales en latín y griego están disponibles en la Loeb Classical Library, con su correspondiente traducción al inglés. En la colección Teubner pueden encontrarse asimismo excelentes traducciones al inglés de las fuentes originales.

OBRAS GENERALES SOBRE LA ESCLAVITUD EN LA ANTIGÜEDAD

FINLEY, M. I., *Esclavitud antigua e ideología moderna*, Editorial Crítica, Barcelona, 1982.

— (ed.), *Classical Slavery*, con una nueva introducción a cargo de W. Scheidel, Cass, Londres, 1999.

GARNSEY, P., *Ideas of Slavery from Aristotle to Augustine*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996.

HEUMAN, G. y BURNARD, T. (eds.), *The Rouletdge History of Slavery*, Rouletdge, Abingdon, Oxon, 2011.

LIBROS DE CONSULTA

LEWIS, N. y REINHOLD, M. (eds.), *Roman Civilization: A Sourcebook*, Harper Row, Nueva York, 1966.

SHELTON, J., *As the Romans Did: A Sourcebook in Roman Social History*, Oxford University Press, Oxford, 1998.

WIEDEMANN, T. E. J., *Greek and Roman Slavery*, Croom Helm, Londres, 1981.

OBRAS SOBRE LA ESCLAVITUD EN ROMA

BEARD, M., «Ciceronian Correspondences: Making a Book out of Letters», en T. P. Wiseman (ed.), *Classics in Progress: Essays on Ancient Greece and Rome*, Oxford University Press, Oxford, 2002, pp. 103-144.

BRADLEY, K., *Esclavitud y sociedad en Roma*, Ediciones Península, Barcelona, 1998.

—, *Slaves and Masters in the Roman Empire: A Study in Social Control*, Oxford University Press, Oxford, 1984.

—, *Slavery and Rebellion in the Roman World 140 B.C.-70 B.C.*, Indiana University Press, Bloomington, 1989.

FITZGERALD, W., *Slavery and the Roman Literary Imagination*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000.

GLANCY, J. A., *Slavery in Early Christianity,* Oxford University Press, Oxford, 2002.

HARPER, K., *Slavery in the Late Roman World, AD 275-425*, Cambridge University Press, Cambridge, 2011.

HARRIS, W. V., «Demography, Geography and the Sources of Roman Slaves», *Journal of Roman Studies*, 89, 1999, pp. 62-75.

HOPKINS, K., *Conquistadores y esclavos*, Edicions 62, Barcelona, 1981.

—, «Novel evidence for Roman slavery», *Past & Present*, 138, 1993, pp. 3-27.

JOSHEL, S. R., *Slavery in the Roman World*, Cambridge University Press, Cambridge, 2010.

MOURITSEN, H., *The Freedman in the Roman World*, Cambridge University Press, Cambridge, 2011.

RATHBONE, D., «The Slave Mode of Production in Italy», *Journal of Roman Studies*, 73, 1983, pp. 160-168.

SCHEIDEL, W., «Quantifying the Sources of Slaves in the Early Roman Empire», *Journal of Roman Studies*, 87, 1997, pp. 156-169.

—, «Human Mobility in Roman Italy, II: The Slave Population», *Journal of Roman Studies*, 95, 2005, pp. 64-79.

SCHIAVONE, A., *Spartacus*, trad. al inglés de J. Carden, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 2013.

SHAW, B. (ed. y trad.), *Spartacus and the Slave Wars: A Brief History with Documents*, Bedford, Boston, Mass., 2001.

TONER, J., *Popular Culture in Ancient Rome*, Polity, Cambridge, 2009.

WIEDEMANN, T. E. J., *Slavery (Greece & Rome New Surveys in the Classics 19)*, Clarendon, Oxford, 1987.

OBRAS SOBRE LA ESCLAVITUD EN GRECIA

CARTLEDGE, P. A., «Rebels and Sambos in Classical Greece: A Comparative View», en P. A. Cartledge y F. D. Harvey (eds.), *Crux: Essays Presented to G. E. M. de Ste. Croix on his 75th Birthday*, Duckworth, Londres, 1985, pp. 16-46.

—, «Like a Worm i' the Bud? A Heterology of Classical Greek Slavery», *Greece & Rome*, 40, 1993, pp. 163-180.

FINLEY, M. I., «Was Greek Civilization Based on Slave Labour?», en *Economy and Society in Ancient Greece*, B. D. Shaw y R. P. Saller (eds.), Chatto & Windus, Londres, 1981.

FISHER, N. R. E., *Slavery in Classical Greece*, Bristol Classical Press, Bristol, 1993.

GARLAN, Y., *Slavery in Ancient Greece*, trad. al inglés de J. Lloyd, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 1988.

JAMESON, M., «Agriculture and Slavery in Classical Athens», *Classic Journal*, 73, 1977-1978, pp. 122-145.

OSBORNE, R., «The Economics and Politics of Slavery in Athens», en A. Powell (ed.), *The Greek World*, Routledge, Abingdon, Oxon, 1995, pp. 27-43.

SMITH, N. D., «Aristotle's Theory of Natural Slavery», Phoenix, 37, 1983,

pp. 109-123.

WOOD, E. M., *Peasant-Citizen and Slave: The Foundations of Athenian Democracy*, Verso, Londres, 1988.

Notas

* Marco Sidonio Falco utiliza el tuteo para interpelar al lector como lo haría cualquier autor de su época. El comentarista Jerry Toner, por el contrario, se dirige al lector de usted siguiendo la misma línea de los ensayos contemporáneos. *(N. de la T.).*